

UN ESPECIAL MUY ESPERADO...

ESTRATÉGIA DE MARKETING



Rodo & Mei

SAGA MON 8

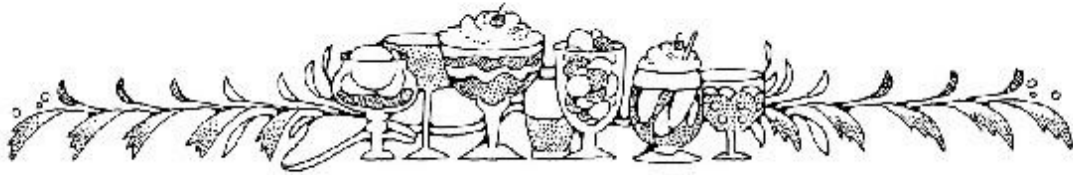


CRISTO

D.J.57



Rodo y Mel



Cristo

Obras inéditas, protegidas por la ley vigente de la constitución nacional artículo 17, por derecho de autor bajo escribano público y patentamiento.

Totalmente registrada la saga Mon por su salida en físico como digital y el registro de 18 frases, sea expresiones del protagonista masculino o mi forma narrativa que, son absolutamente mías y se notará, a medida del transcurso de la lectura.

Prohibiendo su reproducción total o parcial, adaptación y distribución de ellas sin mi consentimiento.

Licencias: 1809108327519

Primera edición: Diciembre 2019.

Diseño de portada: Sareli García.

Maquetación: Sareli García.

Como siempre a las Disney y Caballeritos de todos los Hospitales
Oncológicos Infantiles y a mi mejor amigo como casi hermano, Guillermo
Rodrigo T.

Capítulo 1



17 años de edad...

MEL

Gritos.

Insultos.

Golpes.

Todo siento y escucho, potenciándose y por más, que tapo mis oídos con ambas manos desde el rincón dónde me escondí.

Tras un viejo mueble y oscuridad, de esta mugrosa habitación de la sala.

Un basurero de inmundicias comestibles, por más que me obligan a limpiar todos los días.

Como de botellas de alcohol vacías y dispersas, por todo el piso y sobre la raída alfombra, que en sus mejores épocas creo que fue blanca.

Los lamentos de la mujer, por la violencia que recibe de su marido desde la habitación cual se encerraron, se confunden con los aullidos de algunos perros de la zona.

Porque, mis tutores de hogar asignados por el estado.

No se preocupan y por más hora tardía que sea, que en esta vecindad de mala muerte dónde fui acogida, se enteren sus peleas.

Ya que, somos una más del montón que hay.

Froto mi brazo lastimado, porque me duele mucho y mis lágrimas de dolor, nublan la vista de uno de mis ojos.

El que apenas puedo ver por el cardenal negro que tengo, de la golpiza que también recibí momentos antes y a la llegada de mis tutores, totalmente ebrios y con sustancias consumidas.

Por ser su fuente de problemas.

Una fuente, que les produce dinero gratuitamente desde hace 6 meses.

Mucho.

Por el gobierno y a condición de darme albergue transitorio, ante la espera de que una familia me adopte.

Familia que nunca llega.

Y albergue.

Que es, mi supuesto hogar temporal.

Cosa que nunca supe la realidad y significado.

El de un hogar.

Porque, desde mi nacimiento fui abandonada en un orfanato.

Para luego, de un hogar transitorio a otro.

Siempre malos.

Y este último, el peor.

Que bajo el abarrotamiento de los asistentes sociales por casos como el mío y su única inspección, creyendo en esas sonrisas encantadoras de mis tutores.

Sobrios y en su momento, la casa en buenas condiciones.

Entregan un cheque satisfechos como felices, por verme bien y sonriente, mientras acarician mi mejilla antes de marcharse a otra visita.

Una sonrisa, obligada por amenaza.

Sonrisa teñida de lágrimas en realidad y que nunca, notan mientras me prometen volver pronto besando mi frente.

Sonrisa, que ya lejos de sentir siempre miedo a sus amenazas.

Hoy.

No quiero volver a dibujar.

Y por eso, limpio mis lágrimas con el dorso de la mano de mi brazo sano, mientras ahogo un gemido de dolor por tocar mi ojo golpeado.

Porque, no quiero que me escuchen y recuerden mi existencia, mis tutores en el dormitorio contiguo.

Que existo.

Y que estoy en la sala oscura y por eso, permanezco silenciosa y agazapada, aún escondida en la habitación.

Esperando.

Ya que, después de sus siempre pleitos.

Ataques.

Y diciéndose, los miserables que son por culpa del otro y la decadente vida que llevan.

Si uno, no se va por más droga y alcohol dando un portazo.

Se quedan dormidos en su mar de adicciones y por los efectos de esta, tirados en el piso.

Ausentes en un sueño profundo.

Uno, bajo los efectos de toda la mierda que toman.

Y que, decidida y ya sin pánico, voy a aprovechar.

Para huir.

No más, castigo y no sentir.

Que no soy querida.

Que no me aman.

Prefiero ser una indigente de la calle y por eso, tras una espera de horas siendo la madrugada avanzada.

Como sentir los ronquidos de ambos, al salir de mi escondite y apoyar con cuidado, mi oído en la precaria puerta cerrada.

Busco mis pocas pertenencias y los pocos trapos que poseo, para guardarlo en una bolsa de compras.

Y de un zócalo suelto del piso y que mis tutores nunca descubrieron, saco un sobre de papel hecho por mí, que esconde el poco dinero ahorrado que tengo por ayudar a limpiar el jardín a ciertos vecinos en la horas perdidas de estos.

Las viejas bisagras de la puerta de entrada, crujen por su estropeada vida y cierro los ojos.

Inclusive el lastimado, por más que me duela.

Rogando que no llegue ese sonido a ellos, por más profundo y desmayado sueño que les colma.

Y sobre mi mueca por los dolores, que llenan mi delgado cuerpo herido y cada paso descalza que doy, bajo los tres únicos escalones en madera mal cuidados y por falta de pintura de su frente.

Una leve sonrisa, dibujan mis labios al contacto del césped crecido con su rocío cayendo en la oscuridad de la noche y humedeciendo mis pies.

Porque y pese a no saber dónde voy y huyo, con un futuro incierto.

Ya no más, brazos lastimados hasta sentir que mis huesos crepitan.

No más, moretones en mi rostro.

Vuelvo a limpiar mis lágrimas apurando mis pasos, ya en la calle e internándome más en estas.

Intento sonreír.

Porque, me alejo de esta triste vida...

Capítulo 2



27 años de edad.

—Marica.

—Marica, tú.

—Mal perdedor. —Le replicó y sonriente dejando a un lado, mi joystick de las Xbox sobre la baja mesa, para tomar un trago de mi lata de gaseosa y atacar la bolsa de nachos.

Me regala una mirada.

Corrección.

Esa mirada.

De mierda y temible, acompañada de su ceja levantada que todo el mundo teme cuando aparece.

—No soy mal perdedor... —Gruñe, dejando el suyo y arrebatándome la bolsa mientras se recuesta relajado contra el gran sofá que estamos, cruzando un pie sobre otro y arriba de la baja mesita que tenemos en frente.

Se mete un par en la boca.

—...soy buen ganador... —Me aclara, masticando y acomodando mejor sus lentes en el puente de su nariz mi mejor amigo— ...ganar es ganar y por eso, quiero la jodida revancha... —Se incorpora y señala con su índice, la gran pantalla plana con el juego en pausa quedando tipo estatua el cabrón.

Y no lo puedo evitar.

Río a carcajadas, echando mi cabeza hacia atrás y con todo mi cuerpo contra el sofá a su lado.

Hasta, tengo que tomar mi vientre con las manos por la risa.

Por la cara que me regala y su jodido aire competitivo.

Un rostro a cuadritos por lo desencajado.

Porque a Hero.

Mi amigo.

Como un hermano.

No le gusta perder, ni siquiera a los videítos.

Lo sé.

Van a decir, que eso está mal y pido disculpas, en nombre de mi amigo.

Pero, es inevitable su espíritu competitivo.

Ya lo conocen.

Él es, el jefe de los jefes.

Un pendejo.

Pero, el puto amo y no acepta las derrotas.

Jamás.

¿Qué lo importante es competir, dicen?

Río, con más ganas.

El trasero de mi amigo, nenas.

Porque Hero.

Su Hero.

Y mi mejor amigo.

Este simple muchacho de 26 años de edad que tengo en frente, mirándome ceñudo y como crío de tres por su comportamiento.

Malcriado y caprichoso por naturaleza.

Ama ganar y estar delante de los demás, sin importar que su competidor sea el mismo Lucifer en persona como grandes empresarios o y por su gran altura de casi dos metros, sobrepasen apenas sus rodillas como el caso de sus *Caballeritos del zodiaco* y *Disney princesas* de su Hospital Infantil, cuando participa en los juegos con ellos y que adora tanto, siendo el premio es cuestión.

El gran trofeo.

Una paletita de fresa entregado por Gladys la enfermera, riendo por el aire ganador de Hero recibéndolo con orgullo y su pecho, inflado como si fuera el galardón *Commerz* del año.

O en este caso, contra mí compitiendo.

—Tranquilo viejo, te la daré... —Me pongo de pie y estiro con ganas mis brazos.

Me mira sin inmutarse.

—No te tengo miedo... —Roto mi cuerpo como cuello, para entrar en calor para la próxima partida, porque pienso patear su trasero sexi y que tanto, gusta a las mujeres.

Me arquea su ceja al verme.

—...y te haré llorar, como nenita... —Finalizo, tras elongar y con pose ganadora frente a él e indicando con esta, la gran pantalla en pausa a la espera, estrechando mis ojos— ...play hermano... —Indico.

Me sigue mirando.

Serio.

Solo un par de dedos de su brazo apoyado contra el respaldo del sofá y que frotan sus labios pensativo, me indican que está vivo.

Y que mi amigo entró en modo deliberando, por mi pendejada de desafío.

Quiero reír.

De mandarme a la mierda o reír a carcajadas, ante mi postura y corromper su seriedad.

Pero, esta última gana.

Y soy feliz, porque ríe.

Ya que, lo hace muy poco.

Casi nada, diría yo.

Y si lo hace, es solo conmigo o quienes roban de estos y no es mezquino en absoluto.

Sus niños del hospital.

Su pasión.

Y por la cual, creo.

Lo miro y como riendo aún, pide a Marcello desde la cocina que traiga otra ronda de nachos y gaseosas para lo dos.

Desde la mierda de Marian y ese hijo, que no fue como lo de su padre.

Su biblia y su calefón, diría él.

Que Herónimo, sigue respirando.

Por y solo, esa pasión.

Pero siempre.

Niego, en desacuerdo.

Viviendo entre papeles y acero.

Dominando y controlando sus siete potencias, posicionadas estratégicamente en todo este planeta y una octava a inaugurar, en su próximo viaje a España.

Para convertirse con el corte de cinta número ocho, con esa nueva metalúrgica.

En el rey del acero de la famosa y consagrada, ya potencia mundial y en nombre, de su padre fallecido.

Vincent Montgomery Mon.

Siendo la sede madre, *TINERCA*.

En la famosa T&P.

Y dominando ese jodido pasado, lleno de demonios que corre por su venas y que llevan el nombre de su ex mujer y Gaspar.

Luchas callejeras desde su corta edad y ahora, arriba de un ring sobre fuertes apuestas, cuando sube y participa de una.

Gerenciado por los poderosos *Chacales* y de la mano maestra del Polaco.

—Besa mi culo... —Su réplica a mi reto, me despabila mientras se posiciona para un nuevo juego y bajo la risita de Marcello, dejando unas cuantas latas de gaseosas heladas y otra bandeja extra de nachos.

Cosa, que me hace sonreír.

Y resoplo para hacer a un lado, un mechón de mi pelo y despejar un ojo, seguido de mirarlo desafiante.

—Si gano, tienes que besar apasionadamente en los labios... —Miro la gran superficie de toda su elegante sala y encuentro mi objetivo.

Collins que se mantuvo silencioso y en la mesa del enorme comedor dos niveles mas arriba, leyendo papeles de pie.

Que al señalarlo, retrocede sospechoso.

Y mi sonrisa, divertida y diabólica nace.

—...a Collins... —Digo, tomando asiento nuevamente y el comando de juego entre mis manos, mientras sin poder contener la carcajada Marcello ríe y Collins, hace otro paso alejándose.

Y con semejante reto, me gano otra vez *esa mirada* de Hero diciéndome de todo, menos bonito mentalmente.

Y acotación aparte.

Que no tengo, todos mis patitos en líneas.

Mastico victorioso mis nachos, eligiendo el juego y esperando su respuesta, que no se hace esperar por Hero.

Cual mira de arriba abajo a su mano derecha y apuesta mía, provocando que este, se cubra pudoroso con el papelerío entre sus manos y sobre la mirada inquisidora de mi amigo, mientras intenta encontrarle un atractivo.

Porque Herónimo Mon, nunca rechaza un desafío.

Como también, hacerme ver que se la había puesto difícil.

Y otra risa se me escapa, cuando voltea a mí.

—Soy hetero, idiota... —Me recuerda— ...y yo no doy besos, ¿lo olvidas? —Menciona la número cuatro, de sus reglas en cual se rige.

Y como la excusa perfecta alentándose a sí mismo, de que no tenía que seguir mi capricho, porque el único y consagrado ganador, sería solo él al final del juego.

—...pero... —Prosigue y vuelve a mirar a Collins, quien vuelve a retroceder por la mirada y

ante la famosa media sonrisa de Hero, acomodando mejor sus lentes nuevamente.

La de reto, tomado.

—...acepto... —Me dice, volviendo su mirada a su guardaespaldas y mano derecha. —...tranquilo viejo, prometo mantener tu honor y que no te convertirás en mi chica y nueva fémica... —Finaliza, competitivo y divertido guiñándole un ojo, haciendo que me atragante de la risa y escupa mi gaseosa bebiendo.

MEL

Hambre.

Mucha hambre.

Y mi estómago me lo recuerda a cada rato y con cada paso que doy por la calle, que vago y deambulo.

Palmeo mi vientre como consuelo y acomodando con mi otra mano, mejor mi bolsa con mis pocas cosas contra mí.

Aunque no hace mucho frío por ser una noche de Verano, un escalofrío cada tanto, me colma por falta de alimentación adecuada y por lo débil que me siento.

Mis pies ya no descalzos, por encontrar en un basurero días atrás y llevar puestos unos zapatillas de deporte como tres números más grandes y de hombre.

Ajados y maltrechos, por tanto uso.

Me protegen al fin.

Pero, confirman mi cierta debilidad, por arrastrar y caminar con dificultad por su tamaño y cansancio.

Miro la vecindad que me rodea y hasta, dónde me trajeron mis pies de caminar casi todo el día.

Siempre, sin rumbo definido.

¿Cuántos días, pasaron desde mi huida?

¿Una semana?

¿Tal vez, dos?

Ya no tengo idea y niego, acomodando un mechón de mi pelo enmarañado detrás de una oreja, por días sin lavarlo y propio de mis naturales rulos.

Unos, que limpio y herencia.

Calculo.

Son de algún pariente o de ese jamás, padre biológico que conocí o madre adicta y casi ausente, desde que nací.

Y que no recuerdo, por abandonarme siendo un bebé.

Una patrulla viniendo con sus luces intermitente en su azul como rojo yendo y viniendo alumbrando, pero silenciosa por la oscura y desolada calle por la hora y lado contrario de mi caminata.

Provoca, que saque fuerza de dónde no la tengo al verla por miedo a ser reconocida, ante la segura denuncia del juzgado por mi desaparición y fuga, haciendo que corra al único callejón de esta y me esconda.

Y me refugie, entre despojos de cajas malolientes y unos desechos húmedos de maderas apiladas.

Expectante y abrazando más contra mí, mi bolsita con cosas mientras veo que pasa en su andar lento casi frente mío y se pierda de mi vista, doblando en la esquina, para seguir con su rutina de monitoreo por la zona.

Y exhalo mi aire retenido por mi miedo constante a ser encontrada, pero aún en mi posición agazapada de mis rodillas contra mi pecho y tras la basura de cosas.

Pero más tranquila, porque ya se fue.

Sosiego que me dura poco y por la fuerte presión de una mano de golpe, apretando crudamente uno de mis hombros jalándome y obligando a levantarme por la fuerza ejercida.

Y por ello, mi espalda golpea con rudeza contra unos tablones, que se tambalean entre sí, al caer sobre estos.

Quiero gritar, por ayuda.

Pero la presión de su otra mano rodeando mi cuello, ahoga mi grito.

RODO

—*Nighth to nighth, kiwi melón...kiwi melón...* —Canto, mientras conduzco regresando a mi departamento y del Pen de Hero. —...*kiwi melón...* —Repito, palmeando al ritmo de la vieja canción que pasa por el radio, al volante mientras manejo.

Lo siento.

Pero, mi inglés es malísimo.

Sonrío, pensando en mi hermano menor.

Él es muy bueno, por ser militar de países extranjeros.

—Más divertida, mi versión... —Murmuro, deteniéndome en un semáforo en rojo y sin dejar de seguir el ritmo.

Ritmo de hombros que se paralizan, cuando a pocos metros y a esta hora de la madrugada.

Metros más adelante en un callejón y contrarrestando, la música alegre que escucho.

Me inclino a un lado del volante para ver mejor y estrechando mis ojos.

A alguien y pese a la semi oscuridad que los cubre y por su textura física, de espalda a mi dirección y distancia.

Un hombre que confronta a una mujer.

Dudo.

Jodida y puta oscuridad, en que se encuentran.

Y por eso me estaciono obligado, tras bocinazos de coches detrás mío y ante el paso por la luz a verde.

Porque, creo y acusando su pequeño como delgadito cuerpo.

Que es solo.

Una niña.

Y por ello salgo, cerrando de un portazo la puerta mientras corro a ellos y causando que el sonido de esta y mi voz, con un.

—¡Alto! —Este, suelta a la muchacha y corre dirección contraria a mi carrera, llevándose consigo algo que le arrebató de sus manos, pero no logro distinguir que es.

MEL

Su aliento, mezcla de falta de aseo y tabaco rancio, golpea un lado de mi mejilla, cuando me niego a mirarlo y lucho por escapar.

Un vagabundo, como yo.

Pero, con años de calle.

Y que solo me repite una y otra vez, aprisionando más las solapas del cuello de mi camiseta con sus asquerosas manos.

—¡Dame, el jodido dinero que traes! —Gruñendo y empujando más mi cuerpo, contra la basura.

—¡No tengo! —Llorisqueo, intentando tomar todo el oxígeno que puedo, por sus dedos enroscando mi cuello.

—¡Dinero! —Me grita salivando, mientras busco las pocas monedas que me quedan.

Pero mis manos temblorosas por mi llanto y mi pánico me traicionan, cuando quiero sacarlas del bolsillo de mi pantalón y cae la media docena de estas, causando que se pierdan entre la mugre y escombros.

Y otras, rueden lejos.

Y por eso, me gano otro nuevo empuje, pero más bruto del vagabundo y que mi cabeza se golpee contra los guijarros salientes de la madera que me recibe.

Provocando que caiga y que, algo tibio como húmedo sienta en mi cabello, sobre un grito de alguien.

Mi mente da vueltas por el inmenso dolor que empiezo a sentir, en el momento que el vagabundo huye y ante las fuertes pisadas que logro percibir, de la otra persona acercándose.

Quiero elevar mi vista, pero una punzada de mi cabeza me obliga a seguir mirando el sucio piso, lleno de basura que estoy tirada.

—No te toques, necesitas ir a un hospital... —Su voz masculina me dice, cuando llega e inclinándose frente a mí— ...sangra... —Me advierte, sobre mi aturdimiento y dolor, sintiendo lejos del vagabundo que escapó.

Dónde su mano asquerosa, que apretaba amenazante mi cuello segundos antes.

Ahora, está la de él.

Pero es suave, sobre un pañuelo que saca apurado del bolsillo de su saco de vestir, para apoyarlo con cuidado en mi herida para detener la hemorragia.

Intento hablar y huir de su contacto.

No estoy acostumbrada, que la gente sea buena conmigo.

Que me demuestren cariño y amabilidad.

Porque, me da miedo.

Pero moverme, me roba un gemido de dolor por esta herida nueva y sumada a la de mi brazo mal curado.

Seguido de uno de él, que me desconcierta.

¿Eh?

Pero no, porque me obliga a llevar mi mano a su pañuelo que presiona mi herida, para que lo siga haciendo yo, mientras su brazos los pasa por abajo de mis piernas con delicadeza y sin mi permiso.

Seguido con un impulso, sosteniéndome.

Alzarme contra él, mientras se pone de pie y de forma protectora llevarme contra su pecho, caminando en dirección a su coche.

Sino.

Por lo que dice bajo, su voz agitada por cargarme y con cada paso apurado que hace.

—Solo no te muevas, ni dejes de apretar la herida de tu cabeza ¿sí? —Me implora. —Si veo una gota de sangre, caeré redondo al piso... —Murmura, mientras intenta abrir la puerta del acompañante con un pie. —...y créeme, no soy nada agradable llorando como niñita y serás la culpable, que duerma un mes entero con la luz encendida por las noches... —Me dice muy natural.

Y dentro de la veracidad de sus palabras, porque siento que son así.

Su tono es alegre.

¿Y divertido?

Hasta recién, solo escuchaba la voz de mi salvador por mi postura y mi cabeza agacha por el dolor.

Y hasta recién y ahora mismo, cargándome mientras sigue luchando por abrir esa puerta con su

pie, porque se niega a soltarme.

Siento la fuerte presión pero cálida, de sus brazos sosteniéndome.

Y por eso elevo mi vista y pese al dolor que me provoca ello, me obligo.

Para ver el rostro.

De mi protector medio rarito y nada valiente a unas gotas de sangre.

Para encontrarme, un hombre en sus treinta.

Creo.

Pelo algo revuelto y oscuro, estilo recién me levanto y ni mierda me pienso peinar.

Ojos y mirada alegre, color chocolate.

Bajo a sus labios mientras al fin logrando abrir la puerta, seguido de acomodarme y con mucho cuidado, ponerme el cinturón de seguridad.

Encontrarme con su sonrisa.

Una sonrisa...

A toda potencia que me regala y es.

La más linda del mundo...

Capítulo 3



—Contusión cerebral externa, con daño en el tejido por una hemorragia múltiple de pequeños vasos sanguíneos y a causa del accidente... —Escucho al médico de guardia— ...lo importante, no hernia cerebral por este traumatismo de cráneo... —Sigue, mientras intento entender frente a él, lo que me recita muy prolijo— ...Incisura grado uno con desplazamiento de radio, provocando impotencia funcional... desnutrición severa y bajo peso...

Sus ojos no se elevan de la planilla que lee y voltea otra hoja para continuar, rascando su mandíbula concentrado.

—....el análisis que se le adjudicó, nos indica que su hemoglobina es baja como su...

Y ya, no escuchó más.

En realidad, me perdí por más que puse mi mayor esfuerzo en entender.

Y por eso, estoy a 2.0 segundos de llorar como marica por no comprender nada, de lo que este médico me dice.

Sip.

Chino básico, para mí.

El chasqueo de unos dedos por poca paciencia colmada interrumpiendo, hace callar al médico y conmigo, voltear hacia ese sonido.

Para encontrarnos a Hero.

A quien llamé mientras conducía camino a este Hospital por su ayuda y ante el cuerpo medio desvanecido, de la nenita famélica del dolor.

A poca distancia de donde estamos, está de pie.

Cruzado de brazos como piernas en una de las típicas sillas plásticas que como hilera, una al lado de la otra y contra una pared de este extenso pasillo hospitalario, solo él está sentado junto a un Collins de pie silencioso y expectante pese a la hora tardía.

Una, casi amaneciendo y cual, sus primeras luces diurnas, saludan y traspasan los grandes ventanales del lugar.

Bosteza aburrido.

—Viejo... —Lo mira desde su postura sin moverse.

Para luego, solo con un dedo elevar más sus lentes en el puente de su nariz.

—...apurando el trámite y en castellano, por favor. —Finaliza mi amigo.

Porque a Herónimo, no le gusta perder tiempo.

Porque, él en su vida.

Cosas.

Mujeres.

Empresa.

Madre.

Amigos.

Y forma de manejarse en los negocios, ejerce el control.

Se rige, bajo ese mandamiento.

Parece frío.

Calculador.

Y lo observo, desde su posición inmutable sentado.

Dónde solo sus ojos no se pueden decidir, si quieren mirar al doctor, el biombo a medio cerrar y casi frente nuestro, de la sala de emergencia y está la niña o a mí.

Ya que.

Y solo yo, lo noto.

Sabemos y sentimos.

Como Collins y sus cercanos, pese a esa seriedad de mierda y frívola que todo él emana.

Que esa coraza, es solo protección a su persona para que nadie traspase esa pared emocional, derribando sus muros.

Mucha, de esta.

A lo que ama.

Incondicional, por más que no lo demuestra en su mayor esplendor.

Nosotros.

Su gente.

—¿Entonces? —Se pone de pie y camina hacia nosotros.

Con su altura y pelo que lejos de ese riguroso peinado que profesa en su empresa, por despertarlo y sacarlo de su cama.

Lleva sus importantes rulos, tipo corona cayendo sobre su cabeza.

Y su monumental cuerpo que con pasos lentos, indica total atención y por más, que solo llevar puesto en su apuro y a mi auxilio, unos sencillos jeans y camiseta.

Haciendo tragar saliva al médico, ante su demanda.

Porque, el reconocido y joven empresario Herónimo Mon.

Y mi amigo.

Trasmite arrogancia y poder.

Y respeto.

En toda su persona y como sí, en sus anchos hombros llevara una capa como un jodido príncipe Disney, versión porno dirían las mujeres o un jodido héroe, mitad testosterona con buena persona y hermano, para mí.

El doctor suspira, cerrando la planilla médica.

Se dio por vencido.

—Herida leve en su cabeza, fisura de brazo, anemia y bajo peso con desnutrición... —
Simplifica, el estado de la niña.

—Bien. —Murmura Hero, pensativo.

Para luego, tras segundos y frotando sus labios pensativos, dirigirse a su mano derecha.

—¡Collins!

—Señor... —Se acerca a nosotros y su llamado.

Observa el lugar, para luego a él.

—Gestiona, una habitación privada para la niña... —Señala al doctor— ...y ponte a la orden del cuerpo médico del Hospital, para facilitar todo lo que necesiten para su recuperación. —Ordena sobre su asentimiento, seguido y acompañado con este, en dirección a la mesa de administración sin pérdida de tiempo.

—Gracias amigo... —Me pongo a la par para mirar como él, en como descansa la chica tras la cortina tipo biombo que separa una camilla de otras, en la estancia de urgencia.

Dónde muchas, están ocupadas por pacientes dolientes acompañados por familiares o amigos y con enfermeras yendo y viniendo entre ellos.

Pero con la diferencia, que ella duerme plácidamente.

Tranquila.

Como si hubo días enteros, que no lo hizo.

O quizás, nunca.

Golpea mi hombro con un puño, ante mi gratitud y como restándole importancia, mientras se acerca a los pies de su cama.

Cruza más sus brazos y aunque, no lo veo por imitarlo y arrimarme hasta la niña y con cuidado, despejar un mechón de su pelo con rulos que reposa en su rostro, para acomodarlo a un lado y rogando, que eso no la despierte.

Percibo su mirada y que arquea su ceja, ante mi reacción cariñosa a esta jovencita desconocida.

—No sé, si su atacante en su escape se lo robó Hero... —Le digo, contrayendo más la fina cobija que la tapa y para que cubra más su delgado cuerpo, bajo la bata que le pusieron las enfermeras, sacándole esas raída prendas y algo sucias que llevaba puesta.

Miro por un momento, el blanco piso y un extremo de este y dónde, asoman bajo la camilla, solo una de las zapatillas deportivas que calzaba.

Ya que su otro par, seguro se perdió en mi carrera y llevándola en brazos en el trayecto a mi coche.

Son de hombre y que acusan por su tamaño, tres o cuatro números más de su pequeño pie y por su estado precario, por larga vida de uso.

La observo otra vez a ella y fuera, del estado clínico que se encuentra.

Tal vez, las encontró en algún bote de basura.

—Los enfermeros, dijeron que no llevaba con ella documentación personal cuando la revisaron. —Niego, mirándola y como duerme—. Esta niña, es de la calle amigo... —Apuesto, sin dudar.

Hero chequea su ropa que y aunque, doblada de forma prolija, reposa en la única silla junto a su cama, delata escaso recursos y mala vida.

Asiente.

—Ordenaré a Collins en conjunto con Millers, que averigüen su origen y paradero... —Dice como si nada y fuera pan comido eso, pero preocupado como yo.

Para luego, mirarme de arriba abajo por mi facha desaliñada y camisa con algo de rastro de sangre, por la herida de la chica y cargarla.

Caminamos en dirección a la salida y una vez fuera y ya, con el sol pleno por ser pleno día sobre nosotros, prosigue.

—Necesitas ducha, una muda de ropa limpia y dormir un rato... —Busca su celular de un bolsillo, para hacer una llamada mientras lo acompaño por el estacionamiento.

Y como leyendo mis pensamientos como mi ceño fruncido negando y dejando de caminar, sonrío tras dar otra orden a Collins y cortar la llamada.

Una, de sus tantas media sonrisas.

Y la que odio.

Porque es la inteligente, pero enigmática.

La secreta y de mierda, por no entenderla nunca.

Y que delata, saber o comprender más algo en cuestión, que el resto de los humanos simples y comunes.

Y lo miro rarito y de lado por eso, achinando mis ojos sospechoso.

A mí, no me engaña.

Y suelta una risa por eso, palmeando mi hombro y que reanudemos la marcha.

Cabrón.

—Sé que estas preocupado por su salud... —Suelta algo, de esa información *secreta*— ...y que quieres quedarte. Pero la muchachita no se irá a ningún lado y debes dormir algo Rodo. —La alarma de su coche importado, se siente al ser desactivado desde el comando de su llave, cuando llegamos hasta él.

Rodea este y abriendo la puerta del conductor, me señala la del acompañante.

—Collins quedará a la guarda de la joven y hasta tu regreso. No puedes conducir en ese estado... —Se apoya sobre el techo— ...te llevo, descansas y vuelves... —Me ofrece, negociador y sonriente.

Demasiado y para mi gusto.

Sonriente.

¿Qué carajo sabe o intuye, que yo no sé?

Y resoplo, frotando mi nuca por cansancio y de horas acumuladas de no dormir aún.

Pero, abriendo la puerta y subiendo como él a su coche.

Contrariado, pero a mi pesar.

Que tiene, jodidamente razón.

—¿Oye, puedes parar ahí? —Le indico y señalando un comercio, de la calle en que maneja camino a mi departamento.

Un tipo, mercado de compras.

Y se pasa de carril, para poder estacionar frente a él.

Me mira.

—¿Tienes hambre? —Me pregunta Hero.

Río.

—Estas situaciones, me ponen nervioso y abren mi apetito... —Digo palmeando mi estómago, provocando que sonría divertido.

Porque, es verdad.

Y siendo honesto.

Siempre, tengo hambre.

La cena hecha por Marcello y los nachos durante el juego anoche.

Digeridos totalmente.

Y unas frituras con chocolate, por más hora temprana que sea, suena genial para mi organismo.

Bajo del coche y miro a mi amigo, por mi ventanilla baja.

—Solo, serán unos minutos... —Exclamo, trotando al mercado.

Y cumplo ese tiempo.

Comprando y saliendo de este como prometí, en poco tiempo y cargando mi bolsa con comestibles y abriendo un paquete de dulce con chocolate en el trayecto.

Para encontrar a mitad de mi caminata, como masticar mi golosina.

A una niña.

En sus quince años de edad y guiando unos perritos con sus respectivas correas.

Robándome una sonrisa, por ser tan chiquita y dónde su forma de conducirlos, pese a pequeñez.

Delata que no solo, gusta de las mascotas.

Si no, que con tan corta edad y de forma precisa en que lo hace, es toda una paseadora de perros.

Que cantarina y alegre con sus pasitos y llevando un bonito vestido de flores y volados, tipo corte princesa.

Detiene su paseo riendo, mientras sus perritos olfatean todo, casi llegando frente a mí y el coche de Herónimo.

Sudo frío.

Y mi mandíbula cae a medio masticar, mi sabroso dulce.

Por lo que presiento, con uno de los perros.

Ay carajo...

Que no lo haga, que no lo haga.

Me repito.

Y me trago, mi carcajada en auge con una mano.

Porque, uno de los lindos pichichos, lo hace nomas...

Levanta una de sus patitas, para mear.

Dios...

El coche de Herónimo.

Y con mi amigo.

Dentro.

Que al verlo sale de este, para mirar el daño de su Bugatti, rodeando su frente y observando la víctima de eso.

Una de sus ruedas deportivas y una parte de la carrocería.

Está mudo y haciéndose a fuego lento.

Lo delata, los dos tonos de rojo que tiñen sus mejillas.

Seguido de mirar, al acusado peludo que se rasca como si nada ante su delito.

Su coche.

A mí.

Para luego a la niña.

—Solo, es pipí santo... —Se excusa ella, mirando la rueda mojada.

—¿Pipí santo? —Repito sin creer, mirándola y acomodando mejor sus lentes.

—Sip... —Sigue la muchachita natural, pero buscando algo de su bolsito y que cuelga de ella, sin soltar con su otra mano las correas.

Saca un pequeño celular rosa.

—Agendaré tu número y me haré cargo de los daños... —Le dice de forma muy adulta, pese a su edad.

Herónimo gira a mí, al escuchar mi risa por escucharla.

Porque, no se lo cree todavía.

—¿Te harás cargo? —Apunta con su índice al perro—. ¿Lo que esa cosa, le hizo a mi deportivo?

Y la niñita arruga su nariz, al sentir como llama a uno de sus muchachos.

La cosa.

Una llena de pecas, formando un dibujito con ellas y que hace, que mi amigo arquee una ceja al notar lo.

¿Eh?

Pero, retrocediendo un paso.

Y ahogo mi risa con otra mordida a mi barra de chocolate, mientras los observo entretenido y tipo espectador a ambos.

¿No me jodan?

¿Herónimo, le tiene miedo?

Paseo que retrocede, porque ella hace uno hacia él intimidante y por más, que irradia dulzura con su vestido con flores en su tela y no llega ni al pecho de Herónimo por su imponente altura.

Desafiándolo.

Y provocando que ese movimiento, un mechón de su pelo caiga a un lado de su rostro y de su peinado medio extraño que lleva recogido y solo sostenido por un lápiz rosa.

Lindo y raro, eso debo admitir.

Le eleva un índice.

—Sip, para eso trabajo... —Le dice ceñuda y seria.

Continúa a darle la espalda y retomar, su caminata canina.

—...y para costear mis estudios universitarios en administración comercial de empresas, más adelante... —Finaliza, orgullosa y mirándolo sobre un hombro con insolencia.

—Pobre del cristiano, que te toque como jefe... —Gruñe— ...porque yo, nunca lo haré... — Sentencia esto último Herónimo, mucho más bajo y para sí, masticando sus palabras.

Pero llega a los oídos de la niña, mientras se encaminan ambos y cada cual, por su lado.

Él a la conducción y derrotado por la batalla, pero aún de pie como soldado herido.

Y ella, a su paseo que lo interrumpe nuevamente, volteando al oírlo y para mirarlo taladrante.

—Sobre mi cadáver, señor... —Promete, la niña sin dudar.

—Perfecto. —Dice él, desde su puerta abierta.

—Genial. —Dice ella, arrugando más su nariz enojona y a la distancia.

Miro a Hero sin dejar de comer.

—¡Bien! —Replica este, arqueándole una ceja odioso.

Y mis ojos van a la chica terminando mi dulce y cual, nunca dijo su nombre.

—¡Bien! —Grita ella con más fuerza, dándole la razón y estar de acuerdo con ello, mientras se marcha y le lanza puñales con bombas termo nucleares en su última mirada.

—¡Excelente! —Finaliza mi amigo, quedándose con la última palabra.

Guau.

El gran empresario Herónimo Mon.

El rey el acero.

Y jefe de los jefes temido por todos.

Lo miro raro.

¿Peleando como crío, con una niña de 15 o 16 años?

¿Qué rayos, fue todo esto?

La decisión improbable que vuelvan a cruzarse, es casi nula.

¿Pero fue, una sentencia suya o de ella?

¿O de quién, en realidad?

—Pequeña atrevida... —Gruñe sin dejar de mirarla mientras la ve marcharse, acusador y a dos milímetros de agarrarse de los pelos por la angina que le ataca y hacer un berrinche.

No te rías, Rodo.

—...Kamikaze, el que se case en el futuro con esa mujercita... —Sentencia, entrando a su coche como yo bufando.

Y sin saber por qué, río a carcajadas.

MEL

La luz del día me recibe, cuando y tras parpadear con mucho esfuerzo, al fin logro abrir mis ojos.

Seguido de un gemido de dolor que sofoco, cuando procuro incorporarme de la cama que me

encuentro.

Pero, no puedo.

Aunque me siento mejor, mi fuerza es nula.

Ya que, estoy muy débil.

Y solo, me limito de lado y como estoy recostada a mirar todo lo que me rodea.

Una limpia.

Blanca.

Y pulcra habitación de hospital.

Para luego, el gran pie de hierro junto a mi cama y que cuelga de este, el suero de la intravenosa de una de mis manos.

Viniendo a mi mente, el accidente de la noche pasada con el vagabundo con mi herida en la cabeza, cual palpo con cuidado con mis dedos.

Notando, no solo su vendaje.

Sino, también.

Paso mis dedos, por mi pelo ondulado y ahora sedoso.

Aroma a shampoo de manzana dulce que desprende, por haber sido lavado y peinado.

Como también, en la pequeña mesa junto a mi cama y vista.

Una jarra de agua fría con golosinas de diferentes tamaños y colores colmándola.

Muchas, que jamás vi y nunca probé en mi vida.

Y sonrío.

Por hasta ver en su extremo, unos globos rosas con helio atados y suspendidos en ella.

¿Para mí?

Pero me gana un nuevo gemido que hago, de dolor y al sentir mis labios reseco, obligándome a levantarme, para tomar un poco de esa agua.

Porque, tengo sed.

Mucha sed.

Y con ayuda del mismo pie de mi suero para sentarme y bebiendo, por fin del vaso.

Descubro bebiendo en un sillón alejado y junto a la única ventana.

A un chico con ropa de gimnasia, utilizando uno de sus brazos como apoyo y tipo almohada, durmiendo profundamente.

¿Será mi extraño y raro, rescatador?

Me pregunto, intentando caminar hacia él para observarlo mejor.

Era de noche y muy oscuro, ese asqueroso callejón y bajo el dolor punzante de mi cabeza y el mareo mezcla de miedo, que se adueñaba de mí.

Solo, su voz recuerdo bien.

Una voz masculina, pero muy cálida.

Reconfortante.

Y sonrío, deteniéndome a pocos pasos de él, pero flexionada sobre mis rodillas por cansancio.

Silenciosa y con mi suero al lado que ubico con cuidado, para no despertarlo.

Y porque, aún tengo miedo.

Pero apoyando mi barbilla sobre un puño que reposa en mis rodillas, para mirarlo.

Sus facciones perfectas aunque son muy viriles, inspiran un aspecto divertido en cada rasgo que tiene por más que duerme y con ese aire desprolijo de su pelo, cayendo sobre una parte de su lindo y simpático rostro.

Inclino mi cabeza dudosa, mirando como sus oscuras y largas pestañas descansan en su mejilla y protegen, esos ojos chocolate que esa noche descubrí.

¿Será una persona, que ríe mucho?

Y la sonrisa a toda potencia que me regaló, pese a la situación de esa noche nefasta, viene a mi memoria.

Sonríó más.

Porque, ese recuerdo me dice que sí.

Y aunque estoy agradecida, el pánico me embarga.

No sé cuantos días con sus horas, pasaron desde ese encuentro por mi accidente.

Me pongo de pie mirando por la ventana, para luego la habitación.

Por la latente amenaza de que mi salvador o cualquiera, haya hecho una denuncia por mi paradero, ya que el vagabundo robó mi vieja documentación como pertenencias en su huida.

Y que el juzgado de menores, venga por mí.

Me llena de temor.

Y niego, mordiendo mi labio inferior para retener el dolor, al sacarme sin pérdida de tiempo y con poca idea mi intravenosa.

Para no despertarlo.

Como también, buscar mi viejo pantalón y camiseta de la silla, juntando fuerza con cada paso que doy y por sentirme, muy debilitada todavía.

Notando al vestirme, sobre la misma bata.

Ya que, el tiempo apremia.

Que también estos, por estropeado y gastado por usarlo mucho.

Huelen a jabón y enjuague de ropa.

Lo miro.

¿Hizo eso, por mí?

¿Lavar mi mugrienta ropa?

Y no puedo, evitar tomar mis puños para oler profundamente la tela y que el agradable perfume a limpio y jabón, cope mis pulmones.

Viniendo a mi mente, esos paisajes de campo que vi muchas veces en publicidades de la calle, haciendo referencia a algún producto limpieza.

Y cierro mis ojos, para imaginar estar en uno.

Un campo tal vez, con muchas flores y de cientos de colores, bajo un sol radiante.

Un lugar que jamás vi, pero me gustaría conocer y anhelé, cada vez que frente a una de esas publicidades, pedí estar en uno.

Pero abro mis ojos frente a mi realidad y tomo solo uno, de la docena de dulces de la mesa algo avergonzada.

El del envoltorio más bonito y multicolor.

Soy pobre, pero no ladrona.

Pero, tengo hambre.

Y me prometo a mi misma como a él, guardándolo en mi bolsillo y tomando mi única zapatilla vieja abrazándola contra mí, mientras camino despacio a la puerta descalza y mirar por última vez, al chico dormido en el sillón para prometerle.

A mi extraño y raro salvador.

Qué bien encuentre un trabajo y cuando lo haga, pagarle por el dulce que me llevé.

—Gracias... —Le susurro, muy bajito por ayudarme.

Cuidarme.

Mientras con suavidad y muy lentamente, abro la puerta para huir.

—Por favor... —Esta queda a mitad de ser abierta y congelando mis pasos.

Al escuchar, su voz.

Siempre agradable, pero ahora con matiz de cierta tristeza.

Como su rostro al mirarlo.

Y sus ojos chocolate, totalmente abiertos y observándome desde el sillón.

—No te vayas, te lo ruego... —Me pide con algo, que nunca tuve.

Que siempre, se me negó.

Como jamás, supe cómo era eso en realidad.

Pero ahora sí, al sentirlo por primera vez y golpeando mi pecho.

Y por eso, mi mano aprieta con fuerza la puerta mientras nos miramos.

Por experimentar de este chico, que no tengo idea como se llama.

Pero, con la sonrisa más hermosa del mundo.

Me lo da.

Me ofrece.

Cariño sincero...

Capítulo 4



Medianos platos.

Uno tras otro, es depositado por la mesera de la cantina del Hospital.

Siendo el único sonido ellos puestos en la mesa, cual que me encuentro y con el bajo murmullo, de muchas ocupada por algunos pacientes con familiares o amigos.

Como también, de parte del cuerpo médico del lugar almorzando o merendando.

No lo sé.

Porque, aún sigo algo confusa en el tiempo por mi accidente, como turbada por la medicación que me suministraron y siguen dando, desde la intravenosa de uno de mis brazos y cuelga su suero del pie que tengo junto a mí.

No hablo.

Porque, sigo teniendo miedo.

Pese a que me dijo que no lo tuviera y me invitó a bajar a la cantina, interrumpiendo mi huida de este nosocomio.

Porque, me va ayudar.

Pero ese pánico constante está vigente, ya que en cualquier momento y por eso, mis ojos no dejan mirar la gran puerta.

Vengan por mí, ante la denuncia de mi desaparición por parte de mis tutores transitorios.

Platillos con diferentes verduras asadas.

Arroz guisado.

Carne sazónada.

Mucha carne, sazónada.

Y hasta pequeños potes con gelatina roja, junto a una gran jarra de jugo recién hecho de naranja, tengo frente mío.

Y el delicioso aroma a comida casera y el dulce de las frutas, colman mis fosas nasales.

Nunca, vi tanta comida en toda mi vida.

Ni siquiera en el orfanato, dónde me crié para alguna festividad.

Si se festejaba.

El chico de mirada chocolate, tampoco habla.

Pero siempre sonriendo agradece a la mujer por todo, cuando deposita el último plato con mas carne y se retira.

Para luego y tomando los cubiertos, mirar feliz a todos los deliciosos platillos, seguido de mí.

—Debes tener hambre... —Me dice, mientras corta una gran porción de carne con salsa y la

pone en mi plato— ...el médico dijo que puedes comer de todo, pero que lo hagas despacio... — Junto a mi pedazo de carne, me sirve una succulenta cucharada de verduras seguido de arroz amarillo— ...yo, siempre tengo hambre... —Me aclara sonriente y sirviéndose ahora él, también un poco de todo.

Pero mira la porción de carne de su plato para luego la mía, seguido de una mueca poco conforme.

Y aunque, la mía es mas grande.

Mucho más grande.

Corta de la suya y llena más, mi plato de este.

Y con eso su sonrisa vuelve, borrando ese gesto.

—¿Es navidad? —Murmuro bajito y sobre un leve ronroneo de mi vientre, por hambre.

Pero, sin tocar el plato.

Mis manos, siguen sobre mi regazo.

Con ese siempre miedo, pero ahora, mirando el festín que tengo frente en frente como al chico desconocido, que me salvó y me cuidó.

—¿Navidad? —Me dice a medio masticar, un gran bocado de carne.

Y afirmo, algo tímida y me animo con mi barbilla a señalar mi plato de comida colmado.

—Solo para las navidades, teníamos carne asada. —Respondo.

Y deja sus cubiertos.

—¿Teníamos? —Repite, parte de mis palabras con la boca llena.

Porque dejó de comer y hasta puedo llegar a ver, la porción de carne por su boca media abierta como a medio masticar, que quedó suspendida por mi dicho.

Se podría decir que semejante vista, no es para nada bonito.

Más, si estás a punto de comer.

Pero viniendo de él, me parece gracioso por quedar tipo coma congelado sobre su silla, mirándome.

Creo, que por asombro.

No lo sé.

He intento sonreír, porque dentro de la tristeza, es uno de los pocos recuerdos lindos que tengo.

—Si... —Me atrevo a tomar el tenedor y acariciar la carne con él, mirando su dorada y sabrosa cocción.

Ya que, con tan grande porción que me sirvió, podría comer yo con dos niños más del orfanato.

— ...en el orfanato, era la fecha que esperábamos todos... —Prosigo, mirando mi plato— ...no solo por la fecha tan ansiada, dónde decorábamos todos el hogar con cosas hechas por nosotros mismos y esperar a medianoche, los siempre calcetines y suéter de abrigo del estado como regalo de navidad... —Murmuro— ...sino, porque sabíamos que esa noche comeríamos carne asada...

Su mirada están en mí, escuchándome.

Pero cuando finalizo, dirige sus ojos a todos los platos de nuestra mesa.

Son duros.

Pero tristes e inyectados de humedad y ya, sin esa sonrisa suya.

Y sus labios, apenas cerrados por aún sin masticar esa media vaca que engulló, quedando estático y delatando, la gran porción por su mejilla abultada.

Intenta comerlo.

Pensativo.

Mientras toma la jarra con jugo y se sirve en su vaso, seguido de beber un gran sorbo para que

ayude a tragar su comida.

—¿Eres huérfana? —Me pregunta.

Y asiento, mirando otra vez la puerta de salida.

Cosa que no le pasa desapercibido y voltea, también curioso.

—Entonces no esperas a tus padres, por que escapaste... —Me dice.

Niego.

—Al juzgado... —Respondo sincera— ...no quiero volver a un hogar transitorio... —Y mi pánico vuelve, provocando un temblor a mi mano y que el tenedor que sostengo caiga al suelo.

Me inclino para recogerlo, pero el chico se pone de pie y se adelanta en tomarlo.

No lo acepto, cuando me lo ofrece.

Pero sí, sus manos con las mías.

Temblorosas.

Yo sentada.

Y él, aún inclinado a mi lado y con nuestras manos entrelazadas.

—Por favor, no me denuncie... —Ruego con un sollozo— ...no quiero volver... —Niego asustada— ...saldré por esa puerta y nunca sabrá de mí, señor... —Prometo con las primeras lágrimas, brotando de mi interior— ...no quiero volver... —Hipo— ...no quiero volver... —
Repito.

Y algo cálido, me envuelve.

Su abrazo repentino.

Y siempre, en esa posición.

Siendo suficiente, para que esa demostración de cariño desconocida y como si fuera un interruptor.

De rienda suelta a un llanto y pedir para mi sorpresa.

Mis manos, sin mi permiso.

Más abrazo cuando me arrullo y acurruco sobre él, sin importarme que llevo Suero, por ese gesto de amor que casi nunca tuve el placer de recibir.

Aunque sí, di a modo consuelo años atrás a algún niño del orfanato que lloraba por una caída o sentía solo.

Pero.

Este abrazo, de una persona a mí.

Mi primera vez...

—¿Me ayudarás? —Murmuro, sin poder creer.

Y su mano se extiende frente mío y sobre la mesa.

—Soy Rodrigo Montero. —Se presenta mi salvador, que tiene miedo a la sangre—. Pero mis amigos, me dicen Rodo... —Y esa sonrisa a toda potencia, vuelve— ...y ya, te considero mi amiga...

Estamos en la mesa nuevamente y ahora, ambos estrechando nuestras manos.

Con una seña de la otra, me alienta a que empiece a comer.

Tomo mi cubierto y sonrío más por eso.

—...y los amigos, no se abandonan... —Prosigue, tomando su celular de un bolsillo de su pantalón, mientras reanuda su comida dejada— ...porque, son familia... —Mastica tecleando a quien sea rápidamente.

Aprieta enviar, bebiendo más de su jugo.

—...porque, según Stitch...

—¿Quién?

— ...eso es *ohana* y a la familia, nunca se abandona. —Finaliza dulce y con su pecho, inflado de orgullo.

No entendí.

Ya que, si es un famoso.

Yo no sé, porque en el orfanato no había televisión y en los hogares transitorio, no me dejaban disfrutar de él.

Pero asiento y hasta me encuentro sonriendo, mientras al fin pincho por primera vez mi comida.

Sonriendo confuso, pero sonriendo al fin.

Porque, este chico.

Rodo para los amigos y que me dice, que soy su amiga.

Y sonrío, un poquito más.

Porque, tengo un amigo.

Y se siente bien.

Calorcito.

¡Tengo un amigo, me repito feliz!

Ya que siempre, anhelé uno.

Ahora sonrío mucho, probando mi comida y un gemido de placer con alegría, brota de mi interior por la rica comida que saboreo.

Y por ello al verme que lo hago con ganas, mientras bebo mi jugo.

Como también, más confiada.

Sobre otra y otra cucharada a mi plato de comida.

Su sonrisa mientras también él, come su comida con tanta hambre como yo y sin dejar de mirarme feliz.

Descubro.

Que tras esa sonrisa a toda potencia y tan él.

Dulce.

Simpática.

¿Dije, muy dulce?

Hay otra.

Una que esboza.

¿Cómo lo explico?

A todo pulmón.

Como si fuera la hermana mayor de la otra sonrisa.

Misma genética dulce y extrovertida.

Compradora.

Pero, más encantadora y atrayente.

Algo así...

Como una sonrisa de un millón de voltios hacia mí, por satisfacción.

Que hechiza.

Me hechiza.

Y algo tibio, me colma apretando mi pecho como mi garganta al verla.

Miro mi plato que momentos antes, desbordaba de comida y ahora, casi vacío.

¿Será este retorcijón, porque comí mucho?

No tengo idea.

Pero maldita sea, si esa sonrisa nueva que descubro no era jodidamente hermosa.

Por ser sincera y de pura felicidad.

Dándote ganas de sumergirme en ella y pedir un frasquito con tapa a la camarera del Hospital que me regale, para guardar algo de esa sonrisa de mil voltios para más tarde o abrirla, cuando me siento triste.

Me felicita por comer casi todo, en el momento que se siente un murmullo proveniente de la entrada de la cantina.

Uno que aumenta y revoluciona, cuando un grupo de doctores abren las dobles puertas de esta.

Rodo mira.

—Ya era hora pendejo, que aparecieras... —Solo dice, sonriente y pese a ser un reproche.

¿De quién, habla?

Me pregunto al ver que entre los médicos hay un hombre, en sus pasados cuarenta.

De traje sastre impecable en negro y que al entrar, su mirada plata registra el precinto con prudencia y discreción silenciosa.

Escaneando a toda cosa, como ser vivo que componemos la cafetería.

Y al notarnos a un extremo sentados en una mesa y ver como mi nuevo amigo Rodo levanta su mano para saludar alegremente por más seriedad de este, solo se limita a asentir.

—¿Él nos va ayudar? —Pregunto, asombrada y llena de temor, porque su presencia intimida.

Por ser otro desconocido, que me va a proteger.

Pero, tal bullicio y movida.

De tales médicos, acompañando.

Algunas enfermeras, curiosas asomadas tras la Puerta y hasta la de pacientes con familiares o amigos en las otras mesas, observando fisgones.

No es por él.

—No precisamente... —Me dice Rodo respondiendo a mi duda, divertido y relajado con su puño en su barbilla, mientras toma con su mano libre y tenedor entre sus dedos para pinchar la carne que dejé.

—...Sino, mi amigo... —Mastica y señala con el cubierto, al chico que aparece detrás del hombre de traje negro y se detiene, para hablar ante el escuadrón de doctores que están a su par— ...el que parece un poste telefónico, con chaqueta y anabólico... —Ríe.

Y como toda explicación, dónde retengo una risita por su amigo muy alto y cuerpo de mole, vestido casual con jeans y con chaqueta oscura a modo presentación.

Cual puedo advertir, aunque la distancia de nuestra mesa y donde el chico tras hablar con esos médicos con cierta reverencia se despide ellos y da como finalizada todo tipo de charl, reanuda su caminata a nosotros, seguido por el otro hombre de negro indicándole nuestra mesa.

Que todo él, es una fascinante mezcla de polos opuestos, en lo que irradiaba una vez que llega a nosotros y toma asiento mientras el otro hombre lo hace en la mesa próxima.

Por un lado.

Con esas simples prendas, pero intimidante chaqueta gruesa en cuero negro algo gastada por su uso, haciéndolo ver como un ex convicto dónde su deporte favorito sería, patear bebés cachorros por pura diversión, bajo su semblante. Reservado.

Duro.

Y sin dejo de emoción, diría yo.

Imperturbable, pese a solo ser unos años mayor y mirada medianoche, tras sus lentes de armazón negro.

Porque es oscura, aunque sus ojos siendo de un color único, dicen lo contrario.

Como mirar, un pozo sin fondo.

Ni tampoco, brillo en ellos.

Descubriendo y preguntándome.

¿Por qué, tanta tristeza?

Y después y por otro lado.

El opuesto polo.

La de esa coraza glacial y lejos de sonreír.

Construido.

Al ver que niega a la mesera cualquier servicio, pero con su grave voz, pide que le sirva algo de café y de comer al hombre de negro en la mesa de al lado.

Seguido de mirar silencioso a su amigo Rodo, para luego a mí y sobre su semblante serio.

Guau.

Me mira agradable.

Facción milimétrica y que delata.

Bondad.

Mucha de ella.

—Soy Herónimo. —Se presenta cruzando sus fuertes y trabajados brazos, pero señalando con un dedo a su amigo—. Y el idiota que te salvó, es mi mejor amigo...

—¿Eh? ...tú, eres..? —Mira a su mejor amigo ante mi silencio y que me cuesta responder.

Rodo se encoje de hombros, provocando que este chico Herónimo lo mire asombrado y hasta se remueva sobre su asiento, para mirarlo mejor.

—¿No sabes el nombre, de la muchacha que salvaste? —No se lo cree, por la expresión de su rostro.

Rodo niega natural y me mira inclinado hacia mí, ahora curioso.

—¿Cómo, te llamas nena? —Me pregunta sincero y sonriente, sobre un Herónimo pasando su mano de forma pesada por su cara anonadado.

Estrecho mis ojos dudosa.

¿O es, para ocultar una risa?

Una que este chico de mirada oscura niega, pero sí, se siente y proviene una risita de la mesa de al lado.

La del hombre de negro al escuchar nuestra charla, bebiendo su café y comiendo el sándwich que se pidió.

—Mel. —Murmuro—. Melissa Greidy... —Completo mi nombre.

—Muy bonito nombre. —Exclama Rodo, bajo el asentimiento de Herónimo.

Y me animo a sonreír, agradecida.

—Dime Melissa...

—Mel... —Interrumpo y le pido a Herónimo.

A ambos.

Lo cual, se miran y se sonríen.

—Hero, Mel no tiene familia alguna... —Habla Rodo. —...es huérfana...

Y su rostro, se contrae al escuchar a su amigo mi situación y yo, asiento algo asustada.

No, por su siempre semblante rígido.

Sino, porque ese temor vuelve.

Mi pánico a que las autoridades, vengan por mí.

Y ellos lo notan.

—¿Vives en la calle? —Solo pregunta.

Vuelvo a afirmar.

— ...dos semanas, que escapé de mi hogar transitorio... —Le respondo sincera y quebrada, ante

los recuerdos tristes.

Tantos y no por solo nacer sin papá ni mamá.

Por los maltratos.

—Hermano... —Rodo habla.

Y lo hace, sin sonrisa a toda potencia.

— ...las contusiones y desnutrición... —Acota— ...no fueron por el accidente...sino, por...

Herónimo eleva su mano, negando a que siga hablando Rodrigo.

Ya que, entendió y mis mejillas arden y me abrazo a mí misma, bajo sus miradas y la mía, procurando no llorar.

Por recuerdo al dolor y cierta vergüenza que siento, que sepan mi vida dos desconocidos.

—¿Eres menor, verdad? —Pregunta este hombre duro, pero con la voz algo entrecortada.

Por la emoción.

Y eso hace, que lo mire sin temor.

—Voy a cumplir 18, pronto... —Argumento para que noten que en breve, voy a ser mayor de edad y que, no sea motivo que me denuncien al juzgado.

Silencio.

Uno caviloso por ambos.

Inclusive por el hombre de negro que ya tras haber comido y con toda su espalda en el respaldo de su silla, está atento como reflexionando mi situación y nuestra conversación.

Pero ese silencio, es interrumpido por Rodo poniéndose de pie de golpe y apoyando ambos brazos como sus manos como puño, con fuerza en nuestra mesa.

Para mirarlo fijo.

Profundo.

Y decidido a su mejor amigo, que no se inmuta ante su brusco movimiento.

—Hero, no voy a entregar a Mel... —Le dice— ...es mi amiga y prometí ayudarla. —Es firme.

Firmeza decidida que Herónimo al escuchar a su amigo, solo lo mira frotando sus labios pensativos.

Creo.

Para luego y sorpresa de Rodrigo y mía.

Solo se limita.

Le nace y vaya a saber, por qué.

Una media sonrisa de lado.

¿Una de inteligencia?

Y con Rodo, nos miramos sin entender.

—La gente con poder y dinero... —Al fin nos habla— ...siempre, cree que el mundo gira a sus pies y que tiene el sartén por su mango creyendo que puede manejar como manipular a los demás, sin consecuencia y a su antojo... —Suspira, acomodando mejor sus lentes— ...no lo apruebo, ni estoy de acuerdo con esa mierda... —Nos dice, haciendo a un lado su ondulado cabello, que cae caprichosamente sobre su frente— ...pero... —Nos mira decidido, también— ...si es para una buena causa, voy a utilizar todo de ella y hasta las últimas consecuencias... —Su mirada ahora, está en mí— ...para ayudarte Mel. —Dictamina.

Sentencia de felicidad, sobre el abrazo de Rodo y porque viene hacia mí, riendo conmigo y tan emocionado como yo, con lágrimas en los ojos.

Y calorcito como tibieza, vuelvo a sentir en sus brazos.

Hasta Herónimo sonrío, emocionado mientras se pone de pie.

Incluyendo al hombre de negro que imita a su jefe, para ponerse tras él.

Estoy tan atrapada en el momento y conversación, entre estos hombres.

Dónde uno, da órdenes sin parar al de traje negro por mi caso y que se comunique con un tal Millers y que, tras escucharlo se despide de nosotros y sin dudar como celular en mano, sin pérdida de tiempo habla, caminando en dirección a la salida.

Y el otro, sin dejar de abrazarme.

El chico de mirada chocolate y la sonrisa, más linda del mundo y a toda potencia.

Miro a ambos y no puedo evitar, que mas lágrimas broten de mí.

Pero, lejos por dolor a un golpe y maltrato.

Ahora.

Son de pura felicidad, por estos dos desconocidos.

Rodo y Herónimo.

Amigos y casi hermanos.

Y dónde a una extraña chica de la calle, como yo.

Una huérfana, que ya no existe.

Porque, ellos con su bienvenida.

Me dieron de corazón.

Lo que siempre anhelé.

Una familia...

Capítulo 5



—Y tras esta puerta... —Dice a juego con su llave en el cerrojo y dando vuelta, la de su departamento en su piso.

La abre totalmente, pero no entra.

Solo, una parte de su cuerpo para con un brazo encender una luz lateral de la pared.

Pero, vuelve a la par mía y con sus brazos, totalmente extendidos a modo presentación y muy teatral.

—¡Tu nuevo hogar! —Me exclama feliz e invitando con sus manos, aún en el aire a que ingrese junto a él.

Y lo hago.

Con cautela y cierto recelo, abrazando más contra mi pecho mis pocos harapos en una bolsita.

Entre ellas.

La sola zapatilla vieja y que me quedó sin su par.

Llevando puesto unas pantuflas de Hospital y que una gentil enfermera, dio a Rodo para que no me maneje en calcetines en mi alta.

A medida que camina y lo sigo, va juntando ciertas cosas.

—Lo siento. —Murmura con cierta vergüenza—. Tu alta, se adelantó y pensaba limpiar todo antes... —Me justifica.

Algo de ropa, que dejó en su sofá.

Latas de gaseosas en una baja mesa y al lado de una caja totalmente abierta, dónde noto tres porciones de pizzas.

Cual la cierta sequedad de su queso, me hace preguntar de que año es.

Seguido de correr las cortinas de par en par de su ventana, para que el sol llene la estancia e ilumine todo.

Iluminación, que da con todo su esplendor y noto.

Rayos.

Y aprieto más por eso, mi bolsita que abrazo.

A dos revistas de dudosa procedencia, que en cada portada y por más que está, una sobre la otra tiradas en la pequeña alfombra.

Hay mujeres a medio vestir y posiciones raras.

Que mi salvador, que le tiene miedo a la sangre y al notarlo, las acapara con velocidad y las oculta tras su espalda.

—Perdón... —Me dice para luego, esconderlas bajo su abrigo y que cuelga de un brazo,

mientras rasca su nuca avergonzado.

Me regala su primera sonrisa.

La que es a toda potencia, mientras busca las palabras correctas.

—...yo... —Murmura.

Niego.

Aunque, no tengo un conocimiento expreso del sexo.

Fuchi, que asco eso.

Sé, lo que es la sexualidad.

Sobre todo, en los hombres y el cuidado que hay que tener con sus hormonas.

Y aunque empiezo a comprender como captar.

Ya que, las señales tipo en neón me lo advierten por lo que me rodea.

Un departamento.

Dónde, vive un hombre joven y solo.

¿Dije, apuesto?

Revistas pornos.

Y lugar, algo desordenado por cosas.

No algo así, que se diga un basurero.

Levanto una de las latas de gaseosa vacía y la miro.

Pero sí, que es un lindo y sonriente muchacho soltero, disfrutando de su vida y estado civil.

Y por ende, lo miro fijo.

Alto.

Rostro de rasgos muy viriles y simpáticos a juego con su pelo de un castaño, que no se define si oscuro o claro como corte y peinado revuelto y lo mencioné antes, estilo recién me levanto.

Y su marca registrada nata, que empiezo a comprender que todo él despide, bajo esa mirada chocolate y sonrisa que jamás la abandona.

Que le Deben, abundar fans femeninas.

—¿Eres hombre, no? —Solo digo, volviendo a dejar la lata en la mesa baja.

—Si... —Murmura sin entender.

—¿Y te gustan las mujeres?

Me mira, como a dónde quiero llegar.

—Si... —Pero, responde sincero.

—¿Eres pervertido? —Prosigo, observando ese brazo con el abrigo y que oculta dichas revistas.

Y sus ojos se abren.

—¿Qué? —Se abochorna—. ¡No! —Me contesta y negando con una mano frente a mí.

Camina a un mueble y las guarda en uno de sus cajones, sin dudar y de forma rápida.

—No son mías... —Las justifica— ...mi mejor amigo, las dejó olvidada... —Capto una mentira piadosa, por frotar su mandíbula nerviosamente mientras cierra dicho cajón.

Me hace sonreír.

— ...malo Herónimo. —Dice, desaprobatoriamente— ...malo... —Lo sentencia y dando entender, que ingenuamente le crea.

Y niego sonriente mientras camino por la estancia y la observo en detalle, sin abandonar mi bolsita.

No es grande el departamento.

Tampoco, algo diminuto.

Pero cada mobiliario como las escasas, pero lindas decoraciones que la habitan.

Sigo caminando y mirando todo curiosa, mientras Rodo deja todas las cosas que juntó sobre una encimera y solo me contempla callado.

No sé, si es de buen gusto.

Pero, sí.

Sofisticado y que me dice a gritos, que es un muchacho con un buen pasar.

Me detengo en las dos únicas puertas que hay y están cerradas.

—El baño... —Dice, viniendo hasta donde estoy y abrirla, para que vea su interior ante la pregunta de mi mirada.

Señalo la otra, también curiosa por saber.

Me mira fijo.

Y no hay, sonrisa para nada.

—...mi cuarto de juegos, Mel... —Murmura entre sexi y enigmático, pero divertido con su mano en ella para abrirla.

Y le elevo una ceja, mirando la puerta que permanece cerrada.

Para luego a él.

¿Eh?

Pero ante mi cara de no entender, ríe con ganas mientras la abre y con un gesto de la otra, me dice.

—Olvídalo, mal chiste... —Se carcajea, mostrándome su interior.

Oh.

Ok.

Me encojo de hombros.

Porque, no tengo idea ni entendí su broma mientras la observo.

Y mierda.

—¿Una sola habitación? —Me alerto.

Ya que, es así.

Esta única Puerta, lleva a una sola alcoba.

Y por tal.

Una jodida y única cama de dos plazas, maldición.

Y sus manos se sacuden otra vez, negando y ríe.

—Tranquila Bob.

¿Bob?

¿Y eso?

Y su risa, se transforma otra vez en una carcajada.

Enciende también la luz de su habitación e imita lo de una vez dentro.

De correr las cortinas para que la luz diurna, aclare esta y vea mejor.

—Será tu habitación, desde ahora... —Me dice y señala tras mí— ...y yo, usaré el sofá... —
Como todo dicho.

Sacudo mi cabeza.

—No es correcto...

—Si lo es. —Me interrumpe feliz. ¿Por qué?—. Mi mamá, me enseñó a ser un caballero... —
Infla su pecho— ...y todo caballero, sede sus aposentos... —Desde su lugar, su mano me recalca con cortesía— ...a una dama. —Finaliza con orgullo.

Y no sé, que decir.

Aunque todo él, me dice que es una persona buena.

Incapaz, de hacerme daño alguno.

El recuerdo latente y el temor a mi pasado, que siento aún a la vuelta de la esquina.

Esa remota vida triste e incierta, desde que nací y el lo único que conozco.

Rige en mí.

Y por eso, acaricio mi brazo lastimado y que me lo recuerda.

Pero, que en este par de días de internación ya está casi sano.

Al igual que mi herida en la cabeza por ese ladrón y las contusiones pasadas, por mis guardianes transitorios que eligió el estado para mí, como último hogar de acogida.

Miro todo nuevamente y mi cerebro, comienza con los recuerdos tristes jugando dentro mío.

Porque, mi pánico está.

Siempre.

A que vuelva y regresen por mí.

Palmea mi hombro, como si fuera un muchacho más y mirando la hora de su reloj.

—Necesito volver a Holding... —¿Y eso, qué es? —...pero, regresaré en breve... —Dice caminando a la sala.

A decir verdad, lo intenta.

Y me mira, asombrado.

Como yo.

En realidad, ambos miramos.

Ya que, una de mis manos y no sé, en que momento se adueñó de una parte de la camiseta que lleva y yo, retengo entre mis dedos impidiendo que se vaya.

Las lágrimas nublan mi visión y los sollozos, amenazan en hacer erupción en mi garganta.

Mi personalidad, es ser ignorada.

Nada nuevo.

Es así, desde que nací.

No soy muy tímida, pero si tranquila y raramente, alguien se fija en mí.

Y aunque, estoy pronta a cumplir mis dieciocho años.

Con mi pelo algo intenso y poco arreglado por mis rulos naturales, dónde mi muy delgado cuerpo, lejos de las curvas de cualquier chica de mi edad.

Acusan sobre mis casi pechos planos, que estoy lejos de parecer una una mujer despampanante.

Y que por ello, alguien se fije en mi persona.

No solamente, en lo sensual.

Sino.

En lo personal.

Cosa, que nunca me import, porque me gustaba la soledad y porque, esta a su vez era mi escudo ante la vida que me tocó.

Una marginal y triste.

Pero, ahora y desde que conocí a Rodrigo.

Todo cambió.

Porque es la primer persona, que se interesa de mi existencia y me brinda su cariño como apoyo, sin pedir nada a cambio.

No entiendo, todavía el por qué.

Pero tibieza, para mi corazón...

Y tengo miedo, de quedarme sola otra vez.

—No me dejes Rodo... —Imploro y con mi cabeza gacha.

Porque, no lo miro ahora yo avergonzada y sin dejar, de retener esa porción de su ropa en mi mano.

RODO

Soy alérgico a los escalofríos.

Juro que esa alergia, existe y yo la tengo.

No me gustan nada.

Ya que, son sinónimos de algo terrorífico o a algo predestinado y no grato a suceder.

Y cosa que si ocurre, me obliga a dormir con la luz encendida de mi habitación, por un mes más o menos.

Pero las palabras de Bob.

Más bien, su susurro y pidiendo que no me vaya.

Mis ojos bajan a su manito, que no abandona la presión de mi camiseta, impidiendo que camine.

Y diciéndome, que no la deje.

Provoca, un descubrimiento en mí.

Y me asombro, ante la apretada en mi corazón que siento por eso.

Yes.

Que los dulces o tal vez, los tiernos escalofríos.

¿Existen?

Ya que, esa dulce sensación, que empieza en mi corazón como dije.

Sigue su curso, hasta recorrer toda mi columna vertebral al escucharla y me hace sonreír mucho y sin poder evitarlo.

La abrazo contra mí, emocionado.

Y ante el contacto, de toda ella por primera vez con el mío por un abrazo.

Dónde su delgado cuerpecito no muy desarrollado, por culpa de esa desnutrición severa que tiene por los infortunios de su precaria vida.

Aparentando, menos de la edad que tiene y recordándome a mi hermanita menor fallecida.

Ruego por eso, que Bob no me golpee ni pateé mis pelotas.

La traigo mucho contra mí y reclamando más abrazo.

—No pienso, dejarte Bob... —Le murmuro, emocionado— ...solo iba a ir hasta mi trabajo y traer algo de este, para hacer en casa... —Sonrío, sobre su pelo esponjoso— ...para justamente, no hacerlo...

Me separo algo de ella, pero sin soltarla y sonriendo más, ante la idea que viene a mi mente.

—¿Te gustaría venir conmigo y conocer, dónde trabajo?

MEL

Mi sistema nervioso me decía.

Patéalo.

Dale un rodillazo.

Muerde su brazo, hasta que sangre y escapa.

Huye de sus brazos.

Ya que, personas si acercaban a mí, era antónimo de cariño y que demuestren amor.

Todo lo contrario.

Solo para recibir algún golpe, seguido de la eterna frase que hice algo mal por mis tutores de hogar transitorio.

Sea algo doméstico o simplemente.

Por existir.

Pero mi lucha interna ante el contacto de los brazos de Rodo, envolviéndome sin previo aviso.

Se disipan.

Como la misma neblina, seguido de una mañana radiante y despejada.

Cuando, siento su cariño.

Uno que, lo emociona y no sé, el por qué.

Pero es sincera y pura.

Como esa misma sonrisa, que siempre dibujan sus labios y que ahora me regala, mientras me mira feliz y espera mi respuesta ante su pregunta, si quiero acompañarlo a su trabajo.

Una, que me contagia por más que la mía es algo tímida.

Y asiento, porque no me salen las palabras y es suficiente para Rodo, que tomando una de mis manos me lleva hasta su armario y obligando a que deje mi bolsita junto a su cama.

Abre ambas puertas e inclinado y hurgando docenas de prendas que saca indeciso.

Camisetas deportivas.

Pantalones cortos.

Más prendas que observa en detalle, para luego a mí de cuerpo entero.

Negar.

Y volver a buscar más ropa, seguido de lanzarlo también sobre la cama.

Sonríe, al elevar una percha en sus manos y después de varios minutos de búsqueda, me mira extendiéndola a mi dirección que a metro de él, solo miré silenciosa.

—Sabía que tenía algo de mi madre, cuando... —Rueda sus ojos divertido— ...está en plan de visita y limpieza profunda de mi departamento...

Me hace sonreír, mientras me la mido colgada de su percha y sobre mi ropa.

Una blusa algo grande para mi diminuto y muy delgado cuerpo.

Pero simple y bonita, en su color rosa.

Y femenino.

Me alcanza una zapatillitas blanca.

—De ella también... —Mira mis pies, para luego el calzado de su madre y otra vez a mí— ...creo que calzan igual! —Exclama feliz.

Y es así.

Una vez que me deja sola en su habitación, para darme la privacidad que necesito de cambiarme y ponerme las zapatillas, mirando mis pies con ellas y que me calzan perfectamente.

Sonríe feliz, mientras me miro al único espejo de vestir y que hay junto a un mueble cercano a la cama.

Pese a que Rodo no me pudo conseguir, algo para reemplazar mis viejos y roto pantalones.

Me ofreció unos deportivos y cortos, que aunque me van muy holgados y tapando casi mis rodillas y dejando al descubiertos, mi precarias y menudas piernas.

Con dichas zapatillitas y esa blusa simple y rosada que también juega sobre mí, por ser algo así como tres tallas más.

Me observo en el espejo por detrás, de lado y otra vez, de cuerpo entero mientras arreglo mi esponjoso y por demás voluminoso como descarriado pelo, tras mis orejas.

Y aunque, sé que no me veo bonita o vestida como las chicas de mi edad lo harían.

Sonríe más.

Me siento feliz.

Porque, sobre ese perfume a ropa limpia y con aroma a jabón como enjuague.

Cierro mis ojos, por solo unos segundos.

Yo siento, también.

Olor a algodón y a hogar...

RODO

Pelo mi banana aburrido, pero con hambre y apoyado en la encimera que divide la sala de mi cocina, ante la espera de Bob y con la seria posibilidad mirando mi fruta y ante mi primer mordida.

Si echarle salsa de soja, incrementará su sabor.

Debe ser raro.

Sin embargo, imaginar esa extraña combinación, mi boca babea.

Pero mi experimento culinario, queda a mitad de mi proyecto investigativo, por el sonido de la puerta de mi habitación abriéndose por Mel.

Que cohibida.

Carajo.

Y con pasitos, algo tímidos hacia mí, intentando acomodar como alisar lo mejor posible, la ropa que lleva puesta con sus manitos.

Blusa y zapatillas, de mi madre y uno de mis pantalones deportivos cortos míos, que le quedan holgados y extremadamente grandes, cubriendo parte de sus delgadas piernitas.

Y con su pelo esponjoso y tan Bob Esponja.

Mi banana, cae al piso por soltarla mi mano, ya que no puedo dejar de mirarla.

Pero me obligo a elevar mis ojos el techo suspirando y pidiendo misericordia, por lo que voy decir.

Ya que.

Ay carajo, otra vez...

Y jodidamente, no entiendo el por qué.

Yo.

Muero.

De amor...

Capítulo 6



Entro como si nada a la oficina de mi amigo.

Ni siquiera me molesto en hacerme anunciar, caminando ligero por el vestíbulo principal del piso 30.

Solo con un.

—*Chicas...* —Seductor de mis labios y a modo saludo, al par de secretarias tras mostrador.

La general y una novata capacitándose de la mano de la veterana, para ser la nueva secretaria personal del jefe de los jefes.

Marcia.

Y sonrío, antes el rubor de ambas que me devuelven tímidas el saludo, mientras abro la puerta.

Camino decidido y sin importarme, la cara de culo de mi amigo por entrar sin golpear.

Nada nuevo.

Y tomo asiento frente a él y del otro lado de su escritorio, mientras saco de un bolsillo una barrita de chocolate.

Deja de leer unos documentos y se endereza sobre su sillón, reacomodando sus lentes en el puente de su nariz y mirarme.

Para luego, la puerta y volver a mí, que absorto me limito.

Algo nervioso, por mi duda existencial.

En abrir el envoltorio del dulce y darle una gran mordida, mientras descansa uno de sus codos en el apoyabrazos y con sus dedos, frota sus labios sin dejar de observarme con su mejor cara de mierda.

¿Es lindo mi amigo, no?

Señala silencioso y con su pluma plateada en mano la puerta.

Su favorita.

Una en plata con ribetes en dorado y negro, con las inscripciones de lo que está convirtiéndose su T8P.

Un imperio de acero.

Nueva y que mandó hacer hace poco de la misma Europa, de la mano artesanal junto a otra de oro, por un reconocido orfebre joyero.

—¿Elisa, está afuera? —Me pregunta y nombra a la secretaria de las secretarias.

Porque así como Hero, es el jefe de los jefes según la Commers y mundo mercantil.

Elisa lo es, en el mundo de las secretarias por su agilidad y presteza en este oficio.

Y por ende, del rey de acero.

Cual a punto de jubilarse esa mujer, ya que era antes del propio padre de mi amigo.

Mongomery Vincent Mon.

Ahora le será heredado a la linda rubita, que está capacitando.

—Y Marcia... —Aclaro también, dando otra mordida a mi barra de chocolate tirando toda mi

espalda al respaldo de mi silla y concentrado, abriendo más el envoltorio para seguir comiendo mi dulce.

—¿Eres idiota? Pago dos secretarias personales... —Me dice.

Lo señalo, con mi dulce.

—Lo sé, eres el jodido amo y un puto millonario... —Muy convencido, interrumpiéndolo—
...mereces dos secretarias, bien por ti hermano. —Lo aliento feliz.

Me eleva una ceja.

—¿Esa mierda, tiene droga? —Acusa a mi golosina y como protesta ante mi burla cariñosa y porque nunca me hago anunciar.

La llevo contra mi pecho sobreprotector y niego sacudiendo mi cabeza.

—Cereales crujientes con cobertura de chocolate... —Sonrío— ...y miel... —Recuerdo, tocando mi sien— ...que hace bien al cerebro... —Acoto orgulloso.

Creo que su ceja.

La que sigue elevada, tiembla.

Lo que no sé.

Si por retener la carcajada o mandarme la misma mierda, sin pasaje de vuelta.

Y yo, no aguanto por lo primero y echo mi cabeza como todo mi cuerpo hacia atrás, para reír a carcajadas.

—Deja de mirarme, como si te hubieras tragado dos penes juntos... —Río, sin dejar de masticar mi barra. Me incorporo— ...prometo que la próxima vez, me anuncio. —Encesto perfecto el envoltorio ya vacío, en su lindo canasto de acero esmerilado de residuos en un rincón.

Me pongo de pie y me desperezo con ganas como con aire de irme.

Me mira raro, mientras otra vez acomoda sus lentes.

—¿Viniste a sentar tu culo acá, para que te vea masticar tu dulce que es buena al cerebro? —
Dice.

Cierto.

Casi olvido el motivo.

Esa duda existencial.

Y tomo asiento nuevamente, pero me arrastro rodeando el escritorio para estar cerca de mi amigo y jefe, con ayuda de las rueditas de mi silla.

Lo miro inquisidor, acomodando mi pelo a los lados.

—Necesito, preguntarte algo hermano. —Formulo serio.

Y muy serio él, me mira por eso también.

—¿Si está en alza el mercado del azúcar y por ende, la suba de las golosinas esta semana? —Se burla de la gravedad de mis palabras y porque no me río.

Pero qué, puto.

Y golpeo su hombre, con mi puño a modo reproche y ríe conmigo.

—¿Entonces? —Me presta atención.

Me acerco más con ayuda otra vez, de mis rueditas y apoyo mis brazos en su escritorio.

Más cerquita de él.

—Aunque tu matrimonio fallido, fue una mierda... —Porque mi amigo, estuvo casado hace un par de años y fracasó estrepitosamente.

Larga historia, que no viene al caso ahora contar.

Me acomodo mejor.

—...cómo supiste, que la amabas a ella? —Pregunto.

Pero, no la nombro.

Porque, todo es muy fresco aún para Hero.

Triste el motivo de su comienzo y triste, el final del mismo.

Uno, de dos infortunios de su vida.

Pero mi amigo sabe que si nombro algo de ello, está lejos de reavivar sus heridas y que solo lo hago como ahora.

Por esa duda existencial, para mí.

Y por eso, se acomoda mejor en su sillón para verme de cuerpo entero y a su lado expectante a su respuesta.

Se cruza de brazos y con cierta mueca en sus labios, como intentando retener ahora él una risa.

Inclina su cabeza.

—¿Acaso, le gusta alguien al cabrón de mi amigo mujeriego? —Me lo larga y sin anestesia, dentro de su broma.

Pero respeta, sin preguntar quién.

Cual agradezco, porque ni yo sé malditamente, si esto que jode y aprieta mi pecho, es algo relacionado al amor y por esa nenita.

Mel.

Y juego, con el borde en madera de su escritorio con un dedo.

Suspiro.

—No lo sé... —Sincero—. Me parece bonita en su forma de ser y me ganan las ansias de ayudarla...

Y siento como sus dos cejas, se disparan hacia arriba muy pensativo y por eso me corrijo rápido.

Porque mi amigo piensa y especula, más rápido que la luz misma.

Y lo que menos quiero, es que sospeche de estos sentimientos que ni yo termino de comprender y caiga en la cuenta que es Mel.

—...por la chica del mercado. —Miento olímpicamente.

—¿Chica del mercado? —Su cara es curiosa.

Porque, no sabe quién es.

Asiento.

Señalo con mi dedo, afirmando.

—Esa misma... —Yo, tampoco tengo idea.

Porque, la inventé.

—Ohh... —Me dice pensativo, volviendo a acomodar sus lentes y con aire divertido.

Hace que piensa.

—...y trabaja en un mercado. —Piensa, rascando su mandíbula. —¿En cual?

Piensa rápido, Rodo.

Señalo su ventana en general.

—En ese mercado que está cerca del otro mercado más grande, de por allá... —Lo único que se me ocurre.

Y su mirada, me lo dice.

Que fracaso.

Y froto mi nuca, derrotado y mirando mis zapatos clavados en el piso.

Dios.

La cagué.

No quiero, decirle que es Bob.

No, porque no confie en él.

Sino, porque no estoy seguro.

Y un jodido silencio, se hace.

¿Qué hago?

—Ahora me beneficio, cuando estoy con una mujer...obvio, consensuado y de mutuo acuerdo con ella... —Su voz hace que eleve mis ojos del suelo, cuando habla de golpe y menciona, lo que impone ahora a sus nuevas relaciones con sus reglas.

Una que rigen y exige, cuando está con alguna mujer después de su divorcio.

No sigue, con la jugarreta de la chica del mercado.

Hero me conoce mejor que yo mismo y se dio cuenta que mentí.

Pero respeta mi silencio de darle a conocer y de nombrar a esa persona.

Y noto que contestando igual mi pregunta, me hace comprender que pese a esta confusión emocional que tengo y Hero lo ve.

Es muy serio e importante, para mí.

Y se cruza más de brazo, pensando en cómo continuar.

—...a Marian, la amé mucho... —Dice el nombre de su ex y me asombro, porque después de lo sucedido, fue la innombrable.

Lo miro.

Y sus ojos, aunque perfilan esa mirada de tristeza oscura tras sus lentes y ante el recuerdo, de ese pasado muy doloroso para él.

Una leve sonrisa dibuja sus labios.

Y es, por mí.

Ya que, es mi amigo y me está dando su opinión, de algo que ya le cuesta sentir ahora.

El amor.

— ...la amé mucho y es confuso Rodo, si hasta en ese punto yo lo hice... —Vuelve a repetir, pero pensando en su propio ser— ...pero para mí, amar a alguien sería... sentir que no quieres dejarla ir. Porque esa persona es tu mundo y si tiene un significado, es por ella. —Me dice—. Que darías todo, sin dudar, ya esa mujer es tu tranquilidad. —Desliza su sillón, para ponerse de pie.

Lo veo como camina hacia su ventanal, desabotonando su saco de vestir y poder poner ambas manos en su cintura, mirando el paisaje citadino y metalúrgico desde la altura de su piso.

Como juntando sus pensamientos, mientras observa el tráfico de abajo y de su predio.

—Como un bálsamo, que desenreda tu vida... —Prosigue— ...y hasta... —Exhala un aire— ...una esperanza, que desplaza esa soledad que hay en uno, por conocerla. —Voltea para mirarme—. Dándote cuenta que no estás completo, si no estás con ella para toda la vida amigo...

Y yo solo escucho su conclusión, silencioso y con mi boca abierta desde mi silla y su escritorio.

Porque.

Lo dice como anhelando eso, contradictorio a lo que su vida amorosa ahora es y como la maneja con ese absoluto control fuera de lo emocional.

Y muerdo mi dedo preocupado y pensativo, apoyándome más en su escritorio.

Porque también, me saca mis propias dudas.

¿Entonces?

¿Será, que de verdad me estoy enamorando?

—¿Mel? —La nombra, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Qué! ¿Qué, pasa con ella? —Me levanto de golpe.

¿Se dio cuenta?

Quiere reír, pero la retiene con ese tic suyo de morder su labio superior.

¿Pero qué, le pasa?

—Solo pregunto, por esa muchachita... —Me aclara divertido.

Y respiro, intentando calmarme y que no escuche, mis mierdas mentales.

Una amorosa.

Niego, caminando desinflado y arrastrando mis pies.

Santo Dios...

Restriego mi mano, por el largo de mi cara.

Carajo.

Me gusta una menor y voy a ir preso.

—En mi piso... —Me encamino a la puerta— ...la dejé con Lorna...

No sé, si me despedí y con ello, si algo salió de mis labios.

Como tampoco de Hero.

Solo pude escuchar, sobre el sonido de la puerta abierta y después cerrada por mí.

Esa risita cretina y sabia, de mi amigo a mi espalda que ni me molesté en preguntarle por qué fue.

MEL

Lorna me parece genial.

La mujer que se encarga de la recepción del piso 17, dónde Rodrigo me pidió que aguarde hasta que volviera.

Toda ella, es como su carácter.

Alegre y muy multicolor.

Tanto, sus prendas.

Unas con mucho color como las estampas de su blusa.

Su voluminoso pelo a medias recogido por una alegre pañoleta, casi del mismo género de sus atuendos.

Y lo que más amé y llamó mi atención, dejando que me pruebe varios en mis delgados dedos, cuando me ofreció tomar asiento a su lado mientras atendía el teléfono.

La docena de anillos llamativos en su dorados y piedras, de todos los tamaños y gemas de colores, adornando sus manos y en ese perfecto esculpido de sus largas uñas en un tono rojo pasión.

Como, también.

Sonrío.

Los colgantes.

Muchos collares.

Unos a juego y otro no, de todas las joyas que llevaba en ella y que hacían un bonito sonido entre sí y con cada uno de su movimientos.

Miro feliz todo este piso, bajo la suave música del radio que Lorna tiene y colma el ambiente con su música.

Observando cada box de trabajo y con un activo dentro.

No hay, mucho murmullo entre ellos.

Porque, cada uno está concentrado en sus labores y obligaciones, pero que todos al ser presentada por Rodo, se tomaron la molestia educados de saludarme.

Estrecho mis ojos a un sector.

Excepto, por una.

Una tal Marisel.

De las pocas mujeres en este piso, pero la más joven que tras graduarse.

Según me comentó Lornita.

Y rendir un exhaustivo examen de ingreso, que exige la empresa.

Lo logró, entre miles de postulantes hace pocos meses.

Una media rubia con exceso de maquillaje y ego, de lindas curvas que marcan su ropa y que, por más saludo bonito que me dio como el resto muy sonriente.

Su mirada me decía totalmente otra cosa, al notar como amistosamente la mano de Rodo descansaba en uno de mis hombros, mientras me daba a conocer.

Seguido y descaradamente, de mirarme de arriba abajo y escanear mi ropa.

La holgada blusa rosa y los pantalones cortos como muy masculinos y deportivos de Rodo.

Una que no combina como su falda, camisa y zapatos altos a tono.

Tampoco, dibuja el contorno de mi cuerpo ni me estiliza por llevar las zapatillitas blancas de la madre de Rodrigo.

Pero, yo las amo y no me importa.

Porque, me las prestó de corazón.

Y huelen a jabón y hogar...

Sintiendo y no tengo idea el por qué, que esta linda chica de kilométricas piernas, no le agradé para nada mientras la veo irse a su lugar.

—No te preocupes, mi niña... —La dulce voz de Lorna acariciando mi espalda, me consuela.

Porque ella también, lo notó y descubre lo que pienso, mientras la observo tras el mostrador.

—Es muy linda... —Suspiro, notando como sentada desde su box, sus torneadas piernas se cruzan una sobre otra, hablando con un compañero que le consulta algo y ella sonríe, respondiendo y mostrando una impecable dentadura.

—Si, lo es. —Lorna me lo confirma, pero sin mirarla.

Porque, está absorta en acomodar un montículo de papeles en sus manos, que golpea entre sí y la superficie del mostrador concentrada.

Pero se inclina en mi dirección y su hombro, golpea cariñosamente con el mío.

—¿Pero, de que sirve tanta belleza exterior exudando por fuera como una obra de arte, si por dentro solo eres una hoja en blanco y estas vacía?

Sé, que tiene razón y sonrío.

Pero suspiro largamente, mirando todo lo que me rodea y a esa sexi chica.

Es una perra, no hay duda.

Y aunque fuera la sargento en comandante después, de un cuartel de víboras.

Yo quisiera trabajar en un lugar así y tener cosas, como cualquier chica de mi edad también.

RODO

No pude evitar clavar mis pies y detenerme a pocos metros del recibidor cuando llego a mi piso.

Imposible, no hacerlo.

Para mirar a Mel.

Seguido de escuchar sin querer.

Su largo suspiro y las palabras de Lorna, consolándola.

Con su barbilla descansando en su puño, apoyada en el mostrador de entrada y llevando esa ropa, poco favorecedora que le di.

Pero, siendo tan bonita y sin esfuerzo para mí.

Y al sentir su deseo.

Porque, no lo dijo en voz alta.

Pero yo, la escuché.

Lo sentí.

Mientras sigo, todavía medio escondido en la pared cual quedé y sigo su mirada.

Una, que mira el piso.

Mi lugar de trabajo y a una de mis compañeras.

A Marisel.

En realidad, observa todo.

Porque y desde que apoyó, el primer pie en las escalinata de todo lo que es *TINERCA*.

Sus ojitos miraban maravillada lo que es esta metalúrgica, como una vez dentro el Holding.

La arquitectura, diseño y composición.

Y hasta, la gente misma de este enorme edificio de 30 pisos y la gran sede madre de las T8P.

Me giro sobre la pared donde quedé y apoyo, toda mi espalda en ella pensativo y sin dejarme ver todavía.

Pensando.

Meditando mucho que tengo hambre y también, en ese profundo suspiro de Mel de momentos antes.

Uno lleno de anhelos.

Y sonrío ante una idea, mientras busco mi celular de mi bolsillo trasero del pantalón y observando de reojo que Bob y Lorna no me hayan visto.

—¿Y ahora, qué? —El gruñido de Hero, no se hace esperar al atender.

Trago mi risa, para no ser descubierto.

—Necesito, dos favores hermano... —Susurro muy bajito.

—¿Para Mel? —Solo dice.

Y mi turno de suspirar.

—Si. —Soy sincero.

—Cumplido. —Cuelga la llamada.

Tosco y sin un gramo de curiosidad.

Porque, Hero es Hero.

Sin filtro y agreste carácter, pero corazón de peluche mi amigo.

Y un puto oráculo, demás decir.

Respiro profundo y me encamino en dirección a Mel y Lorna.

Sonrío feliz, buscando la llave de mi coche.

Ya que, jodidamente adivinó que son esas dos cosas...

Capítulo 7



El primer favor.

Era, pedir el día libre al jefe.

¿Por qué?

Mi vista como la de Bob a mi lado se eleva en la acera dónde estamos, para ver el vasto y colosal shopping céntrico de la ciudad.

Construcción en ladrillo visto y gigantes vidrios que envuelven cada metro cuadrado de este edificio de cinco plantas.

Una manzana completa de tiendas de todo tipo de insumos.

Desde ropa, hasta mi favorita y mi Edén.

El piso de comidas.

—Guauu... —Solo sale de la boquita de Mel, maravillada mirando este emporio de comercios.

Asiento muy sonriente, con mis manos en los bolsillos de mi pantalón de vestir.

Pero no, ahora mirando todo como Bob lo hace al comercio.

Sonríó más.

Sino.

Observándola a ella.

Si.

Solo a ella.

De pie a su lado y viendo.

Mejor dicho.

Sintiendo como sus labios.

Se convertían en una sonrisa.

Una que, es contagiosa e irradia en todo ella y mi pecho, se tensa por eso y ante la idea, de que jamás esta niña tuvo la dicha de entrar a un lugar así.

Todo su cuerpo, grita felicidad y es imposible maldita sea, no sonreír como Mel lo hace, mientras veo como los dedos de sus manitos se retuercen entre sí, de la emoción y expectativa por ver dentro del edificio.

Y juro, por eso.

Que no me va a importar dejar, mi jodida tarjeta de crédito en rojo.

Por ver, siempre esa sonrisa.

—Sip... —Digo, ante su exclamación de asombro— ...ya verás una vez dentr... —Y me quedo a mitad de mis palabras.

Y mirando a todos lados.

¿Eh?

¿Pero, dónde se fue?

Porque Bob, ya no está a mi lado.

Desapareció.

¿En qué momento y tan fugazmente?

La busco entre los peatones pasando por mis lados y hasta, hago un pequeño trote en dirección a una esquina.

Pero, me detengo al encontrarla.

Solo a metros mío y contra una de las enormes vitrinas con su escaparate.

Uno, que sobre los productos que vende de accesorios femeninos.

Cosa que noto, que no es lo que le llama la atención.

Sino.

Pegada casi contra su vidrio por su nariz y manitos apoyadas en él, como si eso le permitiera mejor visualización de las cosas.

Tener contacto.

Para observar feliz.

Los adornos por la navidad próxima en estos días y que también, están a la venta.

Centenares de arreglos, que estallan en la vitrina exhibiendo en sus rojos y verdes.

Ornamentos.

Tocados en forma de esferas y estrellas.

Gorras de navidad.

Miles de luces encendiendo y apagándose, de forma alegre embelleciendo y adornando todo el escaparate.

Y hasta, un gran papá Noel en un rincón coronando todo.

—Se mueve... —Me susurra extasiada, al sentirme a su lado y al notar que el muñeco va y viene con ademanes de manos y con su gran bolsa de regalos, delante de un amplio mural del polo Norte.

De mucha nieve.

Muchos pinos.

Sus elfos navideños y simpaticones.

La linda como pintoresca cabaña y él un trineo a su espera, remolcado por los alegres renos.

Y quiero golpear mi frente contra el vidrio, para retener la apretada de bola que se forma en mi garganta, recordando cómo fueron sus navidades pasadas y al ver que seca con una de sus manos, una lágrima de emoción.

¿La abrazo?

¿Me pegará por eso, pensando que soy un perverso?

Me rasco mi mejilla, confuso.

A la mierda.

La abrazo contra mí, y sin esperar a que reaccione, tomo una de sus manos y la conduzco decidido dentro y con sus ojos muy grandes por eso, pero obediente.

Las puertas se abren automáticamente para nosotros.

Y así, como se abren estas.

Esa tienda con cosas navideñas también, cuando deposito a su merced mi plástico negro contra el mostrador y señalo sin la más mínima idea todo el interior del negocio, mientras veo como Mel va de un lado a otro mirando maravillada todo y la empleada detrás, le pregunta que desea.

—Lo que ella quiera. —Solo digo y Mel, me mira por eso confundida.

Juego con pie.

—Va ser navidad... —No quiero que advierta mi emoción, pero sí, mi entusiasmo—
...necesitamos adornos para nuestra casa... —Y la palabra *nuestra*, se desliza en mi boca.

Y se siente bien.

Me apoyo más, en el mostrador feliz.

Mierda que sí.

Porque, se siente condenadamente bien.

Y al ver que Bob se sonríe, mas por eso.

Mi alegría comienza.

Como la de ella y esa emoción de la navidad cerca y en adornar todo con las mierdas navideñas.

Y yo solo la sigo, sosteniendo la canasta de compras y dejando que ella elija.

A cada cosa, me lo muestra y me pregunta con sus ojitos.

Y ríe como yo, cuando afirmo y pasamos al siguiente.

Hasta que...

—¿Cómo, que el Santa de la vitrina no se vende? —Exclamo defraudado a la vendedora, señalando el gran muñeco navideño que no deja de mover sus manos.

—Señor, es solo un adorno de la empresa... —Se justifica— ...no está a la venta, lo siento... —Se disculpa— ...si usted nota su gran tamaño, es imposible que quepa en alguna casa... si quiere hay unos...

Niego.

Yo quiero a Santa.

A Mel le gustó y no me importa su tamaño.

Si Herónimo entra en mi departamento, aunque se queje siempre del escaso espacio.

El papá Noel también.

—Rodo con el árbol y adornos, es suficiente... —Bob me quiere convencer.

Le sonrío.

—No nena... —Busco mi celular— ...tendrás, la mejor navidad de tu vida.

Volteo a las empleadas.

Sin sonrisita para ellas.

Porque, son malas.

Y desbloqueo mi celular para hacer una llamada, mientras me dirijo al mostrador.

—¿Qué! —Su voz con poca paciencia, me atiende del otro lado.

—Quiero a Santa, Hero... —Digo triste y jugando, con el borde del mesa de pago.

—Rodo madura, Santa no existe... —Me dice sin preámbulos y sobre el sonido de papeles y gente que le habla, por seguir trabajando.

Pero qué, puto.

Ya sé, que no existe.

Si, fue nefasta esa tarde con mi hermano Camilo, al entrar a la habitación de mamá de niños y buscando los dulces que nos escondía, encontrar dentro de un cajón, nuestras eternas cartas al niño Dios y descubrir eso.

Trauma ese invierno y más, seguir con la farsa para que Lucía no se diera cuenta.

—Un santa de adorno y que hay, en uno de los negocios. —Respondo a su sarcasmo—. Yo, lo quiero... —Le hago un puchero a las vendedoras— ...pero me dicen que no está a la venta... —Vuelvo al teléfono tristón.

Bufa y escucho, que calla a todos del otro lado.

—¿Sabes que estoy, en una junta importante?

Me encojo de hombros.

—Siempre, estás en juntas importantes. —Nada nuevo.

Vuelve a resoplar.

—Pon al teléfono a la encargada. —Me pide y yo cumplo.

Y ahora sí, sonrisita a todas.

Porque, soy feliz.

Caprichoso, pero feliz.

La mujer lo toma dudosa, pero acepta y se limita a escuchar lo que sea que mi amigo y jefe, le dice y a asentir con cada palabra que sale de él.

Cuelga devolviéndome el móvil, sin poder creer que hablo con el sexi empresario más buscado y que pocas fotos circulan de él, por su agreste carácter.

Para luego, mirarnos a ambos muy sonriente.

Acalorada, pero muy sonriente mientras teclea en su computadora de mesa.

—El señor Mon, acaba de comprar todos nuestros productos de venta del negocio, pero que lo donemos en nuestro nombre a algún centro de beneficencia... —Aprieta enter, por enviar algo— ...pero a cambio, que le mandemos la dirección dónde se fabrican los Santos... —Finaliza.

MEL

Las palabras de la encargada tras hablar con el amigo de Rodrigo, provocan que me vuelva a abrazar de alegría.

—¡Tenemos a Santa, Mel! —Me dice feliz y entre sus brazos.

Uno con esa misma intensidad, que me dio antes de entrar al shopping.

Y otra vez, esta muestra física por alguien hacia mí.

Que ya, lejos de semanas atrás un contacto para recibir un golpe.

Lo miro, mientras me lleva de una mano saliendo del negocio y cargando él, las bolsas de compras con adornos navideños.

Es demostración de mucho cariño.

Bajo mi vista.

A su brazo extendido que me sostiene, por caminar delante de mí.

Uno, que lo cubre su camisa de vestir de tono celeste y algo arremangada, sobre un brazo fuerte que tensa su tela con los movimiento de su Andar y que no me da temor, como siempre me han dado, viniendo de un hombre por recibir algún porrazo.

Porque y aunque, Rodo lo es.

No lo siento.

Más solo, lo que dicen sus abrazos.

Ese gesto que te brinda y apretándote contra él, con mucha fuerza.

Pero con sentimiento a calorcito y no querer salir de ahí.

Nunca.

Por eso, cuando dejó de hacerlo para seguir haciendo compras despejando mi vision, ya sin su abrazo.

Mi cara cayó rápidamente mientras me dejaba y dejo llevar, paseando por es descomunal lugar de compras.

Por sentir ese frío espacio.

Como a vacío, al dejar de hacerlo.

Y una sensación se arrastró y se hizo camino por mi estómago, hasta mi pecho.

Y ahí, se quedó.

Mordí mi labio, cuando nos detuvimos frente a otro local.

¿Qué es, esto que me pasa?

Pero el alboroto propio de la muchedumbre comprando y que nos cruzan amplificándose con la

de Rodo, muy entusiasmado señalándome el negocio de ropa frente nuestro, no me deja proseguir con mi pensamiento.

Llevándome con entusiasmo al interior y para mi sorpresa, comprar mucha ropa para mí.

Haciendo que me pruebe diferentes vestidos, hasta prendas de dos y tres piezas como zapatos a tono, con cada juego de ropa que me acercaba colgando de sus perchas.

Preguntándome feliz y sin poder creer frente a un gran espejo del vestidor si esto, sentirían las princesas que leí de los viejos libros del orfanato.

Y a la vez.

Lucha interna, pero agradable a mi corazón.

Sin querer, sacarme la ropa que traje puesta, porque yo amaba esa blusa grande rosa y los pantalones cortos deportivos de Rodrigo, con la zapatillitas de su madre.

Ya que, tenían olor a jaboncito y hogar.

—¿Por qué, tanto? Yo... —Quise negar, al ver que pagaba mi nuevo guardarropa a la cajera y quedándome con lo último puesto.

Una linda falda y blusa en los azules y al igual, que mi bajos zapatos femeninos.

Y estas últimas sí, de mi talla.

—Porque, te va servir Bob... —Me dice, entregando su tarjeta, girándose e inclinándose a mí—
...para, mi segundo favor. —Acota y no entiendo.

Ya que, ni siquiera sé, cual fue el primero.

Mi ceño se frunce, sin entender.

¿Y por qué, me sigue llamando Bob?

Uno que se arruga más, al notar que la vendedora haciendo el cobro, tiene sexo con su mirada en Rodo.

A mi salvador, con miedo a la sangre.

RODO

—Espero que sea de su grado la compra y será bienvenido, en su próxima compra... —Me dice la vendedora al devolverme mi tarjeta, muy sugerente y a juego con la linda sonrisa de su labios en labial rojo.

Sonríó también.

Es bonita.

—Quizás... —Digo.

—Quizás nada... —Mel termina la oración por mí y tomando con presteza todas las bolsas con una de sus manos y la otra, mi brazo, empujando a la salida.

Y río a carcajadas una vez afuera y ante su tajante voz, cortando todo tipo de algún contacto futuro con la vendedora.

Ay, que linda...

Le salió, lo de hermanita menor protectora.

Y pese a que lucho contra ese otro patrón de emoción, que alborota por su culpa dentro de mí.

Apruebo, pese a cierta tristeza esta actitud.

Porque, es lo mejor.

Creo.

Mínuto después, tomamos asiento en una cafetería.

Ya tengo hambre y algo dulce para beber acompañado de comida, suena bien para mí.

—Lo siento... —Murmura acomodando como yo, todas las bolsas de compras en las sillas restantes vacías y tras hacer nuestro pedido al mesero.

Apoyo mis brazos en la mesa y la miro.

Toda bonita y chiquita de pelo muy esponjoso del otro lado.
Pidiendo disculpas.
No dice el motivo.
Pero sé, de que habla.
Del flirteo de la vendedora de ropa.
—Nahhh, no lo sientes. —Reprocho sincero, pero divertido mientras el mesero llega con nuestras bebidas y sándwich.

MEL

Claro, que no lo siento.
Tiene razón a que finjo sentir mi mal proceder, frente a la vendedora y profanadora sexual con sus ojos.
Pero, tengo que fingir.
No lo sé y todavía bien, el por qué.
Pero dolió como perra, que esa zorra acaparara a Rodo.
Pero tengo que ocultar, esta sensación de descontento o lo que sea.
No quiero, que piense que soy una desagradecida.
—¡Claro, que sí! —Espeto, dando un trago a mi bebida y jugando con la pajilla y los hielos dentro del vaso.
No quiero mirarlo.
Muerta, antes que ver lo que siento sobre mí.
Y su jodida y linda sonrisa a toda potencia llena de sabiduría me regala, mientras mastica su gigante emparedado con una vaca entera dentro por el tamaño.
—Si, cómo no... —Me señala con la mitad de la vaca entera, porque se comió medio sándwich ya— ...por tu tono, estas muy arrepentida... —Formula y yo, lo miro chinito y enojada por eso.
Suelta, una gran carcajada.
Y yo no me aguanto, tomando mi comida entre mis manos para empezar a comer.
Y también, río.
Porque, es muy graciosa su cara.
Una que no deja de sonreír como masticar, con cada mordida que da mirándome.
Y otra vez, viene a mi mente una botella o un frasco con su tapa y robar parte de ella como alegre y de mil voltios, que es dueño.
Y guardarme, un poco.
Suspiro, dando una mordida a mi comida.
Para más tarde o para siempre...

RODO

—¿Y por qué, Bob? —Suelta de golpe, ya fuera de la cafetería y paseando por el shopping.
Y sonrío, metiéndome un puñado de palomitas en la boca.
Porque, siempre de comer algo salado, me agarra ganas de algo dulce.
Algo así, como el postre y compré una bolsita, en un puesto cerca de las salas de cine.
Me detengo frente a un gran local de golpe, provocando que la pequeña Mel choque contra mí.
Señalo el lugar.
—Por eso... —Solo digo y voltea a mi brazo extendido e índice en alto.
Una prestigiosa y reconocida, peluquería estilista.
Niega e intenta huir, protegiendo su esponjosa cabeza con las bolsas de compras.
—No quiero. —Dice, sobre mis brazos reteniéndola y riendo—. Siempre me dolió, cuando me

cortaban el pelo en el orfanato... —Gimotea.

Y la obligo a que me mire, porque se resiste.

—Prometo, que no dolerá Mel... —Le juro confiado. —...tampoco, quiero que te corten tu pelo nena... —Retengo el impulso de besar su cabeza muy rulada y disparada. —...adoro la forma que tiene y que lo hagan, sería que te roben tu personalidad...

Su forcejeo se detiene.

—¿Te gusta? —Me pregunta curiosa.

Afirmo.

—Mataría quien lo haga... —Soy sincero, comiendo casi todas mis palomitas dulces— ...solo, que quiero que te lo arreglen y que elijas productos para él y para ti por que carezco de eso... —Finalizo.

Mira el local, para luego a mí.

Y acepta, confiando a regañadientes.

La dejo en buenas manos como a su decisión y talento del estilista, que elija que hacerse una vez dentro.

No entiendo mucho esas mierdas femeninas, pero ocupo ese tiempo de belleza, en dejar las bolsas en el coche y hacer una última compra.

Volviendo a jurarle sobre su rostro de espanto por abandonarla unos minutos y adueñándose de una de mis manos, que ya vuelvo.

Sé, su miedo.

Su pavor y de que esta burbuja de familia y hogar, se desvanezca.

Y vengan por ella.

Acaricio su mejilla.

—Nunca, te voy a dejar Bob... —Le murmuro leal y de verdad.

Porque, ya es parte de mí.

Y sonrío ante mi apodo de cariño, que ahora entiende por un personaje de caricatura y asiente, soltando mi mano.

La que, no dejaba que me marche.

Me alejo, pero volteo antes de salir y con una última señal de que ya vuelvo, sobre sus ojos fijos y miedosos en mi persona.

Pero confiada.

Cargando todas las bolsas como puedo, para dejarlas en mi coche que estacioné en el parking fuera del shopping.

Volver a entrar y subir otra vez.

Pero, dirigiéndome a la última tienda de compras y tras ver todos los modelos que me muestra el vendedor.

Elijo uno de pantalla grande y que tiene mejor resolución de cámara.

No tengo idea, por qué.

Pero, presiento que Mel hará buen uso de eso.

Y más, cuando viene en tono rosa vintage y sonrío, sacando nuevamente la tarjeta.

Comprado.

MEL

No hablo.

Tampoco me muevo.

Solo permanezco de pie, frente al gran espejo y casi de cuerpo entero, dónde el estilista me llevó a que me vea una vez listo mi pelo.

Y mi peinado.

Cual y sin saber, ya que jamás estuve en un lugar así.

No sabiendo, que elegir.

Como entender en su idioma, las palabras que mencionaba como cortes o tendencia.

Estilo o lo que sea, en la moda de este ambiente.

El estilista muy amable, me acercó varias revistas para que eligiera algo a mi gusto.

Y así, hice.

Algo más oscuro mi pelo y apenas cortadas sus puntas, respetando mis frondosos rulos.

Pero, enseñándome como peinarlos y por tal.

Que caigan de una forma muy bonita por un lado de mis hombros con su largo y sostenido este, por una linda prensa delicada en tono claro.

Lo acaricio con cuidado y sin poder creer, la imagen que me devuelve el espejo.

Una muchacha bien vestida.

Algo delgada, todavía.

Pero sobre esas lindas prendas nuevas, como bonito peinado con un suave maquillaje en el rostro.

Algo que jamás, usé en mi vida.

Noto la gran sonrisa que mis labios con brillo a fresa, dibujan sorprendida y sin dejar de mirarme.

Una gran sonrisa, que no abandona mi rostro.

Ni siquiera y cuando siento, la voz de Rodo preguntando por mí y volteo a él.

RODO

La bolsita con mi última compra, se resbala de mis dedos.

Y sin disimulo, pero presto y por mis buenos reflejos, logro alcanzarla en el aire y antes que golpee el piso.

Po ver.

Y carajo, por lo linda.

A Mel girando hacia mí.

Con su peinado nuevo y muy dulce maquillada, con sus manitos entrelazadas frente suyo y mirándome.

No latas, tan fuerte corazón.

Sonriente.

Porque, sonrío mucho.

Una sonrisa color fresa, por su brillo labial.

Y me gusta su sonrisa.

Pero, odio que me guste.

Sacudo mi cabeza.

Oh Dios, porque es una niña.

Y la palabra preso, ya que es una menor, vuelve a mi cabeza.

Y apuñala mi corazón...

Carajo.

Mis dedos, estrujan la bolsita de compras.

Porque, yo no debo.

No puedo...

Capítulo 8



Se puso taciturno.

Más bien, reservado.

No entiendo mucho.

Pero sí, un cambio importante de Rodo después de nuestra vuelta del shopping y las compras.

En realidad.

No dejo de mirarlo una vez que llegamos a su departamento y dejamos las bolsas de compras, en la mesa como sofá.

Un jodido bipolar, mientras busca con desespero algo en un cajón removiendo todo y arruga su ceño al no encontrarlo.

O una cierta melancolía ceñuda y poco tratable vaya a sabe por qué y respondiendo a mis palabras con monosílabos.

Y hasta, como evitando mirarme.

Que duró, todo el resto de la tarde.

Lo bueno fue, que en la cena se fue apaciguando mientras preparó una succulenta y abundante pasta que íbamos a disfrutar comiendo en el sillón.

Dónde ese raro ambiente más relajado, ya no me intimidó sobre un miedo lleno de dudas colmándome.

Si tal vez y siendo responsable de mí, ahora Rodrigo.

Se estaba arrepintiendo.

Cosa que se disipó totalmente, cuando fui por una botella de agua y dos vasos, porque me llamaba con señas a que vaya a su lado.

Demandando, que no pierda mi tiempo.

Y sonrío desde mi rincón, para solo mirarlo por unos segundos, sin que se de cuenta.

En este, silencio y burbuja de los dos.

A él.

Sentado contra el sofá y suelo alfombrado de piernas cruzadas, haciéndolo bonito sin demasiado trabajo.

Y mientras utiliza la mesita baja, para apoyar los platos y sin dejar de comer del suyo, buscando algo en la televisión encendida.

Pero eleva sus ojos hasta a mí, de golpe y haciendo lugar en la alfombra para que tome mi lugar junto a él.

Y yo disimulo que me haya atrapado mirándolo, apurando mis pasos hasta donde está.

—Selecciona algo. —Me dice, ya sentada y por comer, ofreciéndome el comando del televisor a la gran pantalla frente nuestro, que es un canal de películas y series.

Miro ambas cosas.

La televisión como al control entre mis manos.

Para luego a él.

—Nunca, tuve televisión... —Digo, intentando devolverlo— ...no sé, que elegir... —Me lo rechaza.

Mastica sus fideos y niega, limpiándose con la servilleta.

—Por eso, Bob... —Me incentiva con un ademán— ...busca, algo que te guste nena... —Al fin sonrío, después de no hacerlo toda la tarde.

Y por eso, esbozo una yo.

Porque, la sonrisa a toda potencia de Rodrigo.

Aparece.

La que te desfragmenta en pedacitos si la ves, por lo linda que es.

Porque, te colma, en solo sentirla.

Y verla en tan poca distancia como ahora a mí.

Tan cerquita mío.

Alentándome.

Y por eso, asiento buscando que ver.

—Me gustan las de terror... —Digo, buscando la opciones que hay.

Y sus ojos, voltean a mirarme.

—¿Terror? —Pregunta a medio tragar su cena.

¿Desconfiado?

Lo miro feliz.

—Son lindas. —Sigo buscando.

—¿Lindas? —Niega—. Lindo es una de acción o ver un maratónico, de Star War...

Me muestra cuales son y arrugo mi ceño.

Naves espaciales y muchos bichos raros.

Niego, volviendo a la selección terror.

—Esta. —Elijo la peli—. Esta, quiero que veamos...

—¿Masacre en Texas? —La lee y me mira, espantado como si tratara de patear cachorritos de perritos.

Afirmo.

—Parece buena. —Sonriente.

Pero, la suya desaparece.

Solo, frota su nuca y me mira raro.

Lo miro fijo y al fin entiendo.

Y señalo con mi índice, la gran pantalla frente nuestro y ahogando mi risa con mi otra mano.

—¿Tienes miedo a las películas de terror? —No me la creo y por eso, lo miro de arriba abajo.

Cuerpo entero.

Solo es, un poco más bajo que su mejor amigo.

No tiene su mole de cuerpo.

Pero sí, uno trabajado que denota disciplina en algún tipo de gimnasio.

Supongo.

Y que en combinación con su aire alegre, piel aceitunada y rasgos marcados que exudan la palabra latino.

O descendiente de tal.

Todo él, te dice virilidad.

Hombre con mayúsculas.

No uno.

Tapo más mi boca, para no reír a carcajadas.

Que me mira con espanto como él y ante la idea, de poco más de una hora de película de horror.

—Yo, no tengo miedo...

—¡Claro, que sí! —Ataco, riendo.

—¡Claro, que no! —Contraataca, inflando su pecho e hincando su tenedor en la albóndiga de su plato con furia.

Me señala con él.

—Ya te dije, que no me gusta la sangre...

—¡Pero, es de mentirita! —Le interrumpo divertida.

—Por más que sea de mentirita... —Se cruza de brazos y piernas tipo indio, arrugando el ceño.

Y resoplo, provocando que uno de mis rulos esponjosos vuele de mi frente, mientras busco otra cosa y ante su mueca negativa, pero tan bonita.

Okey.

—¿Esta? —Pregunto, señalando la pantalla cuando encuentro algo.

Y aplaude feliz y olvidando su tierno berrinche, acomodándose mejor sobre la alfombra tomando su plato sonriente.

Ruedo mis ojos, poniendo play a la película Frozen de Disney.

—Olaf, te gustará... —Me explica uno de los personajes y sin dejar masticar, su carne concentrado en el comienzo de la peli.

Y tenía razón.

Y aunque, al final no pude ver la mía de terror.

Disfruté de esta, que nunca vi.

Ambos lo hicimos.

Riendo a carcajadas, hasta escupir nuestros pulmones y haciendo un maratónico seguido de Cars, para luego Lilo y Stich, así aprendía lo que me dijo esa vez en Hospital antes y que éramos a partir de ese momento, con una gran bandeja de palomitas que preparó para los dos.

Ohana.

Y por eso, amé esa película.

Porque, Ohana significaba familia.

Y a la familia.

Emoción.

Nunca se la abandona...

RODO

Quería darme la cabeza contra el sillón, cuando llegamos a mi departamento.

O mejor dicho.

Que el sillón viniera y me diera de a cabezazos.

Por mí jodido cambio de ánimo.

Humor, para ser exactos.

¿Pero, cómo explicarle a Mel lo que ella producía en mí?

¡Santo Dios, si es solo una niña!

Quería cerrar la puerta en mi rostro antes de verla y saber, que babearía otra vez por lo linda que es o tal vez, arrancar mis ojos.

Pero eso no sería bueno para mi trabajo y creo, que a Hero tampoco le parecería agradable.

Por eso, busqué la mejor opción ante una brillante idea.

Dentro de un cajón, mis super lentes de sol.

Unos oscuros.

Y con ellos como bajando algo la luz, capaz que la vea borrosa y no tan bonita.

Pero, fracaso estrepitosamente al no encontrarlos y por más que revuelvo todo.

Maldición.

Le doy la espalda y con otro plan B, bajo mi manga.

Cocinar.

Sip.

Entretenerme mientras hago la cena, para evitar mirarla mucho mientras me golpeo mentalmente por mi conducta re pendeja.

Y así, de esa confrontación mía contra yo por Bob.

O como, mierda se diga.

Y entre cucharones, salsa y ollas.

Mi comportamiento hurao se fue desvaneciendo.

Y con la idea de comer sabroso y viendo una película con Mel, fue suficiente para que mi corazón y cerebro hicieran una tregua.

Hasta que, Bob eligió.

Tenebroso.

La peli.

Sip.

Repito.

La peli.

Una de terror y yo, odio esas películas.

Mi miedito no me lo permite.

Pero, muerto antes que sepa eso.

¿Soy el macho áspero de este especial, lo olvidan?

Y por eso, usé la mejor arma de destrucción masiva que tenemos y solo utilizamos, en casos especiales en una mujer.

Respiro hondo, por eso y para hacer.

El Famoso, pucherito dulce y de capricho.

Si.

Ese.

El que las desintegra por lo tierna que es y hacemos, cuando queremos algo.

Con las altas posibilidades científicamente comprobado de 90 sobre 100, que cumpla su cometido.

Sonrí.

Como ahora.

Cuando Bob al verla y a pesar que rueda sus ojos, pero divertida.

Busca otra película para que veamos juntos y que no tenga sangre, aunque sea de mentirita como me dijo.

Y yo, feliz.

En realidad.

Felices los dos.

Pero más yo, porque se podría decir que esa noche.

Viendo con disimulo y rabillo del ojo a Mel, mientras nos atoramos con palomitas post cena y más películas, mientras reíamos a carcajadas.

Que esa noche, fue la primera de muchas que hubo después.

Dónde Bob de a poco y ese miedo constante por más que no me lo mencionaba, pero su mirada siempre me lo decía.

De ser abandonada o volver a su triste vida anterior.

Ese temor.

Se fue disipando.

Y sonrío, más todavía.

Cuando se cumplió, mi segundo favor en los días siguientes.

Burocracia que demoraría meses tal vez, pero con Hero y Millers a la cabeza de su gabinete de abogados.

Se logró en pocas semanas.

Y con mi firma sellándolo abajo y al final de la hoja, cual una tarde trayendo a Mel conmigo al Holding, curiosa y sentada en la mesa del salón de debate del piso 30.

Se lo deslicé para que lo vea, ante la mirada expectante tanto de Herónimo como mía, sentados del otro lado.

Y un Millers y Collins de pie.

Todos, observando a Bob y esperando su reacción al terminar de leerla.

Pero, no habla.

Mel no reacciona.

Ni siquiera, eleva sus ojos de la hoja que sigue sosteniendo entre sus manos.

Solo su labio inferior siendo algo mordido por un dientito como toda reacción, me indica que finalizó la lectura y entendió.

Pero, sigue sin decir nada.

Y miro desesperado a Hero y este, me eleva su mano a modo calma.

Pero, incitando a que hable.

Y por eso, aclaro mi garganta intentando relajarme.

Miro a Bob.

—¿Mel, entiendes lo que dice esa hoja? —Le pregunto con cuidado.

Sigue sin hablar, pero afirma.

Apenas mirándome y aún, sosteniendo ese papel entre sus dedos.

Carajo.

Mi estómago, se retuerce por un pánico.

Su semblante.

Uno ahora y después de semanas.

Como su cuerpo, dónde ya ganó peso.

El que debía tener y se convirtió para la vista de todos.

En especial para la mía y mi corazón.

En la mujercita, más linda que vi en mi vida.

Lejos ya, de esa delgadez extrema y ahora con sus prendas algo vintage, porque ama eso, llenando y marcando, dónde tienen que hacerlo.

Y por eso Mel, irradiaba hermosura con su juventud.

Con su pelo esponjoso y difícil de dominar, pero sostenido por algún adornito de pelo.

Y ahora, con un rostro rozagante como lleno de un rubor propio y natural, por vivir bien.

Como cualquier niño como ella, tiene derecho a tenerlo.

Y por eso, ese papel.
Ese documento que no abandonan sus manos.
Y cuando estoy a 2.0 segundos de llorar como nena, pensando que no le agradó.
Sus ojos, al fin mira a todos.
A cada uno.
Pero, en especial y a lo último a mí.
Y enjugados por lágrimas, que quieren escapar.
Pero, de felicidad.
Porque, la acusa la sonrisa que dibujan sus labios.
Una, muy grande.
—Acá, dice que somos... —Lagrima— ...familia Rodo...
No lo puedo evitar.
Deslizo mi silla, para correr hasta ella.
Y muevo apenas la suya para girarla frente a mí, mientras flexiono una pierna y así, nivelar nuestras alturas.
—Bob, en meses cumplirás tus 18...y ya, serás mayor de edad... —Niego en solo imaginarlo—
...pero, no me quiero arriesgar...no te quiero arriesgar. —Me corrijo—. En que te aparten de mí,
porque somos familia... —Tomo el papel— ...y ahora esto, lo avala. Soy tu tutor nena... —Sonrío
entre lágrimas, como ella— ...te gusta? ¿Te agrada? ¿Eres fel...
No puedo continuar.
Su abrazo fuerte y repentino, me sorprende.
—¿¡Qué, si soy feliz?! —Chilla de alegría—. ¡Ohana Rodo! —Toma mis mejillas—.
¡Ohana! —Repite, abrazándome más.
Y yo respondo igual, festejando con Bob.
Tan feliz como ella, porque ya nunca nadie.
Nos va a separar.
Pero...
Y por eso, la llevo más contra mí.
Porque, lo necesito.
Sacrifico de forma linda, pero dentro de mi tristeza al ser su tutor.
Lo que le niego a mi corazón.
El amor que siento y cada día más, por esta niña.
No es correcto.
No es prudente.
No está bien, porque soy mayor y la diferencia de edad es mucha.
Y por más año o tiempo que pase, Bob siempre me va ver como su hermano mayor.
La miro como al soltarse de mi abrazo, corre para agradecer al resto.
Y todos, recibiendo también el abrazo de Mel.
Collins y Millers.
Inclusive Herónimo.
Que muy tosco lo acepta, pero intentando apartarla con su siempre ceja elevada.
Hay ya, una gran amistad entre ellos.
Una, que se afianzó con estas semanas.
Compartiendo no solo momentos con los dos, por traerla casi siempre a la Metalúrgica.
Sino, también.
Noches de cena, películas y partidos, sea en mi departamento o el Pen de Hero.

Dónde mi pequeña nena, le encontró la vuelta para conquistar el rudo y frío corazón que mi amigo dice tener.

—¿Deja, que te siga abrazando? —Le chilla Mel.

—¿Que, no! —Le responde Hero, huyendo.

Bob ríe.

Esta muy feliz y nos señala a los tres.

—Ahora, somos familia Herónimo. —Explica el motivo de más abrazos.

—Que, no. —Vuelve a repetir, poniendo una silla entre ambos y bajo al risa de todos.

Y Mel, pone sus manos en las caderas.

—¿Cómo, puedes ser tan frío Herónimo?! —Le reprocha.

—Con práctica. —Se encoje de hombros Hero, como si nada haciendo que riámos todos.

Pero un.

—Gracias... —De golpe, lo sorprende agradecida y muy emocionada por Mel.

Y fuera ya, de esa discusión y juego infantil de ambos.

Porque Bob, aprendió y sabe como yo, lo que realmente es nuestro amigo tras esa coraza.

—Gracias a todos... —Formula ahora, mirando a todos y enjugando sus lágrimas con su mano.

Llena de emoción al igual que todos sentimos.

Pero Hero interrumpe con una tos y recolocando mejor sus lentes, mientras con una seña pide algo que le dé su mano derecha, intentando disimular el suyo.

Cual Collins saca otra hoja, de una carpeta que sostiene y se lo alcanza.

—Una beca. —Explica, dejando que Mel y yo lo leamos—. Para que termines los estudios que te faltan y si te agrada la idea, de una carrera universitaria...

MEL

—...financiada totalmente, por *TINERCA*... —Rodo continua, leyendo como yo la hoja que nos dio Herónimo.

Y otro chillido de alegría brota de mí y festejado, nuevamente por todos.

Intento y ahora con Rodrigo a la par abrazar a Herónimo, pero eleva sus brazos negándolo y reímos a carcajadas nuevamente por eso.

Inclusive, mi agreste y nuevo Segundo, mejor amigo.

—Estudia y en unos meses hablamos, cuando cumplas los 18 Mel... —Me dice— ...puedes arrancar como cadete de piso... —Me ofrece trabajo.

Y yo, asiento y palmoteo feliz.

Miro esta enorme habitación.

En realidad, todo lo que es el Holding.

Porque sé, que puedo.

Me gusta.

Y yo, quiero trabajar acá.

Suspiro de felicidad.

No sé, si mi vida se convirtió en un cuento de fantasía.

Y si, es una.

Con la diferencia en los pocos libros que leí, dónde la protagonista era ayudada por sus hadas madrinas.

En el mío en cambio.

Por padrinos mágicos.

Sip.

Uno, bajo el peso del poder de su apellido y removiendo cielo como tierra, para que ocurra.

Y el otro.
También, convertido en mi príncipe.
Rodrigo.
Rodo, para los amigos.
Porque me rescató, de ese triste futuro que me deparaba lleno de sentimiento de tristeza y siempre acompañado de temor.
A mi pánico constante, por esa vida pasada que sufrí.
Pero, que todo lo fue borrando y convirtiendo, en solo un dejo de recuerdo guardado en alguna parte de mi cerebro sin uso.
Con los meses, transcurriendo y hasta, convertirse en años.
Dónde terminé mis estudios elementales y en tiempo récord de tiempo, los universitarios.
Gracias a mi príncipe, que le tiene miedo a la sangre.
Mi tutor.
Mi mejor amigo.
Y aunque él, jamás lo sospeche.
Ni nunca lo sepa.
El amor de mi vida.
Porque y pese a la gran diferencia de edad, siempre me vio y lo sigue haciendo, por más que ya soy toda una adulta.
Una mujer a punto de cumplir mis 24 años.
En su hermanita menor.
Su protegida.
Responsabilidad.
Uno que, cumplió a raja tabla y me convirtió en lo que soy.
Una recibida sobresaliente y ahora trabajando en el piso 17 del Holding, para las T8P.
La mejor en mi área y convirtiéndome en la líder de capacitación con los años.
Me desinflo.
Pero, la peor en lo que se refiere en el sector del amor, maldita sea.
No se confundan.
Salí y disfruté de muchas citas.
Unas, que bajo la mirada crítica de Rodo.
Serio, caviloso y mirando de arriba abajo al abrir la puerta por mí, a todo muchacho que me buscaba.
Preguntando sus intenciones como que se cumpla mi hora de regreso, antes de la medianoche.
Cual yo, solo le respondía como en cada cita que iba.
Riendo y besando su mejilla a modo despedida.
Al igual que él, cuando.
Fastidio...
Rodo iba a las suyas.
Mares de mujeres.
Por parrandero, mujeriego y baja bragas, por esa sonrisitas a toda potencia tan él.
Pero con la diferencia y pese a mi lucha interna, que lo mío era por puro celos.
En cambio él, de mejor amigo sobreprotector.
Amistad, que nunca cambió.
Ni siquiera, cuando otro par de años después me pareció prudente y que ya era hora.
Y sobre sus ojos lagrimeados y con los míos reteniendo mi llanto, pero sabiendo que era la

mejor decisión.

Y con mi maleta en mano, decidí que ya era hora de vivir sola.

Salir de su ala protectora.

Fue duro.

Pero, nos iba hacer bien.

A Rodo retomar las riendas de su departamento y a placer, su soltería y parrandas siempre involucradas con mujeres y cual fui, muchas veces testigo.

Y yo, pese a dejar lo que fue mi hogar, como al hombre que amaba en silencio.

Encontrar el mío propio.

Vivir independiente.

Extrañando a Rodo a mares, por más que nos veíamos y compartíamos muchas horas del día, sea en la empresa o pasando momentos junto al jefe.

Pero escondiendo mis sentimientos, en concentrarme en el trabajo y cacheteándome mentalmente, cuando empezaba a soñar despierta y si ese tal vez entre ambos podía pasar.

Obligándome a centrar mi cerebro y en mi desacuerdo corazón, en la capacitación de nuevos internos que ganaban pasantías laborales.

Una codiciada por muchos estudiantes recibidos y cuales, solo unos contados de miles ganaban esa promoción a base de esfuerzo y un arduo examen, bajo el exigente control de nuestro amigo.

El jefe de los jefes.

Y que, en uno de ellos conocí.

A mi mejor amiga.

La nueva interna.

Gran persona.

Graciosa y algo torpe.

Dulce, pero para nada sumisa.

Vangelis Helena Coppola.

Y la que con el poco tiempo y circunstancias bastante particulares, en su primer día de trabajo.

Conoció.

Derritió.

Mando a la mierda.

Conquistó.

¿Dije, que mandó a la mierda?

Pateó su trasero.

Pero, enamoró incondicionalmente.

El frío pero peluche corazón, de nuestro querido amigo y huraño jefe.

El gran empresario Herónimo Mon...

RODO

—¿Y el marica? —Pregunto a Marcello, bien entro al Pen.

Se sonrío ante mi dicho, sin dejar de remover lo que parece que va ser una una grandiosa cena.

Porque, el aroma llega.

Me envuelve.

Me enamora.

Pero, sacudo mi cabeza negando.

No, Rodrigo.

Dieta.

Y por eso, robo una triste manzana de la frutera, sobre mi lucha de robar una cucharada de esa

tentadora salsa que cocina Marcello.

—El señor, se encuentra en el gym entrenando joven... —Me responde, mientras sazona y condimenta.

Le agradezco mordiendo mi fruta y bajando, el par de escalones en dirección a su gimnasio.

Para encontrarme a mi amigo, bajo el entrenamiento y mirada intensiva del Polaco vigilando, mientras salta de la cuerda.

Todo sus cuerpo, está sudado y acusa lo de siempre.

Que solo trabaja y entrena.

Y ahora más.

Desde que conoció y niega ese sentimiento, por la nueva amiga y compañera de piso Vangelis.

—¡Ay, por favor! —Largo una de mis burradas, mientras me acerco a ambos—. ¡Mi sobrinita salta más rápido y bonito que tú, y solo tiene 4 años! —Muerdo mi risa.

Una que, percata sin dejar de saltar.

Salta, salta, cruza la soga, salta, salta.

Me está midiendo y sé, que quiere darme con la soga.

Pero la distancia no se lo permite y por eso, río a carcajadas saludando con golpe de puño al Polaco y bajo un.

—Cállate, puto... —Agitado por el arduo ejercicio, de mi mejor amigo.

Tira la soga cuando finaliza la cuenta y viene hacia mí, secando su transpiración con una toalla que le alcanza su entrenador.

Toma asiento como yo y en la cual pedaleo, en otra bici fija tomando sorbos de su bebida energética.

Pero, me mira raro al ver que como devoro mi fruta.

La señala.

—¿Comiendo una manzana? —No se la cree—. ¿Y eso?

Suspiro.

—Fui al club con Mel. Me pidió que la acompañara, tenía un partido de tenis. —Algo, que sabemos hacer con compañeros de trabajo los veranos. —Y después, hicimos pileta y sol...

—¿Y con eso? —Curioso y sin entender.

Mis hombros caen.

Porque, me pongo tristón.

—Sentados y tomando sol... —Snif— ...me dijo, que tenía pancita... —Hago un morrito triste, pero sin dejar de pedalear.

Comer mi manzana.

Y levantando parte de mi camiseta corta deportiva, para mostrarle a mi amigo como el Polaco mi vientre.

Hero, me mira serio.

Muy serio.

Y golpeando con sus dedos, sus labios pensativos.

Deliberando, en mandarme a la mierda o reírse, de mi triste desgracia abdominal.

—¿Eres idiota, verdad? —Le ganó, la mandada a la mierda.

Y aunque su mirada es divertida, yo lo miro sin entender al contarle mi pena.

Me rueda los ojos.

—¿No te das cuenta, que lo hace para fastidiarte y llamar tu atención? —Me ladea su cabeza y dándolo por entendido.

Rasco mi pelo.

¿Eh?

Resopla, porque no entiendo.

—Rodo no tienes panza, tienes un cuerpo perfecto. —Me mira y se mira, cuando se escucha.

Sacude su cabeza negando y yo, quiero reír.

Falta que me diga que soy hermoso y nos pintemos las uñas en el proceso, para que parezca la típica charla de amigas.

Bufa.

—¿Cuándo, se lo dirás? —Dice al fin y volviendo a su cabales.

Alzo mis cejas.

—¿Qué cosa? —Pregunto, sin seguir entendiendo y dando otra mordida a mi manzana.

Me odia.

—Si serás, cabrón hombre... —Exclama— ...cuando le dirás a Mel, que la amas?

Y el pedazo de fruta queda a mitad de viaje en mi garganta, al escuchar lo que dice y empiezo a toser violentamente.

¿Pero, cómo?

Logro escupirlo, seguido de tomar un gran trago de su bebida que me alcanza.

Golpeo mi pecho, mientras lo miro resignado.

Mierda.

Es mi secreto de tantos años y Hero se dio cuenta.

—¿Tanto, se me nota? —Para que mentir.

Y menos a mi hermano.

Se sonrío.

—Mucho.

Guau.

Y curioso, me cruzo de brazos y estrechándole los ojos.

—¿Y desde, cuándo mierda lo sabes?

Se encoje de hombros natural.

—Desde que te enamoraste de ella, hace años...

Otra vez, guau.

—¿Y por qué, nunca me lo dijiste?

Ríe.

—¿Acaso, no lo sabías? —Se burla.

Pero qué, pendejo.

Y mi cara, lo hace reír más.

—Pero qué, gracioso estás. —Remato. —¿Comiste a los tres chiflados, en el desayuno? —Golpeo mi pecho—. ¡Por supuesto, que lo sabía!

Sale de su bicicleta y camina hasta mí.

Y palmea, uno de mis hombros con cariño.

—No lo dije amigo...porque tú, no me lo contaste y respeté tu silencio. —Se encamina al ring.

Y yo lo sigo.

Suspiro, otra vez.

—Es que...estaba confundido... —Creo.

—Lo sé. —Como si, nada.

—Y ahora, no. —Continúo—. Mel, es mi vida Hero. Cuando la vi por primera vez, era tan solo una niña y lo juro, era el recuerdo de mi hermana menor fallecida... —Lo miro— ...pero...

Me vuelve a sonreír.

—...no tienes, que justificarte hermano... —Me murmura, interrumpiendo— ...lo hiciste por cariño Rodrigo y al corazón, no se lo manda. —Me eleva su ceja—. Y Mel se convirtió e hiciste de ella, toda una mujer...

Reniego.

Porque, me cuesta creer.

Ya que y pese a mis sentimientos, somos mejores amigos.

Cómplices de años, de mis aventuras y salidas con mujeres.

Conoce jodidamente, cada detalle amoroso mío como yo los de ella.

Y me tiro de los pelos, al ver la realidad.

—¡Dios! ¡Qué he hecho! —Gimo—. ¡Mel debe pensar, que soy un puto mujeriego! —Niego—. Si le digo que la amo, pateará mi trasero... —Quiero llorar— ...ella, merece algo mejor...

Hero se acerca a mí, divertido.

—Créeme. Tú, eres lo mejor de su vida... —Concluye, con mucha seguridad.

Certeza y confianza, que yo no tengo en absoluto.

Y por eso, con calma y esa paciencia que nunca tiene.

Me explica que Mel, me ama en silencio como yo a ella.

Y se transforma, sobre su siempre entrenamiento arriba del ring.

En dos, en realidad.

Dos entrenamientos y ensayos, para el corazón para los dos.

Y gracias al Polaco, interviniendo también esa tarde.

Discutiendo.

Deliberando.

Ya que, ambos y de una vez por todas.

Debíamos reconocer el amor.

Y por eso.

Junto fuerza y afirmo decidido para alentarme, mientras me encamino sin titubear saliendo del Pen.

Al departamento, de Bob.

Para decirle con muchos abrazos y aunque, me cueste mis pelotas fuera de su lugar al confesarme.

Que la amo de siempre y es la mujer de mi vida...

Capítulo final



La puerta es tocada insistentemente, seguido del timbre.

Dejo a medias de cargar, la lavadora con ropa que utilicé para ir al club para abrir la puerta.

Y Rodó entra, sin darme tiempo a saludar.

Lo miro.

Porque, está raro.

Es un manojo de nervios, mientras lo sigo con la mirada en cómo va hasta el centro de mi comedor.

Camina dando círculos muy pensativo y con las manos en la cadera, para luego detenerse y mirarme.

—¿Pasa algo? —Le pregunto, sin entender.

Y niega con la cabeza y respiro aliviada.

Pero dura un segundo, porque afirma, seguido de frotarse la cara con las manos.

—Si... —Larga luego, con un bufido— ...sí, sucede algo... —No me deja de mirar— ...contigo... -Finaliza.

¿Eh?

Me cruzo de brazos.

—¿Qué hice? —No tengo idea que ocurre y cientos de posibilidades, rondan y flotan en mi mente.

—¿Algo del trabajo? —Niega.

Y estrecho mis ojos, ante la siguiente opción.

—¿El neandertal de Herónimo, le hizo algo a Van por mis consejos? —Digo entredientes y buscando mi móvil, para llamar a mi mejor amiga. —Juro que si descubro, que si le hizo una de sus pendej... —Vuelve a negar, deteniendo que la llame con una seña de su mano.

Dejo mi celular en la mesa, con cara de pocos amigos.

No soy buena, para juegos de adivinanzas y como diría el jefe.

La paciencia, no me sobra.

—Es por ti y por mí... —Termina diciendo.

Y ahora sí, que comprendo menos.

—Necesito un trago. —Murmura, como si eso le diera coraje a lo que sea que tiene que decir.

Inclino mi cabeza.

—Rodó, tú no bebes casi nada de alcohol... —Soy obvia y porque, conozco a mi mejor amigo más que nadie.

Y por eso, camino a mi cocina.

Abro el refri y vierto leche en un vaso que saco de una gaveta, continuo al frasco de cacao en una cuchara, para hacerle su bebida favorita.

—*Tu trago...* —Le extiendo el vaso de chocolatada, como si fuera un crío.

La acepta sin chistar y bebe casi la mitad del contenido, mientras vuelve a esos pasos entre sí y sobre su distancia como lugar, focalizando en mi persona otra vez.

Pero ahora, mirándome más decidido.

Y yo, intento ocultar y suprimir mi risita, por la vista de pequeño bigotitos de leche chocolatada en las comisuras de sus labios, ante tanta seriedad de su parte ahora.

Es bonito, el idiota.

—Te quiero, Mel... —Suelta de golpe.

Y yo, muero de amor.

Porque, es una ternurita.

—Yo también, te quiero mucho... —Intento abrazarlo, pero me rechaza sacudiendo su cabeza.

Retrocede algo y me quedo con mis brazos a mitad de viaje del abrazo.

Me lo cruzo sobre mí y lo miro feo otra vez.

—No, no te quiero... —Se corrige.

Resopla terminando de beber *su trago*, para dejarlo en la mesa.

Y suspirando un aire que retenía, me enfrenta.

¿Pero qué, mierda le pasa?

—Yo, no te quiero... —Busca explicarme sin dejar de mirar el vaso ya vacío de su chocolatada, que dejó y como si fuera, la cosa más fascinante e interesante del mundo.

Para luego a mí, nuevamente.

Cómo, buscando algo en mi rostro.

No estoy segura de lo que es, pero sé que lo encuentra, porque algo cambia en sus ojos chocolate.

Ya que, se vuelven más suaves y relaja sus hombros, acompañado de una pequeña sonrisa.

—...porque, es más que eso... —Se acerca algo— ...Mel, yo te amo.

RODO

Ay, carajo...

Bob palidece y juro, que es la estatua más linda del mundo.

Una que, me mira sin pestañear, estática como sin movimiento y que me dice que aún respire, porque su brazos cruzados sobre sus pechitos al escuchar mi confesión, caen sobre sus lados.

Y pese a su rostro, sin gesticular ningún tipo de reacción.

Una nula.

Y yo, sonrío tímidamente.

Porque, se siente jodidamente bien decir que la amo en voz alta.

Por más que me siento fuera de juego, pese a tener conocimiento y haber estado con mujeres.

Muchas.

Pero todo mi cuerpo late de nervios, como si nunca hubiera hecho esto antes.

Porque nunca amé de verdad y como lo hago a Bob y por fin, puedo decirlo.

Decirle.

—El Rodó normalito no le dice estas cosas a la Mel normalita... —Prosigo tierno.

Ya, no me importa nada.

Pero por las dudas, me escudo del otro lado de la mesa, porque podía existir la grave posibilidad que tras mi declaración de amor y por más que Mel es pequeñita y mi mejor amiga.

Que pateara mis pelotas.

MEL

Tengo la necesidad, de apoyarme en la mesa de mi comedor que nos separa.

Porque estoy tan atrapada en el momento, que mis piernas tiemblan.

Como mi corazón.

Que golpetea fuertemente, por lo que jamás pensé y aunque, en mis horas de previas de sueño y junto a mi almohada, soñé o imaginé muchas veces.

Tantas y sobre minúsculas posibilidades de que ocurriera, que solo sería concedido por un milagro.

Un dulce, milagro.

Uno que albergaba y era motivo de mi siempre, fracasos de mis citas con otros hombres por más que Rodrigo nunca supiera de eso y como pasar a verlo, únicamente bonito a nuestro jefe de área y piso.

Áaron.

—...porque el Rodo normal... —Se señala y continúa, ante mi silencio— ...desde que te conocí, solo te cuidó y te vio crecer como la niña y mujer que merecías ser Mel... —Titubea— ...pero tú, no eras la perdida y que, yo te socorrí. —Niega y se toca— ...el perdido era yo, Bob y no lo sabía hasta que te conocí...

Oh Dios.

Me habla sincero y ahora no duda.

—...pero, luchando contra lo inaudito y que escondí a medida que el tiempo pasaba...

Se acerca otro poquito, pero siempre contra la mesa.

—...uno, dónde nos convertíamos en mejores amigos, tomándonos el pelo e insultándonos en broma como lo hacen los hombres y hago con Hero... —Sonríe— ...pero, tú eres mi nena... —Diferencia— ...y me enamoré.

Se pone frente a mí.

Nada de distancia.

—Yo, te amo Bob. —Murmura y descansa, su frente en mi hombro entregado.

Me falta el aliento y respiro entrecortadamente, por la emoción de sus palabras y mi cuerpo se estremece, ante el sonido de su voz diciendo que me ama.

Porque, es profunda y a la vez tierna como siempre.

Pero, llena de un temor al confesar y por más seguridad sincera de ello.

Intento lo mismo, suspirando de la felicidad.

—Y yo... —Me atraganto por las lágrimas de emoción— ...he estado ocho años de mi vida preparándome, para escucharte decirme esto...

RODO

Ella, jodidamente suspira.

Cuando.

Jodido cielo.

Dice que, solo esperaba eso de mí.

Mi amor por ella.

¿Entienden?

Porque Mel.

Me quiere.

ME AMA.

Y siempre lo hizo.

Sacudo mi Cabeza, porque me cuesta creer y me separo algo de ella, pero sosteniéndola de sus hombros y mirándola fijo.

Necesito confirmación.

—¿Me amas? —Felicidad.

Asiente y se ríe.

Y se me aprieta el estómago, porque me encanta su risa.

—Desde que te conocí Rodo. —Me confiesa feliz.

—¿En serio? —Me cuesta creer.

Pura mierda.

Y yo, sufriendo como un desgraciado todos estos años.

Vuelve a asentir.

Se acerca más y tras limpiar que no sabía, de chocolatada un lado de mi rostro con cariño y seguido de rodear mi cuello, se pone de puntillas para sin preámbulos y tomándome de sorpresa.

Y tras un.

—Te amo Rodo... —Besar mis labios.

De forma dulce.

Única.

Y yo respondo a ese beso, trayéndola más contra mí.

Y estalla con una risa de alegría, sobre nuestros labios y yo río también, comiéndole la boca.

Porque, me doy cuenta.

Que después de conocer a Mel.

Hay vida, después de mi vida.

Y estaba perdido como dije antes.

Pero, perdido de amor...

Y sonrío feliz.

Ya que el verbo vivir para siempre con Bob y conjugado, con nuestros labios y beso dándonos.

Era, condenadamente felicidad pura, para mí...

MEL

Dice una frase, que algunos nacen con estrellas y otros nacemos estrellados.

Apreciación a lo predestinado, que señala que hay personas que poco y nada pueden hacer por cambiar el curso de sus vidas.

Dónde nacer con Estrella, significa tener allanado el camino hacia el éxito.

Mientras que el que nació estrellado, está condenado a ir de fracaso a lo largo de sus vidas.

Como fue, la mía desde que nací.

Sonrío, ante ese recuerdo.

Porque puede ser cierto como no, también.

Ya que, siempre buscamos ellas desde su espacio como signo de buena señal y por ello, un deseo ante una fugaz o simplemente, brillando desde su alto y una noche despejada al cielo.

Pero olvidando que tal vez, bajando la vista puedes cruzarte una y brillar sin necesidad de luz, en el trayecto de tu vida.

Porque, esa luz es propia y resplandece internamente.

Y de color rojo.

Ya que, viene del corazón.

Y no en un cuerpo celeste, desde su firmamento.

Sino.

En una sonrisa de mil voltios a ti.

Una que es a toda potencia, porque es de puro amor.

Sonríó más.

Como mi propia estrella.

Mi salvador.

Mi príncipe que le tiene miedo a la sangre.

Rodrigo.

Rodo, para ustedes.

Que me salvó de mi vida estrellada, para convertirse en mi protector.

Tutor.

Mejor amigo.

Y cual y con el tiempo pasando.

En el amor de mi vida...

Porque, me dio vida.

Y felicidad plena.

Más vida, de nuestras vidas.

Cuando tras nueve meses después y una madrugada, con Rodo en un ataque de pánico en el Hospital.

Yo odiándolo y recordando, todos sus antepasados por dolor.

Pero, muy feliz.

Acompañados, de mi querida amiga Vangelis dándome fuerzas y un Herónimo, casi desmayado por los nervios y susto también.

Nació y al cargarlo entre sus brazos, lloró tanto como yo, de alegría y mucho amor.

Por nuestro hijo y amado bebito Caleb.

Nací estrellada.

Eso se diría, siguiendo esa frase popular.

Pero, me esperaba mi propia estrella.

Porque, todos tenemos una.

En algún lugar y momento indicado, esperando.

Puede demorar mucho o poco y no nos damos cuenta, por mirar tanto al cielo.

Ya que, puede ser que esté frente nuestro.

Del otro lado del mundo o a la vuelta de la esquina.

Pero.

Solo.

No olvidar.

Esperando para brillar para ti.

Porque, es tu estrella...

Fin.

Epílogo final



El día es radiante y se presta, sobre el aroma a carne asada de la mano de Marcello en el jardín de la gran casona de Hero, a disfrutar del fin de semana.

No puedo creer tanta felicidad.

Y por eso mi pecho se infla de tanta contenida, paseando por todo este vergel, mientras observo sosteniendo entre mis brazos a Tatúm.

Una de las hijas de mis amigos.

En como Van con Mel tumbadas en el césped y junto a sus hijas con juguetes en mano, juegan con ellos.

Tuerzo la boca con un gesto divertido, cuando mi Bob y yo, hacemos un contacto visual ligero.

Ella, me sonrío llena de amor.

Y yo, tan enamorado como el primer día que la vi.

—Para de follarla mentalmente, que está con una de mis bebidas entre tus brazos. —Exclama Hero, acercándose a mi lado al ver como miro a mi Mel.

Tiene razón y juro que mi carcajada se siente en toda la cuadra, mientras observamos a las mujeres de nuestras vidas.

Palmea mi hombro con cariño y ríe también, mientras acomoda mejor sus lentes y vemos las chicas venir hasta nosotros con nuestros pequeños de la mano.

—¿Preparado, para la semana que viene? —Me pregunta mi amigo.

Y siento mi pecho, apretarse por la respiración contenida y de la emoción, pensando en que ese día llegue de una vez por toda y tanto planificarlo, todo este tiempo.

Dejo a Tate que juegue con los niños, mientras recibo en mis brazos y beso en la unión de sus cejas a Bob.

Porque, en breve y días, será mía legalmente.

Nuestro casamiento.

Luego, observo a mis amigos queridos.

Nuestros hijos amados.

Y a todo este enorme y florido jardín de su casona.

Dónde y bajo una ceremonia con nuestra gente querida, lo celebraremos.

Nuestro Clan.

Nuestra familia.

—Oye Hero, necesitaremos ampliar más el jardín. —Mel dice afirmando Vangelis, cual ambas miran la extensión del parque y hablan de agregar un centenar más de sillas y mesas.

—Cierto. —Solo dice, analizando las posibilidades y frotando sus labios pensativo.

¿Por qué, preguntan?

Ya que, pueden que somos los de siempre.

El clan Mon, Montero, Nápole y Grands.

Pues, no.

Y mi pecho, ahora se sacude por la risa.

Pero, de felicidad y de agradecimiento.

Sip.

Y por eso.

Hero, Vangelis, mi Mel y yo.

Las miramos y sonrientes le decimos a ustedes.

Si, a ustedes del otro lado de la pantalla del monitor o desde su celular.

Gracias por leernos...

Gracias, por ser parte de nuestras vidas con cada lectura, desde la primer novela de mi hermano y mejor amigo Hero con su rayo de sol.

Y realmente agradecidos, porque por ustedes después, pudimos seguir nuestras historias.

Para contar también, nuestras vidas y vivir en sus corazones.

Por eso, más sillas.

Por eso, más mesas en el jardín de la casona.

Porque y sobre ese clan mencionado tantas veces en la saga.

Está la familia.

Nuestra familia literaria, también.

Ustedes.

Porque, lo son.

Somos una gran y hermosa familia.

Y por eso.

Están todas invitadas a nuestra boda, en el extra que viene en esta novela, descubriendo también otra fecha especial aparte de nuestro casamiento con una dulce navidad llegando.

El cumpleaños de Herónimo.

Un cumpleaños y una boda, muy especial...

Fin.

Extra



*Una navidad, muy peculiar
Especial navideño de la saga Men*

Capítulo especial



Tras ir al pen y tener esa charla de chicas con Hero, dónde llorando como marica y me desahogué en su gimnasio con mi medio comer, la triste manzana anémica y baja en grasas, porque Mel me dijo que tenía pancita.

Seguido a su poca elegancia.

No sería nuestro amigo Herónimo, si no.

De llamarme idiota.

Sonrí.

Para despejarme de mis putas dudas, de mi amor por siempre a Bob.

Me fui hasta su departamento y con el coraje del trago que le pedí.

La súper leche chocolatada, que me sirvió.

Declararme.

Sip.

Y mi corazón, golpea fuerte.

Mejor dicho.

Por declararnos.

Y así...

Nuestro gran ohana de amor con Mel, comenzó.

Siendo, nuestra condenada dicha.

Y cómo, diría mi Mel.

Felicidad plena.

Y cómo, dije yo.

¿Lo recuerdan?

Que hay más vida, después de la vida.

Por un lado.

Por la nuestra con Bob.

Dónde en un principio, fue un secreto nuestra relación y cual, no duramos mucho tiempo.

Por una tarde los dos y momentos antes de esperar el ascensor, estando en el piso 26.

El de archivos.

Poco más de una semana, que estábamos saliendo.

Pero, nunca llegando a tercera base.

¿Por qué?

Les explico.

Años pasaron, que Mel se había mudado sola y mismo tiempo, que yo también lo estuve.

Cual, me costó en un principio adaptarme sin la presencia de ella viviendo conmigo.

Sin ser muy grande mi departamento y más bien, con lo justo y necesario en comodidad.

Y en realidad, muy lindo.

Mierda.

Resoplo.

La cosa es, que lo consideraba un jodido basurero sin ella.

No tenía, mis sentimientos claros.

Recuerden que Bob creció a mi lado, siendo una niña.

Y por ese vacío con su ausencia y sumemos esa inestabilidad emocional, que yo no terminaba de comprender en ese tiempo, por más desayunos de cereales con leche que tomaba.

Decidí volver a mis inicios y a lo que creí, que tenía claro.

Sip.

Retomar mi vida parrandera de joda y descontrol en ese punto, con mis siete letras favoritas.

Mujeres.

Muchas.

Y sucumbir otra vez, al buen sexo con ellas por ser un total fans de las chicas calientes.

Como lo fue en su momento, en un antes de conocer a Mel y ahora, tras un después de Bob.

Y siendo por eso.

Carajo.

Mel testigo de muchas de mis fechorías y pirateadas sexis, en pleno día laboral.

Cómo, las de los fines de semanas.

Y conservando el duplicado de mi departamento, por cualquier eventualidad.

Encontrarse al abrir la puerta cargando algunas bolsas de compras, para mantener mis alacenas con comida saludable y de no tantas porquerías dulces.

Restos de prendas femeninas y mías, esparcidas por el piso y tipo caminito, conduciendo a una siempre dirección.

Adivinaron.

Mi cuarto.

Para encontrarme al abrir la puerta.

También adivinaron.

Con una mujer.

¿O dos?

Durmiendo a ambos lado mío, tras una noche de descontrol.

Para luego cerrar esta, con su mano rodándome sus ojos y tapando su nariz con la otra, por el gélido olor a sexo y alcohol en la habitación.

Mención aparte, otras ocasiones.

Las que Mel vino a altas horas de la noche o salida del Holding y cual, Herónimo mismo me lo apuntó.

Con algo de medicamentos por estar enfermo, sea por un atracón descomunal de basura dulce o un resfriado de temporada y cuidarme hasta que sane.

Mi vida apestaba y siendo la mujer que amo con locura, testigo de todo eso.

Imposible, pese a morir de ganas.

Intentar algún tipo de movimiento muy carnal y pornográficamente lindo, aunque seamos exclusivos.

Novios ahora y de ir más allá de caricias extra curriculares.

Dónde, su ropa vintage que tanto ama como la mía y con su braguita a un lado por mi pene explotando de ganas, entran en juego.

No es miedo.

Porque, sé.

Y me mastico mis celos.

Que Bob tuvo salidas con un par de hombres y por ende.

¿Dije, qué me mastico mis celos?

Tiene algún tipo de conocimiento sexual.

Pero, lo mío es respeto.

Sus tiempos.

Por los míos propios, que vivió en vivo y directo en mis andanzas.

Y por eso.

Solo hasta segunda base, en nuestros encuentros ardientes en su departamento o el mío.

Hasta ese día.

Y mi sonrisa a toda potencia, vuelve.

Cual los dos, una tarde coincidimos.

En el jodido piso 26 de archivos.

Yo, dejando a la recepción de entrada vieja carpetas de programas, ante un software nuevo que implementamos semanas antes.

Y mi Bob, entrando por la búsqueda de unos para poner fecha exacta en unos informes de revisión.

No me vio.

Pero, yo a ella sí.

Llevando entre sus manos una hoja de ayuda memoria, mientras caminaba por los extensos corredores que las mismas filas de archivos y con casi su altura hasta el techo forman, leyendo cada caja de archivo como revisando el interior de algunas con sus deditos.

Y yo, a su par y del otro lado.

Cual un potente acosador y sin saber de mi presencia, en el pasillo paralelo.

¿Lindo, no?

Me deleitaba de su presencia y me llenaba de ella, con cada pasito que daba y de mi parte, la misma cantidad imitaba sin dejar de mirarla sigiloso y entre archivos y archivos.

—Rodo, no seas pendejo... —Hasta que siento, que me nombra como si nada y manteniendo su vista en las cajas que tipo fichero archivan todo.

Mierda, me descubrió.

Corre algunas para formar un espacio y que nuestros rostros, se encuentren en ambos lados.

— ...puedo sentirte a kilómetros, por tu jodido perfume de toda la vida... —Me mira y se sonríe divertida— ...y si quieres convertirte en un asesino o acosador serial... —Su dedito, ahora me señala a través del espacio que hizo entre los archivos— ...toma clases, porque apestas en ese rubro... —Ríe con ganas.

Qué bonita es.

Me apoyo relajado en el estante como mi barbilla en mis brazos, cruzándolos para mirarla bien.

Y hago una mueca, por ser descubierto.

—¿La informática es lo mío, entonces? —Otra mueca—. ¿Nada, de ser sexualmente serial?

Y veo pese a la poca luz por culpa de los altos estantes archivadores, como sus labios se convertían en una sonrisa otra vez y también, se acomoda como yo a placer contra el estante.

—Serial no, pero sexual sí... —Murmura tan suave, que me cuesta escuchar.

Porque lo dice, retomando la caminata y con su mano libre de ese papel ayuda memoria, acariciando cada caja a su paso mientras camina por el sin fin de ese pasillo.

Y yo, como si fuera su imagen en el espejo, también la sigo del otro lado.

Sonriéndonos ambos y sin separar nuestras miradas.

A veces, interponiéndose las condenadas cajas de archivos, por el poco filo de espacio.

Pero, volviendo a encontrarnos con Bob en alguna siguiente.

Escaneo el lugar.

Nada de gente hoy.

Más que el muchacho de entrada y lejos de nuestro perímetro, para luego el final del pasillo de ambos que se nos acerca y a ella otra vez.

Le señalo, el final de este.

—¿Sabes lo que ocurrirá, cuando nos encontremos? —Pregunto en voz baja también, sin perdersnos pisada recorriendo cada uno por su lado su corredor.

—¿Nos va unir? —Mel dice con matiz divertida y más allá, su significado de esa cierta lógica.

Y mi pecho se tensa ante esa idea y al encontrarnos frente a frente y a un respiro de distancia de rozarnos.

Tan bonita ella, con su trajecito de trabajo.

Y tan, nervioso yo.

Pero palpitando todo esto, como si fuera mi primera vez en este campo.

Que lo era.

Porque, no solo iba a ser sexo.

Era tenerlo con la mujer que siempre amé y sin entenderlo años atrás, cuando era una niña y lo seguía haciendo ahora con locura.

Y decir que nuestros cuerpos al encontrarse al final del fichero, fue como el choque de dos trenes de carga, es poco.

Fue, más que eso.

Lo juro.

Cual tipo bomba nuclear nuestra colisión, en el desespero de nuestras manos con caricias buscándose.

Porque, podíamos sentir.

Yo la de Bob, casi rasgando mi camisa italiana sin preocuparse siquiera en sus botones, para llegar a mi torso desnudo y adueñarse con lengua de cada jodido centímetro de mi piel besando.

Cual agradezco que al ser de diseñador, la fortaleza de estos y no salirse.

Y yo, arrebatándole su estabilidad.

Para llevarla conmigo, obligando a que suelte ese dichoso papel como que enrosque sus piernas en mi cintura, contra otro pasillo más alejado y lejos de que escuchen, no solo mi ronca respiración por estar sumamente excitado.

Sino.

La de Mel ahogando su gemido de satisfacción con mi boca, al sentir mi duro pene retenido en mis pantalones pidiendo pista y sin poder evitar, frotarme contra ella con necesidad y hasta el punto de dolor por la fricción.

Un dulce y agónico dolor.

Y haciendo a un lado, pero sin perder ese contacto muy voluntario entre ambos, de restregarnos por más ropa puesta con nuestras caderas, yendo y viniendo cogiéndonos sobre ellas.

Para tirar cajas con papeleos, de una tarima sobresaliente.

Que se joda Herónimo, con su orden estricto y puntilloso en cada área.

Y depositar a Mel ahí, mientras hacemos estragos queriendo y buscándonos más.

Adrenalina, por ser un lugar público, pero poco visitado.

Pero, cotidiano y nos puedan ver en fin.

Y más de esta.

Por ser nosotros mismos.

Mel y yo.

Después de tanto tiempo.

Años.

Y por eso, conteniendo mis ganas locas de sacar mi pene y enterrarme en ella.

Segundos me tomo para absorberla, casi recostada abajo de mí y acariciarla, antes de comerla a besos.

Mi Bob.

—¿Podemos, ir a algún lugar mejor? —Suelto jadeante.

Porque se lo merece y es, nuestra primera vez.

Y sus piernas cruzadas y rodeando aún mi cintura, se afirman empujándome más contra ella recostada.

—...todos los lugares contigo Rodo, serán siempre mis mejores... —Me jura, suciamente y abriendo más mi camisa de par en par.

Y siguiendo con sus dedos, mis pectorales como la ondulación de mi bajo vientre que marca con mi respiración agitada, esas abdominales que Mel decía que no se veían.

Hasta llegar a mi V y desprender con gracia, el cinturón como botón de mi pantalón.

Siendo eso, un interruptor y el desencadenante.

De nuestra pasión, por tanto tiempo retenida.

Y ahora.

Sin caducación.

MEL

Más de siete años, creciendo con Rodrigo.

Porque, así fue.

Siendo tan solo una niña, lo hice a su lado y aprendí de mi príncipe salvador pero que le teme a la sangre, lo que es la palabra, no solo hogar.

Si no también, lo que se siente sumado a todo los derechos que un niño siendo de la calle o no, debemos tener y disfrutar.

Porque, Rodo fue un hermano mayor para mí.

Seguido a convertirse con el tiempo, en mi mejor amigo junto a Herónimo.

Y para luego secreta y tan vigente, pese a ser en tan solo una niña.

En el gran amor de mi vida.

Intentando con el tiempo corregir ese sentimiento, focalizándome en el lindo Aaron, nuestro supervisor en jefe con Van del piso 17.

Y hasta con ciertos muchachos que me gustaron y me obligué a salir con ellos, para darme una oportunidad frente al torrente de emociones que me producía Rodrigo y por ser, testigo fiel de sus andanzas mujeriegas.

En una palabra.

Un jodido cabrón accesible a cual bragas y zorra se le cruzara.

Un maldito mujerzuelo.

Sip.

Esa palabra, en mi diccionario existe.

Pero nuestras ganas como ese amor siempre en mí y en Rodrigo aclarándose, gracias al agrio pero políticamente correcto y sin un gramo de filtro al decirlo del otro idiota, bajo esa lucha interna también él, de sus emociones por mi super mejor amiga.

Sip.

Hablo de Herónimo.

Ganaron nuestros sentimientos, formalizando ellos.

Uno fuerte.

Mucho.

Tanto.

Que esa tarde en el piso de archivos, buscando unos folios importantes para una tarea que me encomendó Aaron y sin saber que estaba, pero percibiéndolo a mi chico.

Inevitable, por su perfume.

Santo Dios.

Si fue lo primero que me llegó y colmó de él, esa noche que nos conocimos y me salvó del maleante en ese callejón de mala muerte.

Y me lo sabía de memoria y por llevarlo contra mí, tantos años viviendo juntos.

He inclusive, ahora de adulta y en cada jodido rincón de mi ser.

Mezclándose ahora con ese sudor de ambos, naciendo por nuestra excitación y al sentir su mano al fin deslizándose a lo largo de mi muslo interior.

Sus dedos subieron mi falda a la altura de mi cintura y sumergiéndose por abajo de mi braguita para empujarse dentro de mí, mientras su otra mano cubre mis labios para apagar mi grito, bajo su maldición ronca al encontrarme totalmente húmeda, mojando su mano ya lista para él.

Y entonces, todo fue desesperación.

Una linda y orgásmica desesperación.

Su peso cayó contra mí demandante, recostándonos más contra esa base sobresaliente.

Lluvia de papeles archivados y de besos explícitos, nos envolvió en nuestra lucha de quién amaba más a quién.

Y creo, que Rodrigo ganaba haciéndome gemir en voz alta, al deslizar su lengua dentro de mis labios apenas entreabiertos y yo correspondí de igual manera, para recibir todo de él, acunando con mis brazos su cuello y su pelo revuelto.

Ya no había, ninguna esperanza de parar esto por más lugar y pleno Holding que sea y detener, esta avalancha y oleada de deseo contenido que nos envolvía.

Sonreí en un momento de respiro, de su boca y la mía a sus ojos chocolate.

Y desprendí, mi camisa...

RODO

Mi cremallera a medio bajar retenía mi maldito pene, al abandonar mis dedos el interior de Mel para sumergir mi erección hondamente en ella.

Pero, pude antes.

Las ganas me podían.

Y robándole otro grito, cual tuve que asfixiar con mi otra mano.

De descender y probar su intimidad.

Saborear esa humedad que la empapaba, tanto dentro como fuera mojando sus muslos internos y me decía que estaba, no solo lista.

También, que era mía.

Lamí con hambre.

Succioné.

Y hasta la penetré con mi lengua, saliendo y entrando de su interior cepillando su esencia.

Su fluido.

Picante y rico.

Para luego, morder su clítoris hinchado y soplarlo suave, ante el dulce escozor que la hizo gemir tanto a ella como a mí por hacerlo y bombeando más sangre a erección.

Y bajando mi pantalón con ayuda de sus pies y mi duro pene que al sentirse libre, erecto y firme contra mi vientre se elevó pulsando mi ombligo.

Y con ayuda de mi mano lo apoyé en su cremosa entrada, dónde su humedad y mis gotas presemiales, se mezclaron de placer.

Unión de nuestros fluidos que al ver ambos, nos movilizó y aumentó la excitación, mientras mi otra mano abriéndose en su baja espalda, la atrajo más contra mí, deshaciéndome de su braguita.

Y con ello y nuestras bocas estrellándose.

Me enterré en su interior, haciendo que abra más sus piernas.

Fuerte.

Duro.

Porque, necesitaba amarla a Me y que ella, sepa cuanto.

Nuestros ojos como besos, bajo gemidos escapándose en respiraciones entrecortadas y aumentando, vagaban por nuestros cuerpos semis desnudos.

Mi Bob, adueñándose con cada caricia de mi pecho y espalda.

Y yo, arrebatando el eje de poder, haciendo a un lado su sujetador.

Para adueñarme de sus tetas y de sus pezones.

Y mierda, con ellos.

Hermosos.

Rosas.

Son suaves a mi lengua y duritos, mientras me amamanto de ellos.

Que por mis fuertes empujes y sus caderas, siguiendo mi ritmo acosador penetrándola.

Se balancean yendo y viniendo, mientras los chupo como si se me fuera la vida en ello.

—Rodo... —Jadea mi nombre, al sentir su orgasmo aproximándose.

Porque jodidamente, Mi Mel es tan estrecha contra mi tamaño, que sus paredes laten en mi pene inflado más por eso, ordeñándome.

—Lo sé, Bob... —Gruñí de placer, saliendo y entrando de ella— ...necesito amarte y sentirte...

—Suelto su pezón con un pop y sin dejar de cogerla— ...tal vez, necesite amarte todas mis noches y para siempre... —Me corrijo y empujó más, causando que gima otra vez mi nombre fuerte— ...te amo, Mel... —Me declaro, sintiendo en ese momento como sus piernas, se entumescen por la llegada de su orgasmo mojando y apretando más mi pene.

Siendo suficiente para mí, al verla temblar de placer por su clímax colmándola.

Sudada y tan bonitamente temblorosa.

Que, con otros bombeos míos y empujándome, hasta que sienta que no hay fin entre ella y yo, dentro suyo.

Mi eyaculación, explotando en su interior.

La llene.

Nos llene, con su calor líquido.

Y termino mis dejos de orgasmo, siguiendo con suaves y lentos movimientos, aún saliendo y entrando de ella, mientras seguimos atrapados en nuestro éxtasis.

La atraigo contra mí, al sentir que se relaja y por ello, que su cuerpo fuera de toda fuerza.

Si desfallece, que lo haga sobre mi pecho para descansar.

Mi espalda se recuesta por busca de apoyo y a duras penas por la energía gastada, contra el estante de ficheros mientras intento recuperar mis pulmones.

Su cálido pero también agitado aliento, juega en la base de mi cuello y hombro.

Sus piernas siguen alrededor de mi cintura como yo, dentro de ella.

Y puedo sentir su corazón golpeando contra el mío, su piel húmeda como caliente, por nuestro sexo exigido.

Y su espalda, debajo de mis manos sosteniéndola.

Absolutamente todo, podía sentir de mi Bob.

Porque jodidamente, tomé todo de ella.

Beso su hombro y la atraigo más contra mí, de forma muy necesitada y cariñosa, provocando que ría bajito para que sigan sin descubrirnos.

Pero, tan feliz como yo.

Y porque, sabía que ya nunca más.

Nos alejaríamos el uno del otro...

Y con ese abrazo y esa unión, después de muchas maratónicas que siguieron después.

Oigan.

Nos los debíamos, por tantos años reteniendo nuestros impulsos.

Y siendo nuestro camuflaje perfecto, esas filas como estantes de prolongados registros como ficheros, que con ayuda de su tamaño como alto y por más iluminación del sector.

Entre uno y otro, impidiendo la abundante luz y dando rienda suelta a nuestra primera vez.

Y tras risas y acomodada de ropa, mientras retomamos la vuelta en dirección al ascensor y con nuestros rostros colorados por el sofoco, propio del semejante polvo que nos echamos.

Yo, acomodando mejor mi camisa y siguiendo los pasos de Bob.

Y ella, intentando lo imposible por mi post ataque de caricias alisando su pelo esponjoso, un paso delante de mí caminando.

Al ingresar al ascensor y para sorpresa de ambos.

Re carajo.

No podía ser, con la puta casualidad.

Encontrarnos a Hero con Van dentro y en el tumulto lleno por su capacidad, pero al final de este.

Y dónde el muy puto.

Niego.

Si será, come mierda.

Haciendo, la segunda cosa impensada.

Porque la primera, fue verlo como un mortal más subido en el elevador y compartiendo con sus propios activos como lejos del suyo personal, con su tarjeta magnética antisocial.

Que al escanearnos tanto a Mel como a mí y bajo la ingenuidad de Van sin notarlo.

Reír.

Tomando a todos en el interior mientras suben, con asombro y desconcierto el muy cabrón.

Y lo reconozco.

Hasta a mí.

Porque, fue un poco espeluznante.

Dio miedito, lo juro.

Ya que, mi mejor amigo y jefe no es de reír mucho.

Casi nada, diría yo.

Y esa risa espontánea.

Alegre.

Y pese a ser muy feliz por sospechar algo de lo nuestro y ocurrió, piso más arriba.

Provocó cierto terror entre sus empleados rodeándolo, junto a una rayo fascinada por

escucharla y bajo una Mel sin entender.

Yo le entrecerré los ojos odioso y silencioso, haciéndolo carcajearse más mientras leve negaba con su Cabeza, retomando su postura y volvía a su papel de jefe de los jefes gélido y autócrata.

Siendo eso.

El comienzo, de nuestro felices para siempre.

Y digo bien.

Porque como en todo cuento y aunque, esas palabras señalan el final de la historia concluyendo.

Y mi sonrisa, me puede.

Si, esa misma.

La que están pensando y nuestra amiga Vangelis, dice que es a toda potencia.

En realidad fue el inicio de la historia y mi vida con Bon esponja.

Dónde los días pasaron.

Como la del departamento de rayo, que al enterarse de nuestra relación y abrazarnos tan feliz como nosotros mismos y sobre la primera.

De muchas, que después siguieron.

De la peor propuesta de matrimonio por mi hermano, jefe y amigo a mi compañera de trabajo negándose a casarse.

Como nuestra historia como amor, siguió.

Una de nosotros, bajo el tsunami de vivencias que Hero y Van, vivieron en las semanas siguientes.

Pero y siempre, todos unidos.

Como el secuestro de nuestra amiga y por ese compañero de trabajo, del área del buffet de la cantina.

Su valiente escape a eso, pese a su estado y rescatada por Grands en las vides que separan.

¿O unen?

La casona y *Terra Nostra* de Marlene.

Pero, sobre ese lapso triste de emociones.

Un hermoso desenlace.

El nacimiento de las trillizas.

Mis ahijadas.

Ya que lo son y aunque el terco de mi mejor amigo me lo niega.

Porque, yo tengo mucho amor para dar como padrino.

Y bajo semanas de hospitalización de las bebés como rayo y un Hero, sin separarse de ellas siendo un puto zombie.

Pero un puto zombie, feliz y enamorado de sus cuatro amores.

La esperada alta de todas llegó y fue festejado un mediodía por el clan Mon y bajo un gran árbol con su sombra, almorzando por todos en el jardín de la casona.

Y siendo el postre a la par de las tartas dulces de Sinistra, servidos por ella y Lorna.

Mi anuncio sorpresa y súper feliz a todos.

Que con Bob, íbamos a ser padres...

MEL

Bufandas en tonos verdes y rojos, envolviendo los cuellos para contrarrestar el frío.

Gorros como guantes de lana gruesa en bonitos tejidos y color cubriendo cabezas, sobre rostros sonrientes.

Abrigos de gruesas telas, llevando todos.

Calles con pequeñas acumulaciones de nieve, donde su blanco parece destellar en diferentes y

alegres colores, por las luces navideñas que rodean y decoran los árboles de la acera.

Muchos peatones, como yo.

Docenas de estos.

Solos o acompañados caminando alegres y cargando en sus manos, bolsas de compras que también con motivos de la víspera navideña, llevan regalos y presentes para sus seres queridos.

Comprados en las centenas de tiendas que con sus vitrinas, exponen sus artículos.

Y tal, en una yo.

Parada en su frente mirando su interior y sin dejar de acariciar, mi vientre con meses de mi avanzado embarazo, su bonito exhibidor que decorado de forma magnífica.

A Rodo y Herónimo dentro y con un Grands que como siempre, con una san paciencia y sosteniendo bolsas con paquetes de compras como ellos, espera que terminen de deliberar lo último.

Las luces de navidad.

Pequeñas cajas.

Decenas de estas y con cientos de metros para decorar, dónde el clan Mon festejará la navidad.

En la casona.

—¿Todavía, no salen? —La voz de mi mejor amiga, me saca de mi vista a ellos, para mirarla.

A Van.

Que inclinada sobre el carrito de bebé de tres compartimientos, de forma magistral, pero con un lindo control descontrolado.

Sonríó.

Sosteniendo, en la boca un tercer chupetón.

Colgando de su hombro el bolso maternal y del otro una mantita infantil, intenta acomodar como abrigar mejor, dos de sus nenas en sus asientitos contra el frío navideño.

—Nop... —Digo, robando el chupetón de sus dientes y poniéndoselo a la dulce Jun, que lo recibe animosa— ...creo que a tu marido el volátil, no lo convence que miles de luces de navidad, sea suficiente. —Murmuro sobre su risita, mientras la auxilio con esa mantita para proteger a Hope y su cuerpito movedizo.

Y golpeo mi hombro contra el suyo con cariño, señalando el interior de la tienda.

—Creo que quiere comprar, hasta las que están a modo decoración y no a la venta... —Ambas vemos como el jefe llevando a Tate de meses en un brazo con ternura, con el otro libre señala más y más luces, bajo la risita de Rodo y un Grands, por sus fuertes directivas.

Una que no llegan a nuestros oídos, pero la fuerte y los poco ortodoxos gestos como ademanes, acusan sus órdenes poco convencido.

Pero, dónde cada tanto.

Besa con sonrisita de cariño a su hijita. para luego mirar huraño al vendedor como crío malcriado.

Demás decir, sin esa sonrisita de amor.

Vangelis, bufa feliz.

—Es un idiota... —Concluye, meciendo el cochecito con las bebés, pero la sonrisa le puede— ...pero, como lo amo... —Suspira, riendo más.

Y a mí, también la risa me puede mientras entrelazo mi brazo al suyo, sin dejar las dos de mirarlos.

RODO

—Que no. —Miro a Hero.

—¿Y se puede saber, por qué no? —Miro a Van desde mi sillón que le dice, seleccionando los

tamaños de bolas y decoración, para el árbol de navidad.

Uno grande y alto.

Más que Hero y yo.

Uno frondoso con sus ramas verdes, ocupando y acaparando un sector como esquina junto a la chimenea de la sala.

—Porque, no quiero... —Vuelvo a mirar a mi amigo ante su dicho, resistiéndose y dándole la espalda completamente a su rayo.

Para evitar ver, su nariz arrugada y brazos en jarra, desaprobando su actitud.

Una que le da risa, pero muerto antes que reconocerlo.

Y por eso, dejo a un lado los adornos y tomo la bandeja de palomitas, acomodándome mejor frente a ellos.

Mastico un puñado, divertido.

Porque, esto se va a poner bueno como espectador.

Y hasta mis ahijadas lo notan en su alfombrita esponjosa y rodeadas de docenas de almohadoncitos jugando con su favorito.

Y reconozco que el mío como el de Van, también.

Uno de color rosa chicle y de peluchón, con centenares de bordados corazón.

Porque en simultáneo las tres, miran a sus padres y festejan con sus manitas regordetitas, chillando alegres.

—¡Sí! —Afirma Van, tomando la delantera.

—Que no, nena. —No cede Hero, colgando un último adorno de las cúspides más alta, para seguir con las luces navideñas.

—Pero, sería lindo... —Insiste, sin dar su brazo a torcer.

—No es, lo mío... —Niega de lo más natural, intentando desenredar algo de la extensión de las luces del interior de la caja.

—¿Qué, cosa? —Aparece Bob trayendo bebidas, con ayuda de Marcello.

Señalo a ambos que están a punto de saltarse a la yugular, de forma apasionada.

Sip.

Porque nuestros amigos tienen esa cosa traumática, para ustedes que lo leen y nosotros que lo vemos, de discutir de forma pornográfica y erótica.

En la que peleando ambos con sus gritos y tipo adolescentes, discuten de esa manera tan sensual.

Para luego.

Río atragantado, con las palomitas que engullo.

Si se matan, es a polvo.

—El año pasado, no quisiste. —Reclama Vangelis, tomando una decoración para que adorne una rama.

—Como tampoco este, ni los que vienen... —Testarudo, Hero replica.

En realidad, gruñe.

Porque, las luces con algo que no le sobra.

Paciencia.

Le está costando desenredar.

—Putas luces... —Bufa, pero mira sus nenas. —...lo siento, bebidas... —Le pide perdón, cual ellas festejan con balbuceos divertidos, la blasfemia de su papi.

HERÓNIMO

Ni mierda, voy a dar mi brazo a torcer.

Cuando digo no, es no.

Punto.

¿Se entiende?

Bien.

Rayo de sol me sigue mirando a metro de distancia y junto al árbol de navidad, dónde quedó estática por seguir negándome.

Con su vista fija en mí y esa condenada arruga en su nariz, que me sigue diciendo que está cabreándose.

Mucho.

Y con mi nena eso, puede ser muy malo.

Ya que, una gran bola navideña en una de sus manos y que, como si fuera por su tamaño y forma una de béisbol.

Va y viene del aire a su mano otra vez, de forma sospechosa y como si fuera a punto de lanzarla para ser bateada.

Pero no, precisamente en un campo de juego.

Más bien, midiendo tiempo y distancia a donde me encuentre y que me la trague, por mi rotunda y caprichosa negativa.

Demás decirles.

No metérmela, precisamente por la boca.

No te rías, Mon.

Más bien, por dónde no me da el sol y bien profundo.

¿No es hermosa?

Y por eso, bajo y escudo mis genitales con el centenar de las putas luces, que llevo en mis manos, provocando que Rodo, Mel y hasta Marcello, ríen desde sus asientos en los sillones.

Hasta mis hermosas hijas que festejan con más chillidos y gorjeos entre ellas, como si con sus pocos meses captaran todo, sentaditas en la alfombra y contra los horribles almohadones que al mudarnos a la casona.

Obviamente, traje rayo de su departamento melocotón.

Sobre todo.

El de color rosa chicle y todo de peluche, cual ama y no hay ojo para verlo, de lo feo que es.

Resoplo, acomodando mejor mis lentes y riendo también, mirando a mi mujer.

Cual de a poco esa arruga con constelación de pecas en su nariz respingona, se va suavizando.

Para mostrarme una sonrisita.

Carajo.

¿A quién, quiero engañar?

Aunque nunca sé, con que mierdas me saldrá tratando de convencerme.

Y conociéndome.

Sabe, que cedería con el tiempo.

Santo Dios, si soy un puto perro faldero y mi masculinidad autócrata desde que la conocí, se fue al diablo.

Pero, un pollerudo feliz.

Las miro.

Porque ella y mis hijas, son mi mundo.

Pero, resoplo aún dudando y bajo la mirada de mi mejor amigo silencioso.

Seguido a sonreírse sin dejar de observarme, con ese cariño de hermano.

—¿Ni siquiera lo festejarías, si te digo que es la fecha también de nuestro casamiento? —Un

Rodo con voz tímida, suelta esa noticia causando que la bola de navidad que rayo tenía en su mano y comprometía mi trasero, caiga y ruede hasta donde están las nenas y la acaparen para ellas.

Y tanto mi mujer, yo y hasta Marcello palmoteando feliz ante semejante buena nueva, giremos a nuestros amigos con asombro.

—¿Se van a casar? —La vocecita de rayo de sol emocionada y ya con sus ojitos lagrimeados, la primera que habla, porque me quedé mudo.

—¿El 23 de Diciembre y víspera de navidad? —Sigue Marcello, ya que yo sigo sin separar mis labios.

Y solo, mirando a ambos.

—¿En mi fecha...de cumpleaños? —Al fin anonadado y acercándome a ellos, logro decir algo.

Si, lo sé.

¿Las tomó a ustedes de sorpresa también, ambas cosas, no?

No solo que Rodo y Mel, se casan en días.

Sino, también.

Que tal, es mi cumpleaños.

Sip.

Nací un 23 de Diciembre, víspera de la fiesta navideña.

Ya conocen a mi madre.

¿La recuerdan, no?

La loquita de la aventura extrema y causante por eso, de muchas de mis anginas de pecho por descarriada.

Pero, algo más tranquilo ahora, ya que Collins.

Mi ex mano derecha por retiro muy merecido y ahora, mi padre.

Vela, cuida y también compañero de esas emociones, está con ella.

Descubrió con mi nacimiento y según la astrología Celta.

Que según mi fecha, tengo un árbol.

¿Mi caso?

Bien.

Adivinaron.

Esas son mis chicas.

El manzano.

Dónde para los celtas el centro del universo, es un bosque.

Y por ende.

En esa mierda rara de los horóscopos, son árboles en vez de signos.

Un árbol para cada uno, con valores determinantes y que nos representa como símbolo, de nuestra vida como persona con su carácter y cualidades.

Y aunque dije mierdas raras, momentos antes.

Yo, encontré el mío.

No hace falta que les diga dónde.

El raro escritor de nuestras vidas y amigo de ustedes, ya se lo mostró en mis orígenes que están leyendo, no?

Árbol, cual crece a la par mía.

Y cuida como lo haría yo mismo, de mis seres amados.

¿Control obseso, recuerdan?

Pero, ahora entiendo que de mucho amor.

Y lejos ya, de esa oscuridad líquida que sentía.

Esa biblia y puto calefón.

Gracias a mi rayo de sol, que no sabía que lo tenía.

Y es de un rojo corazón.

Y por eso, olvidando mi negativa a no festejar mi cumpleaños, porque nunca me agradó.

Ya que, no me gusta que me saluden.

No me gusta, que me regalen obsequios.

Y no me agrada del verbo mucho, que me hagan ningún tipo de fiesta o agasajo referido a mi fecha.

Relegando eso.

Y como lo hacen tanto rayo y Marcello ya diciendo, que será parte del planeamiento con ayuda de su marido y primo mío Hollywood.

Y entre putas lágrimas difíciles de sostener, empañando mis lentes.

Los cinco, nos abrazamos de felicidad.

Festejando ese jodido y lindo casamiento de mi mejor y kamikaze amigo.

Sonríó.

Por amar a la rarita de Mel.

Y a regañadientes, pero con tal de ver feliz a mi nena.

Aceptando, que también se festeje mi condenado cumpleaños.

YO

Si los preparativos a días de una navidad, es caótico.

Imaginen, tres planeamientos para esa fecha.

La navidad.

El casamiento de nuestros mejores amigos.

Y el cumpleaños de Herónimo.

Desorden.

Confusión.

Pero, una linda vorágine de ir y venir de todo el clan Mon.

Más la gente de las empresas contratadas, que bajo la mirada clínica de Hollywood a la cabeza dirigiendo y un Hero gruñendo, por su poca capacidad de tolerancia a tanta humanidad en los alrededores del jardín como casona, armando como decorando todo para el festejo por partida triple.

Que se limita, solo con el cochecito meciéndolo con nuestras bebas en él y un Rata, que no lo abandona como a sus hermanitas humanas.

A mirar todo ceñudo, desde la distancia y en compañía de la abuela Gloria, sentados en el juego de jardín bajo un árbol.

Malhumorado.

Hermoso, el bastardo.

Pero 5% huraño y 95% de peluche.

Porque y bajo esa ceja arqueada ególatramente.

La que tiene la cicatriz, después de la lucha con Gaspar.

Y que, lo hace más sexi a mi ex señor oscuro.

Una media sonrisa, se alza en sus labios.

Una, de satisfacción como goce y de mucha felicidad, para nuestro querido Hero.

Ya que, es un jefe de los jefes lleno de luz ahora.

Y pese a su rabieta como crío de cinco, por la aglomeración de tanta gente por la organización

de las fiestas.

Nada lo hace más feliz, que ver sobre su control de tiempo y forma, para que se cumplan sus mandatos.

Logro captar, mientras voy a él y la abuela con mis nenitas.

En como mira feliz a Rodo y Mel, abrazados en otra parte del jardín y entre risas con Siniestra mi hermana, mientras eligen de un catálogo su torta de casamiento que ella misma va a confeccionar con sus manos maestras.

RODO

—¿Nervioso? —La voz de Hero, suena a mi lado.

No lo sentí llegar hasta dónde estoy.

—Cagado hasta las pelotas. —Soy sincero, con aún mi vista en el estanque.

Aunque no lo veo, sé que mi amigo se sonríe mientras se pone a la par mía y me palmea un hombro con cariño.

Ambos por un prolongado silencio, nos limitamos a mirar la tranquilidad del agua yodada y cual solo algunas garzas con su repiquetear sobre su orilla, se escucha en esta armonía de vergel y naturaleza que es la casona.

Su jodido y lindo hogar.

Lo que tanto mi hermano deseaba y en un momento años atrás, se le negó.

Pero luchó, para que vuelva a ocurrir.

—Lo harás bien, Rodo... —Suelta al fin.

Un hombre a horas de su boda y propio de sus nervios de emoción, en situaciones como esta, se encendería un cigarrillo para calmar esa ansiedad de pura felicidad.

Y hasta a lo mejor, acompañado de una buena medida de whisky.

Yo, lo sacio y mientras me sonrío, abriendo unos caramelos confitados que saco de un bolsillo trasero de mis jeans.

Hero me acepta uno, porque también está nervioso.

Por nosotros y por su cumpleaños.

—Mi propia familia... —Digo, sin poder creer tanta dicha a cumplirse, metiéndome de a cuatro en la boca.

—Ya, era hora cabrón... —Solo me dice, jugando y saboreando todavía el dulce en sus labios y como si yo fuera un niño, despeinando mi pelo con un gesto de su mano.

Se sonrío como yo, acomodando mejor sus lentes en el puente de su nariz, seguido a llevar ambas manos a los bolsillos delanteros de su pantalón.

Para luego, decirme.

—Gracias hermano... —Y lo miro raro.

¿Y esa mierda sentimental, a qué viene?

Niega feliz.

—Por tantos años a mi lado... —Responde a mi cara interrogante. —...por estar en las buenas y sobre todo, en las malas. —Prosigue—. Y por hacerme ver que era un jodido de mierda y que debía, luchar por mi deseo. Utopía que creía, que no había para mí... —Me mira— ...y que, vale la pena vivir... —Respira fuerte, por la emoción— ...y hacerme entender del festejo de mi cumpleaños, un deseo de mi familia sobre tu casamiento...

Un puto.

Porque mis ojos se cuajan y jodidamente, tengo que limpiar mi nariz con el dorso de mi mano.

Pero, sonrío entre lágrimas.

—Eres mi hermano... —Logro decir— ...y un buen hombre, pese a tus mierdas mentales y la

causa, porque te adoro tanto mi amigo ignorando, de que eres un puto loco... —Golpeo con fuerza su espalda, provocando pese a su mole de cuerpo, trastabille un paso.

Reímos.

Y ambos suspiramos largamente al mismo tiempo y mirando en la misma dirección, al sentir unas fuertes carcajadas, que vienen desde la mesa del jardín.

Donde sobresale la risa poco femenina y de salón de Vangelis, mientras da un trozo de bizcochuelo al pequeñito Cristiano que tiene en su regazo.

Suspiro de vuelta.

Y la de mi futura mujer, que no deja de acariciar su barriguita con nuestro hijo.

Mi Bob.

Que como todos, ríen mientras disfrutan de una merienda caliente por la tarde invernal, pero soleada.

Tanto Marcello, Hollywood y Lorna con Pulgarcito que con Caldeo entre sus brazos, llegaron hace un rato, de una barbaridad obscena de la abuela Gloria que también lo hace, sin abandonar su fino cigarrillo de su labios de turquesa y a juego con su vestimenta de colores vivos y una Marleane, horrorizada por el vocabulario de su madre abrazada de Collins y mientras este, balancea el carrito de bebé con mis sobrinitas dormidas.

—Somos, unos hijos de puta con suerte... —Herónimo decretal, mirando como yo con fascinación, semejante linda escena desde nuestro lugar.

Mastico mi último caramelo, afirmando.

—Amén. —Solo digo.

Y casi me atraganto con el dulce por el turno del come mierda, de golpear mi espalda y casi también, escupir mis pulmones por su fuerza.

—¿Listo? —Me dice entre risas, al ver mi reacción.

—¿Para mañana y mi casamiento? —Digo feliz.

Niega riendo más, cuando caminamos a ellos.

—También. —Pero, señala a su primo—. Te hablaba de Hollywood... —Y achina sus ojos, por algún recuerdo— ...es un puto jodido, en la noche previa al casamiento...

¿Qué?

—...no fornicarás... —Como que, recita eso.

Seguido con.

—...cierra con llave la habitación esta noche, si no quieres un segundo colchón junto al de ustedes... —Su carcajada, le puede— ...o mejor dicho, entremedio tuyo y Mel... —Augura, cuando llegamos.

Y yo.

No entendí, ni mierda...

Capítulo final del especial



El gran día, llego.

La gran víspera de la fiesta, por partida triple.

El casamiento de nuestros mejores amigos.

La llegada después, de una hermosa navidad de todos.

Pero antes, el cumpleaños número treinta y cinco de Herónimo.

Sonrió más que feliz, untando mi rodaja de pan tostado con mermelada.

Porque, es la primera vez de nosotros dos juntos y su festejo.

Sentados casi todos en la mesa del comedor, desayunamos como se debe ante la gran movida que se avecina, en este día tan lindo y especial.

Uno de los que faltan, hace su acto de presencia bajando las escaleras recién levantado.

Mi príncipe y marido, malditamente caliente como agrio.

Como lo amo.

Frotando su nuca y bostezando.

Su pelo lleno de rulos están disparados, excepto ese rizo perfecto que vive enamorado de su frente.

Descalzo y solo, llevando esos pornográficos pantalones pijama en tono noche, que caen ligeramente por su cadera regalándome a mi placer y la gloria de ustedes.

De ese torso dorado, tonificado y desnudo, velándolo ese dragón oriental tatuado en sus rojos y azules un lado de él y con sus brazos llenos de tinta.

Y sus lentes de armazón negro, cual acomoda mientras camina tipo en cámara lenta.

Y nada más.

Repito, como les dije en varias ocasiones.

Dulce Jesús...sin palabras, hermoso el bastardo.

El calor sube a mis mejillas y me obligo a beber de mi vaso de yogurt para que refresque mi sistema de mujerzuela, mientras divido en tres porciones mi tostada con dulce para mis nenas que en sus sillitas altas, lo reciben felices chupando con los dos únicos dientitos que lucen en sus boquitas.

Y sonrío más.

Al notar como el pequeño Caldeo con apenas sus casi cuatro años de edad, al ver que la tostadita de Juno, cae al suelo por soltarla sus manitas.

Sale de su silla dejando la taza de leche que bebe, para socorrer en su ayuda y levantando el pedazo de pan, sopla por alguna miga del piso pegada con su manito y se lo entrega feliz, ya que contuvo su llanto.

Mi pequeñito no habla mucho, pero su mirada tan clara como el agua.

Lo dice todo.

Y pese a ser de un color hielo, son tan cálidos y más, cuando se trata de una de mis nenas.

—Familia... —Hero saluda a todos los que estamos desayunando, rascando su sexi ombligo y tonificado bajo vientre— ...Vangelis... —Folla mi nombre serio y a modo también los buenos días al pasar por atrás mío, besándome sobre mi "*llego tarde*," para luego a cada una de nuestras bebidas que lo reciben con gorjeos alegres, el cariño de su papá mientras toma asiento a mi lado.

El murmullo, proveniente de afuera.

Para ser preciso.

Del jardín trasero de la casona y por la gente contratada, ultimando los detalles de esta tarde, que lo hace gruñir mientras recibe su taza de café descafeinado por Marcello, cual agradece junto a su plato de comida.

—La última descarga con la utilería y decoración, para esta noche HRNM... —La gruesa voz de Pulgarcito apareciendo en el salón, suena a nuestras espaldas saludando a todos y recibiendo en sus brazos a Caldeo, que al ver a su padre corre hacia él.

Toma asiento con su hijo en su regazo, agradeciendo la taza de café que Lorna le ofrece.

Que terminando de ayudar a Marcello, ellos también van a sus lugares para desayunar con nosotros.

Y más, se suman a la mesa.

Grands apareciendo de la mano del pequeñito Cristiano, que con una patrulla de policía en su otra mano, simula con soniditos saliendo de su boca las sirenas por estar en una persecución contra maleantes imaginarios.

Un auto de juguete policial.

Que al notar sentado a quien se lo regaló, bebiendo de su taza y abriendo el periódico.

Suelta la mano de su padre para correr a los brazos de Herónimo, cual lo recibe con una sonrisa y haciendo espacio, para que se siente encima suyo sin dejar de leer.

—¿Todo, en orden? —El jefe no puede con su genio y pregunta a su mano derecha, volteando una página.

—Como siempre, señor. —Afirma Grands, recibiendo de mi parte otra taza de café con plato de comida que busco en la cocina y me agradece con una sonrisa, mientras toma también asiento.

—Bien. —Hero solo responde, satisfecho y dando un sorbo a su bebida como ofreciéndole un vaso de fruta exprimida a Cristiano.

Que aprovechando mi asiento vacío, estira su bracito y roba de la sillita de bebé, una de las galletas de chocolate rellena a Tate y la mastica, saboreando con gusto.

Actitud, que hace fruncir el ceñito de mi nenita al pequeño Cristiano y formar un pucherito tembloroso en su labios, haciendo que todos riamos.

Pero su llanto no llega, porque Hero sobre nuestras risas, vuelve a reponer otra que saca del plato central de la mesa.

Y porque.

Jesús, no quiero reír.

Un rumor que aumenta.

Más bien.

Un alboroto, cual todos los que estamos desayunando, volteamos al sentirlo viniendo de las escaleras.

Para ver a los rezagados, que faltan bajar de esta.

Los novios.

Un Rodo farfullando por lo bajo muy descontento y envuelto en una frazada de cama, con mucha cara de sueño.

Dónde, su pelo revuelto.

Y unas bonitas ojeras que le llegan a las rodillas, acusa pocas horas de descanso.

Mel tras suyo, partida de la risa.

Y tapo mi boca, ahogando la mía.

Seguido a ambos.

De un Hollywood en su pijama como bata de cama *animal print* acebrado, bajando último de las escaleras y retocando una crema facial que lo cubre casi en su totalidad y en un tono verde, su rostro clon de Herónimo, pero versión rubio y príncipe eróticamente gay.

HERÓNIMO

Mi ceja se eleva.

La que tiene la puta cicatriz, cortesía de Gaspar la noche de la pelea.

Y tengo que morder mi labio superior, para retener la disyuntiva que siento.

La carcajada en auge que amenaza y proviene de los más profundo de mí o la posibles palabrotas que afloran de mi interior y superando al entender.

No te rías, Mon.

La cara no solo de sueño perturbado de mi mejor amigo y por eso, su cara de culo.

Sino.

La jodida cosa en color verde sospechoso, que cubre el rostro de mi primo Gabriel.

Levanto un dedo para señalarlo, cuando toma asiento frente a mí y recibe por su marido su desayuno, pero sin mirarlo.

Porque de pronto, me parece super importante lo que dice el periódico entre mis manos.

Ya que, si lo miro a mi primo, me río en su cara.

—Esa mierda apesta... —Suelto, dando vuelta como si nada otra página y acomodando mejor mis lentes en el puente de mi nariz.

—*Lie sweetie...* —Responde de lo más natural y sin dejar de masajear su rostro, tan igual al mío— ...a base de pepino. —Golpea sus mejillas—. Refresca y cierra poros, *darling...*

—Es muy bueno... —Mel señala su rostro.

Uno resplandeciente por ser su día y totalmente rozagante.

—¿Tú, lo usaste? —Pregunta curiosa mi rayo de sol, acercándose a ella y ver el cutis de su rostro.

—¡Sí! —Afirma alegre Mel, elevando sus manos y moviendo sus dedos a todos sobre la mesa, para que veamos sus uñas muy prolijas esculpidas y pintadas con esmalte de color violeta y diseños de flores multicolor en ellas—. ¿No están hermosas? —Sus ojos van a Hollywood con mirada feliz—. Fue como una especie, de noche de chicas. —Explica, radiante y volviendo a su desayuno.

Vuelvo a mi mejor amigo.

La risa me puede.

—¿Tú también, tuviste tu noche de chicas? Porque, tu pelo se ve más nutritivo y saludable. —Lo señalo, convidando un pedazo de pan a Rata entre mis pies y sin dejar de reír.

—Vete a la mierda... —Me gruñe Rodo, sobre la carcajadas de todos, hincando con su tenedor su revuelto de huevos como si le debieran dinero.

Ya que, mi advertencia de esa tarde en el estanque se cumplió.

¿Lo recuerdan, no?

Hollywood y su puta determinación de mantener alejados a los novios de cualquier proximidad

y roce de tercer tipo, la noche antes del día de la boda, estilo suegra castiza y arcaica, sobre su insistencia de no contacto sexual hasta la noche de bodas.

Y el ingenuo de Rodo como yo en su momento.

Creyó que se libraría de Gabriel anoche y previo al día de su casamiento con Mel.

Pero, nop.

Como lo hizo conmigo, el muy jodido se presentó en la habitación de ellos arrastrando también un segundo colchón y con una manta en su otra mano, para dormir con mis amigos y no sucediera ese preciado *contacto*.

Y faltándole solo y repito, como dije esa vez.

La tabla de Moisés entre sus manos y monte Sinaí detrás suyo, con un gran aura brillante y tipo mesías o un apóstol, coronando su cabeza rubia.

Bajo su famoso.

—No fornicarás. —A Rodrigo, mientras acomodaba a su placer el colchón de su lado de la cama, para mantener vigilado al novio.

Cosa, que lo logró.

Ya que, la cara desencajada de mi amigo con ojeras, lo dice todo por mal humor y sueño, mientras se arropa más con la frazada que lo envuelve, masticando su desayuno como niño encaprichado que no le dieron su dulce.

Y confirmándolo la cara con esa crema de mierda verde, que nunca deja de masajear ágil con sus dedos y también, pintadas sus uñas de violeta por Hollywood.

Más el rostro limpio de impurezas y sonriente de Melissa, delatando que pasaron una genial noche de chicas.

RODO

Desde el segundo piso y por la ventana.

Y bajo, consecutivas respiraciones cortas que me obligo, para calmar los nervios que siento y me invaden.

Miro por ella, el gran jardín de la casona de mis amigos.

Uno ya, totalmente decorado con sus cosas puestas en escena, gracias a la manos maestras de Hollywood y con ayuda de Vangelis, Lorna y mi madre.

Aliso mi traje de vestir de novio con mis manos y como si eso con la barrida de posibles arrugas, me sacara mi estado de ansiedad.

Y bajo otra exhalación, pero más profunda que suelto.

La puerta de la habitación en que me encuentro y tras unos golpes discretos.

Se abren, para aparecer.

Y quiero llorar como marica, cuando lo veo sin poder creer.

Sonriente y también en smoking en su negro perfecto, entallando su silueta atlética como alta y muy desarrollada.

Y después, de muchos años sin verlo por estar en una base en el norte del continente Africano, forjando lo que amó desde la temprana edad.

La milicia.

A mi hermano menor.

Camilo.

Camilo Montero.

Menor por dos años y tras una ausencia de años de no vernos a causa de sus múltiples ejecuciones, que debe realizar por ser parte de un escalafón y brigada especial de la armada militar en diferentes partes del mundo con guerra civiles o no acechando.

El orgullo, de mi madre y mío.

General de división.

Todo un F-8 en su categoría.

He inevitable, que no se me cuajen los ojos de lágrimas, mientras colisionamos en un fuerte abrazo.

Porque, es mi hermano querido y pese a esa satisfacción de su carrera con honores.

Mi miedo latente siempre rige en mí, a que le suceda algo.

Ya que, perdimos en nuestra infancia a nuestra hermanita en un accidente y no quiero que le suceda nada a él.

—Arrugarás, tu traje cabrón... —Me dice, sobre el fuerte abrazo que le doy y no lo abandona.

—Lo vale... —Digo, apretándolo más y provocando que ría.

Palpo, sus anchos hombros como espalda.

—Carajo... —Lo separo de mí, pero mantengo mi abrazo sobre él— ...ganaste músculos ¿La altura tiene esteroides? —Ya que, es un gran piloto de avión caza también.

Ríe por mi dicho, mostrando esa sonrisa plena y divertida, tan parecida a la mía.

Porque, tenemos ciertos rasgos parecidos, pero ahora su pelo luce bajo un corte riguroso de máquina, muy corto en sus lados y apenas, algo más largo arriba.

Y yo, sonrío más y suspiro feliz.

—Pensé que mi invitación, nunca te iba a llegar a Sierra Leona...

Acomoda mi pajarilla algo cruzada por nuestro abrazo, seguido de golpear con un puño mi hombro con cariño.

—No iba a llegar a dónde estoy, pero Herónimo lo logró con contactos y su *Impala I* llegando al lugar de la mano de Collins.

—¿Collins? —Repito.

Afirma.

—Ave rapaz y todo un canciller a la hora de ser diplomático para manejarse, en un país bajo mucha guerra civil.

Guau.

Y más lágrimas nublan mi vista, volviendo abrazar a mi hermano.

—Traje a alguien... —Me dice cómplice y con esa eterna mirada como gesto juguetón familiar, arrugando su ceño.

No pregunto quién puede ser, porque su mirada de ese color chocolate casi igual a la mía, me lo confirma.

Es alguien especial y que, está enamorado.

Lo vuelvo a abrazar con amor.

Ya habrá, tiempo para conocer a la cuñada.

¿Sorprendidas, no?

Las entiendo.

Ya que y aunque, mencioné que tenía hermanos menores y una, falleció de pequeña.

Jamás, conté la historia de Camilo.

Y ahora no puedo, porque la emoción me embarga.

Pregúntenle a Cristo.

Si, ese mismo del otro lado de la pantalla.

Él se los va a relatar.

Porque mi felicidad ahora plena, no me lo permite.

Como mi sonrisa feliz, por este día tan especial para mí.

Y solo y como siempre.

Agradeciendo a mi mejor amigo, por siempre estar en todo.

Gracias Hero...

HERÓNIMO

Acomodo mis pies como postura, sobre el lugar que me encuentro y padrino de la boda.

Al lado de un nervioso novio y mejor amigo junto al altar.

La alfombra roja confeccionada en su elegancia por Hollywood también a mi lado, junto a Camilo a la par nuestra miramos de golpe al sentir.

La novia llegar del brazo de Marcello, apaciguando sus lágrimas con un pañuelo.

A Mel.

Provocando que todos.

Tanto nosotros como los invitados sentados en sus sillas blancas, decoradas de flores y rasos naturales, de la mano de mi nena y las chicas.

Vlteemos a mirarlos.

Dónde tanto mi madre como abuela, desde sus asientos junto a Collins.

Siniestra abrazada a Roger, con Tomás y Lucas.

Lorna y Pulgarcito de la mano y sonrientes, con el pequeño Caldeo.

Grands y su mujer, con Cristiano casi dormido entre sus brazos.

Un Rata también vestido para la ocasión por mi primo con casaca y brillos, moviendo su colita siempre alegre.

Parte del piso 17 del Holding como Marcia.

El Polaco con su esposa, tan conmovido como todos.

Y mi nena ya emocionada y enjugando sus ojos, sin importarle tres mierdas que se le corra el maquillaje, sentada al lado de la madre de Rodo y primera fila, junto a nuestras bebas vestiditas iguales tipo princesas.

Imposible.

Que no me emocione, también.

Porque, la mirada de mi hermano de la vida lo dice todo.

Resplandeciente, bajo esa emoción contenida.

Pero muy sonriente, mirando a su gran amor caminando hacia él.

Con sus meses de embarazo y bajo ese lindo vestido de novia blanco.

Ramo de flores silvestres, en sus manos y una coronita de ellas, en un semi recogido de su pelo, ahora reteniendo sus rulos esponjosos.

Y sonríó entre lágrimas.

Porque, la rara.

Kamikaze.

Y hasta a veces la hija de Satanás en persona en su envase pequeñito, por su guerras conmigo en mi historia de vida y amor con rayo sol.

Jurándome hasta las de Caín, sin importarle un gramo si era su jefe y amigo.

Hoy, parece un hada y la más linda que vi en mi vida.

Para llegar tras un beso de amor de Marcello en la frente y tomar asiento junto a rayo y la madre de Rodrigo, hasta su futuro marido.

Uno que la amó, desde el minuto uno que la conoció.

Siendo ya mayor y Mel, solo una adolescente lastimada por la vida.

Una niña carente, de muchas cosas desde su nacimiento.

Pero, rica en bondad y amistad.

Hermosa persona.

Excelente amiga.

Impecable trabajadora.

Y ahora.

Para convertirse, en una excepcional esposa y madre.

Sus lindos cambios de votos, se hacen con la puesta de alianzas y bajo las palabras agradables del mismo párroco, que nos casó a rayo de sol y a mí.

Seguido a un aplauso ensordecedor por todos, sobre abrazos felicitando a los novios recién casados.

No hay ostentosisidad.

Nuestra familia y la literaria.

Una que, tanto deseamos en vida con Mel por ser parecidos en eso.

Un hogar.

Y que al llegar mi abrazo como buenos augurios, el suyo entrelazándome con fuerza y cariño, me lo dice.

Porque, su ohana como dirían ellos, llegó.

Y nuestras lágrimas de felicidad se confunden con nuestras risas, sin perder ese abrazo.

Y más, de mi parte.

Cuando docenas de velas encendiéndose por Rodo, brillan en un sector.

Porque, junto a la mesa de comidas como dulces y al lado del lindo pastel de casamiento, confeccionado con maestría por Siniestra.

El mío que nunca vi, también por sus manos maestras, brilla bajo las velas mientras Mel soltándose de mi agarre y con palmas de manos, seguidos de todos.

Y carajo, con mi maldita emoción.

Me cantan.

El feliz cumpleaños.

Prohibí que lo hicieran a tempranas horas de esta mañana, como resto del día.

Repito.

Nunca, me gustó festejarlo.

Jamás que me lo canten o algún tipo de presente a modo regalo.

¿Pero, saben qué?

Se siente lindo.

Porque te llega al alma, mientras te empujan hasta donde está para que soples sus velas y te dicen que pidas tres deseos ya que se cumplen.

Y yo.

No pido nada.

Miro a cada uno, que sin dejar de cantar como aplaudir a ritmo, me miran felices.

A mi gente.

Ustedes entre los invitados.

Luego a mis mejores amigos casados.

También a mi madre con Collins con su amor de años, ahora disfrutándose.

A Lorna y Pulgarcito más enamorados que nunca y con su hijo, Caldeo con una familia que lo ama.

A mi extraña y excéntrica abuela con salud, pese a su edad.

Sonríó, negando divertido.

Que con copa de champagne, intenta flirtear al atractivo y joven mozo que atiende las bebidas.

Para luego y ultimo, mis ojos depositarlos en mis cuatro amores.

Mis mujeres.

Mi rayo de sol y mis hijas.

Y mi pecho se hincha, para soplar a todo pulmón las docenas de velas, bajo otro aplauso de todos.

Y sin pedir nada.

Porque, tengo todo lo que desee alguna vez...

Bajo la campanada y dando las doce de la medianoche Y anunciando la navidad.

Y para asombro de todos, que me incluyo mirando hacia arriba.

Felices y totalmente mágico, como si fuera un regalo de buena señal y bendición del Todopoderoso.

Por empezar a caer.

Diminutos y alegres, copos de nieve...

FIN.

AGRADECIMIENTOS

A Dios, mil gracias por todo...